

**Alemania Despierta-Desarrollo, Lucha y
Victoria del NSDAP**



**Biblioteca WeltanschauungNS
Libros Para Ser Libres**

Biblioteca WeltanschauungNS

Libros Para Ser Libres



Seguir aun cuando todo parezca perdido y duro.

Ese es nuestro orgullo, ese es nuestro emblema y nuestro mayor merito.

Y aun cuando no le encontremos sentido a todo esto, si lo tiene y es que en estos momentos el espíritu se temple, nuestro instinto se afila y podemos ver que lo que somos, los somos porque así decidimos que sea, porque en nosotros reside esa fuerza única, esa fuerza que nos hace ver la luz al final del túnel.

El sentido de la vida es poder luchar y vencer y admirar las cosas buenas que la vida tiene para ofrecernos.

Camarada, estas llamado a la lucha, lucha y vence!

www.WeltanschauungNS.foro.st

MI NOMBRE,
QUE CONQUISTÉ
POR MI PROPIA FUERZA,
ES MI TÍTULO. *

* Del discurso pronunciado por el Führer el 10 de Noviembre de 1933, en Siemensstadt.

Indice

	Pag.
Prefacio	5
Adolf Hitler	6
La fundación del Partido en 1920	9
La hora del nacimiento del NSDAP	11
El Primer Día del Partido del Reich en Munich, 1923	16
El verano de 1923	19
El proceso de Hitler	23
El Tribunal del Pueblo de Munich	26
Nómina de los Caídos el 9 de noviembre de 1923	28
<i>Canción de Rebato de los Alemanes</i> de Dietrich Eckart	29
La nueva fundación del Partido	30
Levantamiento de la prohibición de hablar en público	32
Las elecciones para el <i>Reichstag</i> del 20 de mayo de 1928	34
La Casa Parda	39
<i>De Mein Kampf</i> de Adolf Hitler	41
Terror y persecución	42
<i>Vieja Guardia</i> por L. von Schekendorf	45
La Primera SA del Führer. Colaboración especial de Josef Berchtold	46
El Movimiento Juvenil Nationalsocialista. Colaboración especial del <i>Reichsjugendführer</i> Baldur von Schirach	52
1932: el Año de las decisiones. Colaboración especial del Jefe de Prensa del Reich, Doctor Otto Dietrich	55
El año de la realización: Hitler Canciller del Reich	60
El Día de la Nación que despierta	63
<i>Schlageter</i> por Wilfrid Bade	66
El Día de Postdam	67
El 1° de Mayo	72
La disolución de los partidos	78
El Führer y el mundo	79
Otras manifestaciones después de la toma del poder	81
Hitler y el trabajador alemán	87
El Dr. Goebbels	91
El Frente Alemán del Trabajo	94
Hitler y su SA. Colaboración especial	97
Nuestro Hitler. Colaboración especial	100
El Día del Partido de la Victoria. El Triunfo de la Fe	103

PREFACIO

14 años de lucha no dejan tiempo para escribir historia.

Más importante que las anotaciones y reflexiones sobre los acontecimientos era el servicio diario en la calle, en las reuniones, en las tribunas de oradores y en las marchas. Más importante eran los artículos de fondo en la prensa nacionalsocialista, los volantes y los carteles.

La seguridad inconmovible de Adolf Hitler de que Alemania podía ser salvada del hundimiento, ha encontrado su brillante confirmación. Ahora ha llegado el momento de llevar al papel el coraje heroico y el valor de los hombres que con intrépida confianza acometieron a un mundo de enemigos.

La Vieja Guardia merece que se narre cómo fue obtenida esta victoria y cuántos sacrificios, esfuerzos y fe nunca extinguida fueron necesarios para alcanzarla meta.

Ya una gran parte de las hazañas heroicas están próximas a ser olvidadas. El ritmo demasiado rápido e impetuoso de una lucha de 5.000 días ha relegado muchas cosas que merecen no ser olvidadas jamás.

Adolf Hitler y su Movimiento —hoy conocidos, amados y respetados por toda una Nación—, deben también estar permanentemente ante nuestros ojos en la lucha que debieron librar contra el odio, la enemistad, la calumnia y la incompreensión.

No es este un libro recordatorio para los combatientes del Movimiento, sino una obra dedicada fundamentalmente a aquellos compatriotas a los cuales entonces una prensa enemiga ocultaba los hechos del Movimiento Nacionalsocialista Alemán de Liberación. Porque sólo comprende realmente a Adolf Hitler y su Movimiento quien conoce los sucesos de la lucha que duró 14 años.

Adolf Hitler

Hitler: ¿Qué nombre es hoy en el mundo más nombrado que éste?

En todos los continentes, en todos los países son conocidas estas dos sílabas y se las asocia a las ideas de grandeza y conducción. No únicamente los millones de seres humanos que —no sólo en Alemania— levantan sus miradas hacia él con admiración y esperanza, sino también sus furibundos adversarios deben reconocer de mal grado su personalidad *superior*.

Pero, ¿qué sabe exactamente el mundo de este hombre único? Un poco más que esto: que nació el 20 de abril de 1889 en Braunau, en la frontera austro-bávara, cerca del Inn; que pasó una juventud llena de privaciones, que fue voluntario de guerra alemán y que, tras la derrota, fue el jefe del *Putsch* de 1923; que más tarde reorganizó el NS-DAP transformándolo, en diez laboriosos años, en el partido dominante de Alemania.

Mas ¡qué pequeña e incompleta es esta imagen! Se ocupa, sobre todo, de los detalles de la historia de la existencia del Führer, antes que en comprender el destino de este hombre singular.

*

Todavía en la actualidad los habitantes de Braunau recuerdan con gran respeto al anciano Alois Hitler, el oficial de aduana austriaco, y a su bonita mujer, Klara, de quienes Adolf Hitler es el tercer hijo. De ascendencia alemana, como los hermanos del otro lado del Inn, la criatura, bajo el esmerado cuidado de su madre, se convierte en un niño excelente y fogoso.

A la edad de cinco años es enviado a Passau, con sus parientes, pero al cabo de un año su padre se retira, instalándose con su familia en los alrededores de Lambach, cerca del río Traun, en una casa en la campaña, ubicada admirablemente cerca de los Alpes.

Ella constituyó un adecuado campo de acción para el despierto y valeroso infante. Allí a la vista del Traunstein, del Höllegebirges y del Toten Gebirges, cubiertos de nieve, aprende a amar las montañas. Estas vivencias imborrables forman su alma. El comprende que en toda la belleza del paisaje se manifiesta la belleza de la naturaleza eterna, que brota de la mano creadora de Dios.

En 1897, a la edad de ocho años, Adolf asiste a la escuela de Lambach. Al mismo tiempo, en mérito a su bella y clara voz obtiene un sitio entre los niños cantores del Convento de los Benedictinos. Se incorpora, entonces, al internado del Convento. Allí, en el monasterio de Lambach, entrará en contacto por primera vez con el signo mágico que más tarde será convertido por él en símbolo mundial: el blasón de la Fundación muestra, sobre fondo claro, la svástica.

En 1900 ingresa en la Escuela Real de Linz. El padre desea que Adolf sea un funcionario del Estado como él. Mas aquí aparece, apasionadamente, su sentido de independencia: *"No, jamás seré, en ningún caso, funcionario"*. Un conflicto irreconciliable se produce cuando el niño de 12 años anuncia su decisión de ser pintor. El lucha con todos sus medios. Deliberadamente Adolf descuida el colegio, con excepción de las materias que ama con pasión: la geografía y la historia. Allí, en la clase de historia, él comprende lo que es ser alemán y nacionalista. Allí, con toda la insistencia de que es capaz un adolescente, lleva una escarapela negra, blanca y roja, utiliza el viejo saludo alemán: *¡Heil!* y canta *"Alemania, Alemania sobre todo"*, aunque los castigos lluevan sobre él. Hitler, el hijo del oficial de aduana, se convierte en un revolucionario alemán. Pero, la muerte de su padre hace que cesen de pronto todas las luchas.

Mientras trata de inscribirse en Viena en la Escuela de Bellas Artes, fallece también su idolatrada madre. Ahora el joven hombre de 18 años está solo, sin dinero, sin recursos, y además en la Academia se le informa que tiene más condiciones para arquitecto que para pintor. Mas para los estudios de arquitectura se requiere poseer los estudios secundarios completos, que justamente Hitler ha sacrificado por su sueño de ser pintor. Vienen los años difíciles.

Trabajador sin oficio, Hitler debe ganarse su pan. El prepara el cemento y transporta las piedras. Es un proletario como millones de otros.

El llega a conocer el marxismo en su raíz. Advierte cómo este veneno corroe el alma del trabajador. Observa también que esta doctrina sale de labios judíos. En estos años de miseria Hitler comprende que solamente una cosa puede salvar a un pueblo: un socialismo verdadero, que supere la idea de la lucha de clases del marxismo judío, que no se limite exclusivamente al trabajador manual sino que abarque a todas las clases. Si Hitler en la escuela de Linz se hizo nacionalista, aquí en Viena se convierte en socialista. Cuando en 1912 llega a Munich, en su espíritu, que no reposa jamás, que aprende, que observa, nace la idea del Nacionalsocialismo. Hitler pasa a la Alemania del Reich, se instala en Munich, la populosa capital, plena de arte, del Sur alemán. El pasa dos años felices en Munich, cuando estalla, como un rayo, la Guerra Mundial.

Hitler fue liberado del servicio militar *austríaco* después de dos exámenes. Pero ahora no duda un instante. Una solicitud directa al Rey de Baviera le otorga el derecho de poder servir voluntariamente, en el Regimiento List, a su gran Patria, Alemania.

En el regimiento de infantería de reserva bávaro n° 16, compuesto de jóvenes y entusiastas voluntarios, Adolf Hitler presta sacrificadamente —embargado por un sagrado entusiasmo— 4 años del más duro servicio en el frente.

Innumerables veces él atraviesa, como porta-órdenes, el infierno de las zonas de fuego. Innumerables veces, en medio de la furiosa lluvia de fuego, logra —empleando al máximo sus fuerzas— entregar importantes mensajes, de los cuales depende la salvación o el infortunio de sus camaradas.

En el periodo comprendido entre fines de 1915 y comienzos de 1916, un hondo proceso de maduración interior se opera en el joven y entusiasta voluntario, que en la guerra de movimientos se lanza alegremente al ataque, transformándose, por su conciencia del deber, en un veterano soldado del frente, provisto de una voluntad inflexible. En 1916 es herido por primera vez, retornando apenas restablecido junto a sus camaradas del frente.

En 1917 Adolf Hitler recibe la Cruz de Hierro de Primera Clase.

Durante esos años de lucha inaudita de un pueblo por sobrevivir, Adolf Hitler conoce al soldado alemán, al hombre alemán sin tacha, en todo su heroísmo. Cuando más tarde su camino se torne difícil, él se acordará siempre de esos camaradas, de esos combatientes, de esos hombres. Un pueblo que puede dar seres humanos capaces de tales hechos, no puede jamás desesperar.

En 1918 su regimiento se encuentra por tercera vez en el antiguo terreno de los combates de 1914, en Flandes.

Sin embargo, carente de apoyo, cada vez se hacia más visible la descomposición del frente, después que en la patria, abandonando a su juventud, una huelga de los obreros de las fábricas de municiones, lanza sus restos oscuros sobre el frente de combate. Este acto de negra traición a la Patria, Adolf Hitler no lo perdonará jamás a la socialdemocracia.

El 13 de octubre de 1918 durante horas la artillería inglesa lanza sobre su regimiento granadas de gas cruz amarillo, de cuyo veneno será víctima Adolf Hitler, entre muchos otros. Casi ciego es llevado al Hospital de Pasewalk. Aquí le llega la nueva de la Revolución. Con la seguridad de que recuperará la vista, que verá nuevamente.

A cada instante el se hace la promesa de transformarse en político, de limpiar la bandera de la Nación del oprobio de la revuelta.

En marzo, ya restablecido, retorna a Munich. Integra la Comisión Investigadora de su regimiento, que debe analizar los hechos sucedidos en tiempos de la revolución, de los Consejos Comunistas.

Se convierte en oficial de instrucción. Inicia su actividad como orador y educador político.

En esos días descubre la existencia del *Partido Alemán de los Trabajadores*¹. Se trata de un pequeño círculo, apenas una docena de personas que escuchan una conferencia de Gottfried Feder.

Luego de meditar durante dos días, Hitler decide aplicar aquí la palanca. Ingresa como el socio número 7. El *Deutsche Arbeiterpartei* se convierte en el NSDAP, *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*².

Hitler es su organizador.

El 24 de febrero de 1920 en el gran salón de actos del *Hofbräuhaus* de Munich, él proclama el Programa del Partido, los célebres 25 Puntos, que no serán jamás modificados. 14 años dura la lucha. El la lleva por todas las alturas y por todas las profundidades. Ante el fuego de las tropas de Kahr, el 9 de noviembre de 1923, cae el primer Asalto del Movimiento. Después, los conductores son llevados ante el Tribunal del Pueblo. Como "inculpadados de alta traición" ingresan a la fortaleza.

El Movimiento se halla en peligro de muerte. En la fortaleza de Landsberg escribe él su gran obra, la historia de su vida y de sus ideas, el libro de la fe del Tercer Reich, de la Alemania Nacionalsocialista: *Mein Kampf*³. El 20 de diciembre de 1924, Hitler abandona la fortaleza. El 21 de diciembre el trabajo del NSDAP comienza de nuevo. Esta vez sobre un suelo diferente; sobre el terreno de la legalidad: "*¡Nosotros los batiremos con sus propias armas!*". El Movimiento deviene un Partido. El 27 de febrero de 1925 él anuncia la nueva fundación en el *Bürgerbräukeller* de Munich. La lucha fue dura, difícil y cruel. Mas ahora ella muestra pura y clara la imagen del hombre que señala a todo un pueblo el camino a seguir. El cabo Adolf Hitler se transforma en Canciller del Reich. El continúa, no obstante, siendo el hombre benévolo, grande, simple, lleno de un fanático amor por su pueblo, desprovisto de toda falsa ostentación.

El se convierte en arquitecto. Arquitecto de un Estado, de una Nación, de un Reich. El primer trabajador en la obra de un pueblo.

1. *Deutsche Arbeiterpartei*. (N. del T.)

2. Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores. (N. del T.)

3. *Mi Lucha*. (N. del T.)

La Fundación del Partido en 1920

Cuando el oficial de instrucción Hitler recibe la misión de concurrir a una reunión del Partido Alemán de los Trabajadores no suponía que sería decisiva, no solamente para él. En una pequeña sala de trastienda, la *Leiberzimmer* del *Sternckerbräu* de Munich, se hallaban 20 ó 25 personas escuchando una exposición de Gottfried Feder.

No podía hablarse, en realidad, de "Partido". Se trataba de una asociación, de un club de debates políticos, donde se manifestaba con toda claridad la inseguridad general, la precariedad de la existencia y de las ideas que caracterizaban a toda la época.

De todos modos, un folleto que un joven trabajador entrega en manos del soldado Hitler, cuando éste abandona la "reunión", le ofrece más que toda la velada. Este folleto se titula *Mi despertar político* y proviene de un tal Antón Drexler, jefe muniquense del Partido de los Trabajadores. En el folleto se reflejan las luchas espirituales tal como Hitler mismo las libró intensamente en su época vienesa.

Al día siguiente recibe una comunicación de que ha sido designado miembro del Partido. Esta noticia le provoca tanto desagrado como hilaridad.

Pero se rinde, pese a todo, a la novedosa invitación. La sede se encontraba en *Altes Rosenbad*, un local oscuro, donde Hitler advierte toda la grosera actividad formalista, clubista, de seis personas que se han asociado para salvar al trabajador alemán. A pesar de ello, descubre una cosa a través de este método erróneo, apolítico, desprovisto de sentido propagandístico, una cosa que cautiva a Hitler: la buena fe, la honesta convicción de constituir el medio de lucha contra el marxismo y la revolución roja, para conquistar nuevamente la Patria para el trabajador alemán.

Tras dos días de lucha interior, Hitler decide inscribirse en el Partido Alemán de los Trabajadores.

Recibe el carnet provisorio número 7.

Ninguna persona conocía en Munich al "Partido", que se sentía feliz cuando recibía de cualquier parte algunas cartas, cuyas respuestas se discutían durante horas.

Una vez por semana, cada miércoles, tenía lugar en el *Kaffee Gasteig* una reunión de comisión, una "velada de debate".

Pero, como todo el Movimiento contaba solamente con siete hombres, siempre se hallaban las mismas personas en rara concordancia y aislamiento.

Romper éste es para Hitler el primer objetivo. Si alguna cosa ha de resultar de todo esto, el Partido debe surgir del anonimato.

Las invitaciones para las reuniones se escriben a mano. El propio Hitler distribuye personalmente veinticuatro. Pero cuando llega la noche los viejos siete se encuentran reunidos, sin que haya una sola persona más.

Entonces Hitler decide escribir a máquina los volantes de invitación. Esta vez resulta mejor. El número de oyentes aumenta a once, a trece, a diecisiete, a veintitrés, a treinta y cuatro.

Una colecta de fondos durante una de las reuniones les da la posibilidad de anunciar la siguiente en *El Observador de Munich*¹. He aquí el resultado: 111 personas se hicieron presentes. Lo que constituyó un inmenso suceso.

1. *Münchener Beobachter*. (N. del T.)

Por primera vez Hitler siente que está dotado del don de la oratoria al hablar ante un círculo más amplio, un hecho que el Presidente del Partido no se decidía a creer. La apelación de Hitler a la voluntad de sacrificio de los presentes permitió surtir de 300 marcos las arcas.

Para el Partido esto era una fortuna.

A ello se agregaba que en dicha reunión se pusieron a disposición una serie de fuerzas jóvenes, con las cuales se podía pensar en una tarea provechosa. Pero desde el momento en que el partido antimarxista se presentó en público, en 1919-1920, hubo inevitablemente cabezas sangrantes. La conducción del Partido temía, por consiguiente, estos encuentros. Hitler no los buscaba, pero tampoco los eludía, y opinaba que era mejor arriesgarse en choques en público que esconderse en la oscuridad. Así el 19 de octubre se celebró en el *Eberlbräukeller* una nueva reunión. Llegaron 130 visitantes. Una tentativa de hacer "saltar" la reunión fue ahogada en germen. Catorce días más tarde hubo un nuevo acto: 170 hombres concurren. Ahora el número creció constantemente. Pronto fueron doscientos, trescientos, los que escucharon al orador Adolf Hitler.

Al mismo tiempo se formó en el círculo pequeño del Partido Alemán de los Trabajadores, el NSDAP. La formulación de los 25 Puntos se inició. No se pudieron evitar violentas controversias, pero finalmente venció el espíritu superior del jefe de propaganda del Partido, Adolf Hitler.

La prensa marxista comenzó ya a ocuparse del nuevo Partido. Los primeros artículos rebosantes de odio aparecieron. En las concentraciones ajenas empezaron a hablar adherentes de Hitler. El Movimiento ya no era desconocido.

Aunque los oradores del Partido Alemán de los Trabajadores fueran constantemente abucheados en tales reuniones, se los llegó a conocer, y también hasta el marxista más testarudo hubo de ver que por ahí deambulaba otra gente, además de socialdemócratas y comunistas, gente que no tenía miedo de un puño cerrado y que eran cualquier otra cosa menos burgueses.

En el Partido se produjo el antagonismo entre el *Reichsleiter*², un señor Harrer, y Hitler. A Harrer el ritmo que tomó Hitler le pareció demasiado violento y cuando éste hasta logró imponer la Convocatoria de una verdadera asamblea en masa en el gran salón de actos del *Hofbräuhaus*, renunció a su cargo. Temía el derrumbe del Partido.

Con toda energía Hitler se abocó a los preparativos de la asamblea. Impetuosamente llevó por delante los escrúpulos de los demasiado temerosos políticos clubistas.

Fueron distribuidos volantes y carteles. El color de éstos era de un rojo sangriento que, en cualquier circunstancia, habría de llamar la atención. Además, estos carteles rojos debían provocar muy especialmente a los marxistas, que creían poseer dicho color en enfiteusis. Y hablar precisamente a marxistas le pareció a Hitler lo más importante, y arrancar a los trabajadores azuzados y seducidos de las garras de los dirigentes judíos, su cometido primordial.

Antes de efectuarse el acto, Hitler se encargó de que el Programa del Partido, terminado tras extensa labor, estuviese listo e impreso.

Y luego llegó aquel memorable 24 de febrero de 1920, en el cual en medio del estruendo de la primera gran batalla de sala del Movimiento y ante el júbilo de 2.000 hombres se proclamó el Programa, constituyendo así el día del nacimiento del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores.

2. Dirigente del Reich. (N. del T.)

La hora del nacimiento del NSDAP

A las 7.30 debía tener lugar la primera gran asamblea de masas del Partido en el *Hofbräuhaus*.

Cuando Hitler entró en el salón de actos a las siete y cuarto —embargado por la angustiosa preocupación de si estaría suficientemente colmado— se halló frente a una multitud que se apretujaba, una cabeza junto a la otra, rebasando el amplio salón.

De una mirada Hitler advirtió que aproximadamente la mitad de la masa se componía de comunistas e independientes, justamente de aquellos a los cuales se había propuesto hablar.

Y estaba firmemente decidido a no permitir, bajo ninguna circunstancia, que fuera dispersada la asamblea.

Los miembros del Partido más jóvenes y más aptos para el combate, ex soldados, se hicieron cargo de la protección de la sala, dispuestos, a la más leve perturbación, a proceder sin miramientos, llevando a los alborotadores a tomar aire fresco.

Pocos minutos después de haber empezado a hablar Hitler comenzaron los gritos de interrupción. En el centro de la sala se produjeron los primeros choques. Un comunista abatió a golpes a un adicto de Hitler. Al instante la acción de despeje entró en funcionamiento. La calma fue restaurada. Pero todavía los gritos proseguían interrumpiendo, como impactos, el discurso de Hitler, quien empezaba a desarrollar los puntos programáticos del Partido.

Cuanto más tiempo hablaba, menos interrupciones se sucedían. La gritería cesó, la voz cálida y nítida de Hitler penetró ahora a través de toda la sala. Un rumor de aplausos se inició, creciendo en intensidad. Cuando el último de los 25 Puntos fue dado a conocer y Hitler pronunció enfáticamente el párrafo final: *"Los conductores del Partido prometen, de ser necesario con el empeño de su propia vida, abogar sin desmayo por la realización de los puntos precedentes"*, se desató un tronante júbilo; ya Hitler se encontraba frente a una sala colmada de seres unificados por una nueva convicción, por una nueva fe, y animados por una nueva voluntad, por una nueva meta.

El NSDAP habla nacido.

Rápidamente el nuevo Partido ganó valiosos adeptos.

El presidente de policía muniquense, Pöhner, y el *Oberamtmann* Frick se pronunciaron por él. Se colocaban de este modo en deliberada oposición al gobierno, que ya comenzaba a prodigar su atención al joven Movimiento, prohibiendo sus rojos carteles propagandísticos "por consideraciones al tránsito", ya que ante ellos se congregaban demasiadas personas, obstaculizándolo. Según el gobierno bávaro ello se debía no al contenido sino meramente al color de los carteles. Explicar cómo este color rojo no producía el mismo efecto en los carteles comunistas, evidentemente no constituía un problema para el gobierno. Si de esta manera procedía el gobierno, con tanta mayor seguridad el Partido podía contar con el presidente de policía Pöhner. *"Un hombre de granítica honestidad, de sencillez antigua y de rectitud alemana, en el cual el lema: 'Mejor muerto que esclavo' no constituía una frase, sino la esencia de todo su ser"*, así lo define Hitler en su libro.

Exactamente la misma caracterización es adecuada para el *Oberamtmann* Frick, quien un decenio más tarde habría de ser nombrado ministro del Interior del Reich.

En diciembre, Hitler funda el *Völkischer Beobachter*¹, en el que Dietrich Eckart, el fiel Eckehard del Movimiento, proclamaba las ideas del Nacionalsocialismo.

1. *El Observador Nacional*. (N. del T.)

Cada semana se desarrollaba una asamblea en el *Hofbräuhaus*, y cada semana la sala estaba aún más prieta, más densamente poblada. La convicción de Hitler de que un discurso es más importante que un libro tuvo su primera confirmación. La táctica de los rojos oscilaba entre tentativas de silenciar a todo el Movimiento o de impedir sus asambleas. Pero como ambas cosas se practicaban sin consecuencias y sin éxito alguno, obtuvieron como resultado que Hitler ganara a toda una serie de trabajadores del frente rojo.

Pronto aparecieron los primeros militantes vestidos con impermeables cortos y un brazalete rojo sobre el que brillaba, en campo blanco, una svástica negra. Eran del *Saalschutz*², formado por jóvenes temerarios, soldados, trabajadores y estudiantes, que no se arredaban ante el proceder rudo, garantizando la tranquilidad y el orden durante las asambleas; partidarios que estaban decididos a quebrar el terror con el terror y que se arriesgaban a demostrar cuál terror sería el mejor y el más decidido.

Ya en medio del verano de 1920 la organización de esta tropa de orden adquirió caracteres más firmes, y en la primavera de 1921 se dividió en centurias, las que a su vez se articularon en subgrupos. La SA comenzaba a desarrollarse.

A la incipiente organización se le había hecho ineludiblemente necesario un distintivo partidario, una bandera del Movimiento.

Nadie tenía un conocimiento más profundo de la importancia de los símbolos que Hitler. Un movimiento, una comunidad, un pueblo, un Estado sin un símbolo con el cual los corazones puedan encenderse, hacia el que pueden dirigir todos sus anhelos, su orgullo y su entusiasmo, es un cuerpo sin vida que no puede ejercer atracción alguna.

Más que todo, al marxismo le ayudaban las banderas rojas, las escarapelas rojas. Porque una idea, una fe, necesitan de la expresión visible.

Tras reiterados ensayos, Hitler creó la bandera de la svástica como símbolo: la bandera roja con blanco campo solar y la svástica que gira hacia adelante, un símbolo de impulso realmente arrebatador y de maravillosa belleza.

En pleno verano de 1920 el nuevo pabellón apareció por primera vez ante el gran público. Cuadraba bien al nuevo Movimiento; joven como él, vigoroso y señalando hacia el futuro como él.

Dos años más tarde se agregó a la bandera y al brazalete, cuando el *Saalschutz* se transformó en *Sturmabteilung*³, el estandarte, igualmente diseñado por Hitler.

En febrero de 1921, el NSDAP se atrevió por primera vez a realizar una asamblea gigantesca en el Circo de Munich.

La fama del Partido creció. La asamblea en el Circo, realizada como protesta contra el Convenio de París, movilizó a 6.000 personas.

En julio de 1921, Hitler se hizo cargo de la conducción exclusiva del NSDAP.

El 4 de noviembre se produjo el choque, que desde largo tiempo se esperaba, con las fuerzas marxistas. Hitler había programado para ese día una asamblea en el *Hofbräuhaus*, y existían intenciones de hacerla "saltar" de cualquier forma.

Recién una hora antes del inicio del acto se enteró Hitler de los preparativos rojos. La sede administrativa del Partido se había trasladado precisamente ese día de la pequeña habitación en la trastienda del *Sterneckerbrau* a una oficina más espaciosa, y debido a ello el servicio de comunicaciones no trabajó. Esa tarde sólo 46 hombres tenían a su cargo la protección de la sala. Hitler juramentó a cada uno de ellos a resistir hasta las últimas consecuencias.

Durante aproximadamente una hora y media la reunión transcurrió sin mayores interferencias, pero en el ínterin los rojos se habían provisto de suficientes jarros de cerveza como para proceder al asalto.

2. *Protección de sala.* (N. del T.)

3. *Sección de Asalto.* (N. del T.)

Uno de los cabecillas saltó a una mesa y dirigiéndose al auditorio rugió: "¡Libertad!", y en instantes el acto se convirtió en una masa de hombres enardecidos que combatían y lanzaban airados gritos.

Los 46 hombres de la SA tenían dura tarea. Después de cinco minutos de lucha no había uno sólo de ellos que no sangrara por varias heridas, pero luego de veinte minutos tampoco se encontraba ya ningún comunista en la sala.

A la salida se generó todavía un violento tiroteo, pero la SA estaba ahora tan "en viaje" que ni siquiera los disparos de las pistolas podían detenerla; media hora más tarde proseguía la reunión.

Hermann Esser, que dirigía la asamblea, otorgó nuevamente la palabra a Hitler como si nada hubiera ocurrido.

La primera victoria duradera del joven Partido habla sido alcanzada luchando. Hasta el *Putsch* de 1923 ni la socialdemocracia ni la comuna marxista le anunciaron ya "puños de trabajadores".

Hitler confirió esa noche al *Saalschutz* el nombre de honor de "*Sturmabteilung*". Y así se llamó de ahí en más.

La SA habla merecido su nombre.

En el futuro, bajo su protección, el Movimiento marchó de asamblea en asamblea, de desfile en desfile, de victoria en victoria.

Lentamente creció del *Saalschutz*, de la *Sturmabteilung*, el ejército de millones de los batallones pardos.

¿Quién recuerda hoy lo que en realidad significan las dos letras SA?

Han ganado vida propia, todos saben lo que entrañan; han llegado a ser un concepto firmemente ensamblado, al que circundan el orgullo y la gloria.

¡SA!

SA 1922-23.

Con sus divisiones de asalto y sus constantes reuniones, en Munich el Partido se habla transformado en una potencia.

No existía nadie en la ciudad que no conociera el símbolo, la bandera del Movimiento.

Con impermeable corto y la gorra contra el viento, en el brazo el brazalete con la svástica, bastón al hombro, marchaba la SA.

Hitler determina con exactitud ya entonces que la SA debe ser siempre, en todas las circunstancias, una división del Partido, su formación móvil, su autodefensa política, pero nunca un agrupamiento militar clásico.

Se trataba de formar soldados políticos, no militares.

Por otra parte, para la estructuración de fuerzas adiestradas militarmente faltaban las condiciones. No se podía realizar en una agrupación privada la disciplina de mando, tal como en un ejército constituye la premisa lógica y natural, ni era posible instruir a tales masas como para que por su número pudiesen ser un contrapeso frente a las formaciones políticas marxistas.

Sólo un ejército político, impregnado de disciplina voluntaria y juramentado a una idea, podía solucionar este problema.

De modo convincente y expresivo el propio Adolf Hitler formuló esta definición de la naturaleza de la SA en su libro: "*lo que necesitamos no son cien o doscientos conspiradores temerarios, sino cientos de miles de combatientes fanáticos por nuestra concepción del mundo*". No debe trabajarse en conventículos secretos sino en poderosos desfiles de masas. No son el puñal y la pistola los que pueden abrir la vía al Movimiento, sino exclusivamente la conquista de la calle. ¡Hemos de hacer entender al marxismo que el futuro señor de la calle es el Nacionalsocialismo, de la misma manera que alguna vez será el señor del Estado!

Por tanto, Hitler tampoco orientó la formación de la SA desde puntos de vista militares, haciéndolo únicamente según los que fueran convenientes para el Partido, así como también deliberadamente diferenció su uniforme del que llevara el viejo Ejército.

El primer gran desfile en masa de la SA se efectuó en ocasión de una manifestación de protesta del Munich nacional contra la implantación de la Ley de Protección de la República. La entrada en bloque de varias centurias con banderas ondeantes provocó inmenso júbilo en la *Odeonsplatz*⁴ ya casi colmada. Las columnas rojas que pretendieron negar a las centurias nacionalsocialistas el derecho a la calle fueron dispersadas con sus cabezas ensangrentadas.

Tras haber aprovechado los meses siguientes para fortalecer la organización interna de la SA y del Partido, en octubre de 1922 el NSDAP extendió su acción, por primera vez, más allá de Munich.

Las ligas nacionales hablan invitado a Hitler a celebrar un Día Alemán en Coburg. En la invitación se le habla solicitado que concurriese acompañado.

Rápidamente decidió Hitler: designó 8 centurias SA como acompañamiento. Un tren especial transportó a Coburg los 800 hombres el primer tren especial nacionalsocialista de Alemania.

Cuando Hitler y sus hombres arribaron a Coburg, la dirección del acto del Día Alemán les exhibió un "acuerdo" con los socialdemócratas de Coburg, conforme al cual ninguna bandera podía ser desplegada durante la marcha a través de la ciudad y bajo ningún concepto podía marcharse en formación cerrada, no permitiéndose, además, la presencia de bandas de música.

Indignado al máximo, Hitler rehusó. En pocos minutos la SA estuvo formada, y al compás de sonos marciales, ondeantes las banderas, ochocientos *nazis* entraron en Coburg.

Ya en la estación ferroviaria se produjeron serios incidentes, insultos y provocaciones, sin que la SA reaccionara. La policía de Coburg no condujo a la columna al hospedaje previsto, sino al centro de la ciudad, al *Hofbräuhauskeller*. Cuando el último hombre SA ingresó al sótano, la multitud furiosa trató de entrar a empujones, pero la policía cerró apresuradamente las puertas y la SA en pleno quedó aprisionada. Ante ello protestó Hitler. Nuevamente se formó la SA y Hitler exigió la inmediata apertura de las puertas.

Después de demorar todo lo posible, la policía accedió.

La SA desfiló de regreso tomando el camino por el cual habla llegado hasta allí.

Pero ahora la situación se tornó insoportable. Como los nacionalsocialistas no reaccionaban a los gritos, las provocaciones y los insultos, las hordas marxistas decidieron agredirlos con piedras. Pero con esto habla sido dada la señal a la SA. Durante diez minutos llovieron golpes demoledores a derecha e izquierda, adelante y atrás, y después ya no pudo divisarse nada rojo en las calles.

En el transcurso de la noche tuvieron lugar graves atentados contra nacionalsocialistas aislados. Varios partidarios fueron hallados por patrullas de la SA ferozmente golpeados.

A raíz de ello se dio otra vez la alarma, precediéndose seguidamente en forma sumarisima contra el adversario rojo.

Al despuntar la mañana del domingo, el terror rojo en Coburg había sido quebrado para siempre.

De qué modo perdurable habla trabajado la SA, se notó recién algunos años más tarde, cuando Coburg llegó a ser la primera ciudad que obtuvo una mayoría nacionalsocialista y que poseyó un alcalde nacionalsocialista.

Una breve huelga del personal ferroviario que se negaba a conducir el tren especial de regreso a Munich fue quebrada en el término de un cuarto de hora. Puntualmente el tren volvió a partir con la victoriosa SA.

4. Plaza de Odeón (N. del T.)

En el primer *Día del Partido del Movimiento*, el 27 de enero de 1923, Hitler pudo presentar al Partido una gallarda SA compuesta de hombres escogidos, unidos por más de una batalla, que hacían honor a la bandera que llevaban.

Los primeros cuatro Estandartes, adornados con el emblema del Movimiento, el águila alzando vuelo, la svástica enguinaldada en las garras, fueron entregados en esa ocasión a la SA.

Las primeras centurias llevaban ya el nuevo uniforme: la gorra contra el viento, transformada ya en gorra SA, y junto con ello, el impermeable corto con cinturón y brazalete.

En el curso del año, divisiones de asalto bajo el mando de Göring aniquilaron el terror rojo en numerosas ciudades bávaras. El Jefe del Regimiento Munich era el *Oberleutnant*⁵ Brückner.

Sistemáticamente se llevó a cabo la limpieza del país, restaurándose la libertad de opinión. Una ciudadela roja tras la otra cayeron víctimas de la propaganda nacionalsocialista.

No obstante, el mes de marzo de 1923 trajo aparejado un cambio en el desarrollo normal de la SA como tropa política de combate.

Francia ocupó el territorio del Ruhr.

Centenares de bravos hombres SA hallaron la muerte heroica bajo las bayonetas francesas. En septiembre se desmoronó la resistencia pasiva.

Mientras la flor de la juventud alemana luchaba en el territorio del Ruhr, el marxismo la traicionó entregándola a los franceses.

El nacionalsocialista Albert Leo Schlageter fue la víctima.

Pero el calvario de la SA en el año 1923 no había llegado a su fin.

Si aun había desfilado jubilosa en el Día del Partido en enero, si el 1º de mayo con su parada en el *Oberwiesefeld*, aplastó el terror rojo en Munich, antes de terminar el año habría de tener sus primeros caldos.

Con vertiginosa celeridad se cumplió el destino.

El tiempo aún no estaba maduro.

Lo que la SA debía ser, Adolf Hitler lo dijo claramente: *"En cuanto hubimos parecido peligrosos al marxismo, éste no dejó desaprovechar ninguna ocasión para ahogar en germen toda tentativa de una reunión nacionalsocialista, haciéndola estallar. Únicamente la estructuración de la propia defensa podía asegurar la actividad del Movimiento y conquistarle simultáneamente aquella atención pública y el respeto general que se tributa a aquel que si es atacado se defiende por si mismo. Como línea directriz para la formación interna de esta división de asalto siempre predominó la intención de educarla, además de su capacitación física, para ser una representación inconvenciblemente convencida de la idea nacionalsocialista, fortaleciendo, por último, en grado máximo, su disciplina. No debía tener nada que ver con una organización de defensa de concepción burguesa, pero igualmente tampoco nada que ver con una organización secreta".*

Después del derrumbe de 1923, operada la nueva fundación del Partido y de la SA en 1925, se introdujeron de inmediato, otra vez, las probadas máximas de la formación SA, y de acuerdo con estos principios inalterables, el ejército pardo obtuvo luchando una victoria tras otra.

5. Teniente Coronel. (N. del T.)

El primer día del Partido del Reich en Munich, 1923

El 24 de febrero de 1920 había sido fundado el Partido.

El 27 de enero de 1923 se congregó para su primer Día del Partido del Reich.

¡Qué camino tan largo fue recorrido en estos tres años! Cuando el Partido comenzó no poseía nada más que una pieza oscura. Paulatinamente la habitación fue provista de luz eléctrica, mucho más tarde de un teléfono. Algunas sillas y una mesa le fueron prestadas. Finalmente se encontró también a un hombre, Schüssler, que se hizo cargo de la administración. Al término de su servicio, concurría de 6 a 8 de la noche al local para realizar los trabajos más necesarios. Una pequeña máquina de escribir *Adler* fue adquirida por el Partido mediante interminables cuotas. Se consiguió una caja de caudales de reducido tamaño para guardar el fichero de afiliados.

En noviembre de 1921 se realizó la mudanza a la *Cornelienstrasse*.

Allí se disponía de tres ambientes. La actividad administrativa se incrementó. Fue menester un local especial provisto de ventanillas. Un antiguo camarada de regimiento de Hitler, Amann, el posterior dirigente de la Editorial Franz Eher, se hizo cargo de la administración del Partido.

En 1922 el Partido ya poseía un fichero central y las finanzas se ordenaron, equilibrándose los ingresos y gastos ordinarios. Por todos los medios se evitó que los incompetentes ingresaran a la organización partidaria, excluyendo a los que sólo estaban unidos de la famosa "convicción". Únicamente el que podía documentar su pertenencia al NSDAP y simultáneamente sus aptitudes, tenía, bajo la enérgica dirección de Amann, un lugar en la administración.

El modo excelente en que trabajaba el Partido, incluso en el plano interno, quedó evidenciado en el momento de su disolución. Al iniciar sus actividades no poseía siquiera un sello de goma y mucho menos papel con membrete.

Así como en lo interno se expresaba el ascenso tenaz y perseverante del Partido, así también se hizo patente exteriormente en el Primer Día del Partido del Reich.

El gobierno del Estado de Baviera no estaba en modo alguno conforme con este Día del Partido. Demasiado fuerte era ya la influencia del NSDAP. ¿Cómo podía atreverse a realizar asambleas en ocasión de un Día Partidario en doce salas de Munich, y para peor en las mayores?

¿Hasta qué punto se puede osar proceder contra este Partido? El gobierno bávaro reflexiona. Por de pronto prohíbe la manifestación pública al aire libre y la mitad de los actos. Luego siempre se puede ver cómo se sale del apuro. Si Hitler se aviene a la prohibición, se hace lo mismo con el resto de las reuniones. Si no, bueno, entonces hay todavía tiempo para derogar la prohibición de la mitad de aquéllas.

Para mayor seguridad se impone el estado de excepción.

Pero la policía hizo la cuenta sin Hitler. Después de algunas alternativas tiene lugar el Día del Partido, no en seis sino en doce salas. Se efectúa la consagración de la bandera, no en la sala sino en el *Marsfeld*¹, bajo cielo abierto, tal como Hitler lo anunciara.

El portentoso cuadro se desarrolló. Millares flanqueaban el amplio campo desde el cual en el pasado se habla iniciado la revolución roja en Baviera. Millares cubiertos de flores, la chaqueta puesta, juraron fidelidad al Führer. Cuatro Estandartes flotan al viento. Esperan la consagración.

1. Campo de Marte. (N. del T.)

Todos los leales están reunidos, Eckart, Esser.

El ingreso de nuevos miembros al Partido aumenta en tal forma que —por primera vez— la sede administrativa no da abasto y debe cerrar transitoriamente las ventanillas para poder registrar las solicitudes.

El Día del Partido es un triunfo indiscutible de Adolf Hitler.

Al anoecer, las doce salas están colmadas desde horas antes. Ocho días después, el *Völkischer Beobachter* aparece como diario. Un mes más tarde, Alfred Rosenberg se hace cargo de la jefatura principal de la redacción.

Con ello el Movimiento dispone de la hoja combativa que necesitaba.

El Día del Partido habla revelado que un diario podía ser sostenido por el Movimiento.

El futuro dio la razón a estas esperanzas.

Nunca antes Munich vivió, como en estos dos días, el 27 y el 28 de enero, la fuerza concentrada de un Movimiento que hasta ese momento sólo conocía por sus aisladas reuniones masivas. Y admirada observó la burguesía que en estos dos días el marxismo, que otrora habla dominado la ciudad como República de los Soviets — ¡hacia apenas cuatro años! —, no se dejó ver en las calles.

Las calles de Munich pertenecían a Hitler.

Pasaron tres meses hasta que la comuna marxista reunió nuevamente coraje. Forzosamente tuvo que decidirse otra vez a la acción. El 1° de mayo estaba próximo y hubiera sido inconcebible que el SPD (2) y el KPD (3) hubieran podido dejar pasar este día sin demostraciones.

Por consiguiente, resolvieron —habiendo delimitado con precisión las respectivas competencias— realizar juntos una demostración en la *Theresienwiese*.

Después del Día del Partido del NSDAP debían borrar su derrota ante los trabajadores. Los nacionalsocialistas habían producido una impresión demasiado profunda. Para evitar que los partidarios se deslizaran por completo de las manos del SPD y de la comuna marxista, los actos de Mayo tenían que llegar a ser un éxito total.

Al poder estatal no le pareció mal que se llevaran a cabo las demostraciones rojas. Ni desde el punto de vista político interior ni exterior descubrieron amenazas de ninguna especie.

La República de los Soviets aparentemente se había olvidado.

Entonces intervino Hitler.

Con insistencia declaró que las concentraciones rojas implicaban una inaudita provocación al Munich nacional. Evitaremos las manifestaciones de la alta traición, esto era, llevado a una breve fórmula, la opinión de la SA y de las ligas de combate.

El gobierno, por cierto, tenía miedo, miedo de ambas partes. Y en lugar de recurrir a las ligas, conforme al ofrecimiento que se le hiciera —en carácter de policía auxiliar—, si bien prohibió los desfiles socialdemócratas en la ciudad, no hizo lo mismo con la concentración en la *Theresienwiese*, negando al mismo tiempo toda intervención a las ligas patrióticas.

Estas disposiciones previas no eran en modo alguno necesarias, porque fue suficiente que sucediera lo que Hitler quería: que el 1° de mayo la totalidad del *Oberwiesenfeld* estuviese ocupado por miles que se hallaban decididos a quebrar enérgicamente el terror marxista, en caso de que se hiciese perceptible.

Al alcance de las manos estaban las armas.

Pero ni el Partido, ni ningún otro, dio golpe alguno. Ni Hitler marchó sobre la ciudad iniciando un gran tiroteo, como quizá creyeron medrosos espíritus burgueses que aún no conocían al Nacionalsocialismo, ni se le tocó un cabello a nadie.

2. Sozialdemokratische Partei Deutschlands. (Partido Social-demócrata de Alemania). (N. del T.)

3. Kommunistische Partei Deutschlands. (Partido Comunista de Alemania). (N. del T.)

Como una pesada nube tormentosa, amenazante, el ejército se concentró ante los portones de Munich. Una visible tropa de orden en caso de que a los marxistas se les antojase provocar disturbios. En tal caso, obviamente, Hitler estaba dispuesto a proceder sin contemplaciones.

En el año 1923 el Reich no se podía permitir el lujo de un poder marxista en Munich.

Pero los señores marxistas entendieron bien la amenaza. Sabían mejor que la burguesía inocua, que los nacionalsocialistas nunca golpean si no es en defensa propia. Sabían que la SA sólo entraba en acción cuando era atacada. Pero que, entonces, tampoco entendía de consideraciones, y ya antes experimentaron que ella había terminado con todas las acciones terroristas'.

Los señores bolcheviques se acordaban aún muy claramente de los días de Coburg y de la Baja Gaviara, de Landshut y del Día del Partido, incluso no se olvidaban de la batalla de sala en el *HofbrSushaus*.

Por ende, se abstuvieron de provocar. Tranquilamente llegó a su fin el 1° de mayo. El marxismo no marchó por las calles de Munich. Estas permanecieron vacías.

Los rojos ya no se atrevían a hacer valer su presunto derecho a la calle.

Así, pues, al caer la noche la SA y las Hgas entraron marchando a Munich.

La derrota de los partidos marxistas era completa.

El verano de 1923

Una vez más la SA se había mostrado como tropa política. Pero ya los primeros indicios de la lucha en el Ruhr arrojaron a los soldados políticos por otras vías.

La inflación seguía locamente su incontenible curso.

El 8 de octubre el marco era la peor moneda del mundo:

Todos los sacrificios eran inútiles. El gobierno del Reich no se avino a la resistencia pasiva. Un gabinete Stresemann fue el resultado.

Un segundo Versailles amenazaba.

En Baviera los separatistas comenzaron a husmear aire matinal. El viejo proyecto, la separación de Baviera de Alemania y su incorporación en un bloque estatal del Rhin-Maine-Danubio, bajo la bondadosa ayuda de Francia, volvió a tomar forma.

Se realizaron secretas entrevistas. Los correos viajaban de un lado a otro. El Reich parecía próximo a su fin.

En estos días, cuando la existencia de la Nación se encuentra ante el más grave peligro, únicamente Hitler conserva la mente clara. En continuas asambleas de masa despierta al pueblo.

El se hace cargo de la conducción exclusiva de todas las Ligas de Defensa asociadas.

El *Reichsflagge*¹ y el *Bund Oberland*² se alienaron junto a la SA, subordinándose de común acuerdo a Hitler.

Lo que esto implicaba lo comprendieron muy bien los señores Kahr y Lossow, y como no olvidaban de qué enérgico modo Hitler se había opuesto siempre a la política de hostigamiento contra los prusianos, de qué manera tajante en sus discursos se había vuelto contra el despedazamiento del concepto de Reich, esta vez tomaron sus recaudos. Cuando el Partido anunció no menos de catorce reuniones en una misma tarde, el señor v. Knilling decretó el estado de excepción y nombró al señor v. Kahr en el cargo de comisario general del Estado. Fue el primer contragolpe.

En Sajonia se preparaba una revolución roja.

Lossow negó obediencia al ministro de defensa del Reich. Baviera se negó a destituir al general.

Berlín trasladaba a los oficiales de la *Reichswehr* que no eran de fiar. Baviera desconocía estos relevos.

Se tenía la intención de alejar a Pöhner de Munich, en quien podíamos confiar, enviándolo a Sajonia valiéndose de artilugios.

El 26 de octubre el comisario general del Estado v. Kahr declaró: no negocio más con Berlín.

El objetivo de los franceses de romper la línea del Maine parecía próximo a lograrse.

Pero aún estaba Hitler en Munich. Y arrojó al Movimiento, al Partido entero, a la SA, a todo lo que disponía, en el platillo de la balanza por Alemania. Por la unidad del Reich, contra el separatismo, tanto como contra la socialdemocracia y el bolcheviquismo.

1. Pabellón del Reich. (N. del T.)

2. Liga del País Alto. (N. del T.)

El 3 de noviembre una hoja berlinesa da la noticia de un "evidente distanciamiento de Kahr y Lossow de Hitler". No hubiera sido necesaria. En pocos días todo debe decidirse. Una terrible tormenta se cierne sobre Alemania; ¿quién la hará descargar?

¿Traerá la bendición o la ruina?

Nadie lo sabe.

El 8 de noviembre encuentra a Munich presa de alborozada fiebre. Todos presienten que se está en vísperas de la definición.

Y tienen la esperanza de que esta definición se llame Hitler.

Desde que el 1° de mayo liberó a la ciudad del terror rojo, le pertenece Munich.

Donde aparece una bandera con la svástica todos lo saludan.

¿Dónde está la "autodefensa" roja?

No se la vio más en las últimas semanas, pero acecha en sus guaridas. Y mañana es el 9 de noviembre.

La Liga *Oberland* entra marchando en la ciudad. Con su vestimenta típica de la Alta Baviera, pantalón corto, la chaqueta tirada sobre el hombro, en el brazo el brazalete con la svástica, impulsa a los muniquenses a una tempestuosa bienvenida.

Para la noche del 8 de noviembre, el señor v. Kahr convocó a una reunión en el *Bürgerbräukeller*. Supuestamente algunos sectores industriales organizan la misma. Pero todo esto es un poco sospechoso. La concurrencia ha colmado las instalaciones. Aún nadie sabe qué saldrá de ahí. Sólo se sabe que hace cinco años se produjo una decisión.

Hoy, de nuevo, una decisión está próxima. Cada cual lo presiente. Kahr es presentado a la multitud. Los aplausos se elevan rumorosos.

Kahr habla. "Del pueblo a la Nación" reza el tema.

¿A qué Nación?

Nadie en la sala puede imaginarse lo que sucede en las calles de Munich mientras Kahr pronuncia su deslucida alocución.

En las calles de Munich se desarrolla la Revolución. En las calles de Munich comienza el Alzamiento. En las calles de Munich ondean las banderas con la svástica, y donde la svástica flamea, allí está Alemania entera e indivisa.

Unos camiones se detienen ruidosamente delante del *Bürgerbräukeller*. La Tropa de Choque de Hitler ocupa la calle. Se dan algunas órdenes a media voz.

En la *Sendlingertorplatz*, junto al *Stachus*, a lo largo de la *Marienplatz*, marchan columnas de la SA.

Un coche llega a toda velocidad al *Bürgerbräukeller*. "Es un delirio esta perorata de la federación del Danubio. ¿Se quiere proseguir el trabajo de la comuna marxista, el trabajo de Francia?". El coche se detiene chirriando.

Kahr está hablando todavía.

Con precaución trata el tema Pueblo y Nación.

En eso se produce un alboroto en las puertas. Brillan uniformes. Todo el mundo mira hacia la entrada.

Alguien hace su aparición, alto y erguido. Luego, algunos hombres armados se precipitan a través de la muchedumbre.

En un santiamén se hallan en la tribuna junto a Kahr. Se desata un formidable tumulto. Kahr se pone blanco como el papel.

Ahora hay otros dos ocupando todavía la tribuna.

Hitler. Así es, Hitler. Y detrás de él, Hess. El Hess férreo, cargado de energía.

Hitler se dispone a hablar, pero el griterío ahoga sus palabras. Entonces alza la pistola. Se oye el chasquido de un tiro contra el techo. Al instante hay silencio.

Hitler levanta el brazo: "*¡La Revolución Nacional ha estallado!*". Más lejos no llega. Una inmensa tempestad de júbilo deshace en pedazos sus palabras. Sí, ahora saben todos por qué esa tarde están allí. Ahora saben qué es lo que han estado esperando durante tanto tiempo. Esperaban justamente estas palabras: "*¡La Revolución Nacional ha estallado!*".

Es una escena de increíble celeridad.

Kahr, pálido y tembloroso, en compañía de Seisser y Lossow se dirige con Hitler a una habitación contigua. Entretanto la SA detiene a los señores del gobierno bávaro, a Knilling, a Schweiyer.

Luego vuelve a aparecer Hitler. Da a conocer la lista de ministros de la Revolución Nacional: Administrador del Estado provincial: v. Kahr; Presidente de ministros: Pöhner; Ministro de la *Reichswehr*: Ludendorff; Dirección política total: Hitler.

La sala explota de júbilo.

La mirada penetrante de Hitler observa a Kahr.

Kahr habla. Se declara lugarteniente de la monarquía.

Hitler exclama: "*¡Recuerde Ud. en esta hora a la Patria alemana, a quien juramos fidelidad sobre todo el mundo!*".

Potentes se elevan los compases del Himno Alemán.

Hay dificultades en la ciudad. Hitler abandona la sala. Al mismo tiempo entrega a los señores v. Kahr, Lossow y Seisser al general Ludendorff.

Cuando Hitler regresa, Ludendorff ha puesto en libertad a los que le fueron confiados.

La Revolución ha sido traicionada.

El 19° Regimiento de Infantería difunde el siguiente comunicado: "El Comisario General del Estado v. Kahr, el general v. Lossow y el coronel Seisser rechazan el *putsch* de Hitler.

Lo determinado en la reunión del *Bürgerbräukeller* carece de validez".

Una hora después el señor v. Kahr disuelve el NSDAP, juntamente con la Liga *Oberland* y *Reichsflagge*.

¿Qué vale una palabra de honor?

Kahr ordena la movilización de las tropas.

¿Contra el marxismo?

¿Contra el peligro bolchevique?

¿Contra el gobierno socialdemócrata?

¡No!

Kahr ordena la movilización contra la Revolución Nacional.

Contra Hitler, contra los *Freikorps*³ que antaño lo llevaron al poder, que liberaron a Munich de la República de los Soviets. En esta noche Kahr traiciona no solamente a Hitler, traiciona a Alemania.

En la mañana del 9 de noviembre no se advierten indicios de la disolución del NSDAP. Sorprendido, completamente pasmado, el muniquense contempla los diarios matutinos. ¿Kahr contra Hitler? ¿No se habla visto el apretón de manos de Kahr, con el que se comprometió a Hitler? Munich se echa a la calle.

Los diputados del SPD están arrestados.

¿Por quién? ¿Por la SA? Con gran alegría se celebra esta noticia.

¿Pöhner y Frick han sido arrestados?

Un amargo silencio se extiende.

Pero, ¡ahí marchan los *Oberländer*! Y el pueblo los aclama jubiloso.

El pueblo está con Hitler.

Frente al Ministerio de Guerra están emplazados caballos de frisa.

Delante de la *Feldherrnhalle*⁴ no se puede pasar. Allí está la policía.

Y desde el lado opuesto viene marchando el Munich nacional.

¡Sí! ¡Ahí va Hitler!

Junto a él, Ludendorff, Brückner y Hess.

Indecisa, la policía del Estado provincial permanece inmóvil.

3. Cuerpos de Voluntarios. (N. del T.)

4. *Pabellón de los Generales*. (N. del T.)

Con Hitler a la cabeza, las columnas marchan, el Himno de Alemania en los labios; al frente, la bandera de una Nueva Alemania.

Desde la *Feldhermhalle* viene corriendo a toda velocidad la gente del *Oberleutnant* von Godin. Apuntan y tiran descabelladamente contra la multitud. El carro blindado ubicado delante de la *Feldhermhalle* escupe fuego de ametralladora indiscriminadamente contra la apretada masa humana: caen SA y también policías. En medio del fuego están de pie, erguidos, los hombres de la Revolución Alemana: Hitler, Ludendorff, Göring. Muertos y heridos cubren el lugar. Bajo las descargas de las tropas de Kahr se desangra la primera Revolución Nacional, pero se desangra también la idea del separatismo, termina el juego con Francia.

Nuevas descargas se efectúan sobre la compacta multitud. El hombre que se halla junto a Hitler es lanzado al aire, luego se abate en el empedrado. Un tiro en el corazón. Muerto.

La tarde trae la lista de muertos.

En el campo de honor cayeron: Andreas Bauriedl, Theodor Casella, Martin Faust, Antón Hechenberger, Oskar Kórner, Karl Kuhn, Cari Laforce, Karl Neubauer, Klaus v. Pape, Theodor v.d. Pfordten, Johannes Rickmers, Max Erwin v. Scheubner-Richter, Lorenz Ritter v. Stransky y Wilhelm Wolf.

Las autoridades les negaron una tumba común.

Gravemente herido, Göring se pone a salvo huyendo a Austria.

Junto al *Staffelsee* es arrestado Hitler.

También se arresta a Ludendorff, Kriebel, Weber, Frick, Pöhner, Brückner y Wagner. Además, enfermo de gravedad, a Dietrich Eckart. Moribundo es puesto en libertad. Un día antes de Nochebuena fallecerá en Berchtesgaden.

Otra víctima de la traición de Kahr.

La Revolución Nacional ha terminado.

El NSDAP está disuelto.

Pero como un fanal relampaguea el proceso que los jueces bávaros pensaban seguir contra Hitler, ya que el proceso resultó contra Kahr y el oprobio de Noviembre, el oprobio de Noviembre de 1923 tanto como el de 1918. Y radiante y grande se alza nuevamente el nombre de Hitler.

El Proceso de Hitler

Gris y cubierto de neblina llega el 26 de febrero.

En la *Blutenburgstrasse* se apretujan los uniformes. La policía se despliega, forma rígidos cordones de contención.

Proceso en el Tribunal del Pueblo muniquense. En el edificio que anteriormente fue una escuela de guerra. Proceso contra Hitler y sus secuaces por alta traición.

Caballos de frisa, alambres de púas en las calles de acceso. Control de documentos personales, control de armas, control de entrada. Policía verde, policía azul, otra vez una barrera.

En la sala de audiencias se agolpa la prensa; los asientos para el público se encuentran ocupados en su totalidad.

Cuando aparecen los acusados se eleva una cálida ola. Nadie presta atención al juez ni al jurado.

Ved, pues, los acusados sonríen. Altos y fuertes se hallan de pie y no reflejan temor alguno.

Hitler lleva la Cruz de Hierro sobre el pecho. A su lado, Frick, erguido en toda su estatura, Pöhner, Kriebel y los restantes.

Por cierto que es un selecto banquillo de acusados. Una hilera de cabezas plenas de carácter.

Por fin, el presidente abre la sesión.

"¿Señor Adolf Hitler?" - Levemente se inclina el Führer.

"Le ruego, por de pronto, darnos una exposición amplia de su vida".

Muy bien. Justamente eso es lo que Hitler desea. El pedido del presidente es como una invitación.

Y Hitler habla. Habla cuatro horas y media. La sala de audiencias se hunde, el juzgado se hunde, las paredes se hunden, y sólo ese hombre está allí de pie, y a él lo escuchan cientos de miles, millones. Éste, ¡por Dios!, no es un acusado, éste es un inexorable acusador, y sus palabras queman como llamas.

Hitler describe su vida. Viena, el hambre, el trabajo, el marxismo, los llamados dirigentes obreros, el terror, la vieja Austria, el judío internacional.

"Como antisemita y enemigo mortal del marxismo he abandonado Viena". El fragor de un trueno parece irrumpir en el recinto.

Suavemente retoma Hitler la palabra. Habla de la guerra, de la revuelta de 1918.

No necesita extenderse mucho sobre esa época. Cada uno de los presentes conoce a sus protagonistas: los señores con los fusiles colgados al revés, los saqueadores y merodeadores, los espartaquistas de mochila y los republicanos soviéticos, los falsos marineros que profanaron el honor de la flota, los asesinos de rehenes, los sádicos.

Y evoca la lucha de los primeros siete y de las divisiones de asalto, la batalla de sala en el *Hofbräuhaus* y el día en Coburg. Nuevamente se alza su voz, volviéndose tajante y acre: *"al terror bolchevique se puede oponer sólo un terror aún más severo"*.

Entonces se desata un clamor ensordecedor. Todos los que se hallan sentados en la sala ya no pueden contenerse. ¡Aquí habla un valiente! ¡Y él merece el aplauso!

Pero, en realidad, recién ha dado comienzo el discurso. Lo anterior no ha sido más que un prelude, una fundamentación. Ahora pasa a referirse a la política de los últimos meses, a la Revolución Nacional, a la traición del señor v. Kahr, a los tiros junto a la *Feldhermhalle*.

¿Qué habla pasado con el gobierno Kahr? ¿El juramento de las tropas bávaras a Munich, en lugar de hacerlo al Reich, era o no un golpe de Estado? Como una

guillotina, raudamente, cae el concepto sobre el señor v. Kahr: *"Cuando alguien en un ejército de siete divisiones tiene una en su mano y se revela contra el jefe del ejército, o bien debe arriesgarse hasta las últimas consecuencias o es sólo un miserable amotinado"*. Otra vez estallan los aplausos; el presidente abandona la inútil tentativa de acallarlos.

"Dos días antes del putsch —señala Hitler— he dado las órdenes de que el 8 de noviembre, a las ocho y media en punto, fuera proclamado el Gobierno Nacional. ¿Habría yo acaso tomado tal decisión si no hubiese estado seguro de que también Lössow, Kahr y Seisser querían la eliminación del Estado existente? Hubiera sido una locura si hubiese hecho lo uno sin saber lo otro".

"Si he incurrido en alta traición —en mi opinión no existe alta traición con los traidores a la Patria del año '18—, también el señor v. Kahr, el señor v. Lossow y el señor coronel Seisser han hecho lo mismo, y me extraña mucho que no estén sentados a mi lado!".

Atronadores aplausos azotan la sala.

Pero aún no ha llegado al final. Aún faltan las palabras decisivas, orgullosas, viriles, que constituyen un llamamiento al futuro y a la historia contra el miserable presente: *"Los jueces de este Estado pueden tranquilamente condenarnos por nuestro proceder. La historia, como diosa de una verdad superior y de un derecho mejor, ella, sin embargo, alguna vez, sonriente, romperá en pedazos esta sentencia para absolvernos a todos de culpa y expiación"*.

Recién ahora el júbilo es inmenso. Nunca antes un acusado de alta traición habló así delante de sus jueces.

Y luego le toca el turno a los camarades. El Dr. Weber hace referencia a la política de Kahr, puntualizando que tenía el propósito de crear una moneda bávara. Pone de manifiesto la política de dos caras de este comisario general del Estado, saca a luz sus oscuros planes. El 6 de noviembre Kahr declaró que coincidía totalmente con Hitler. El 9 de noviembre... Surge el nombre del separatista Dr. Heim, dirigente del Partido Popular Bávaro. Sus negociaciones con los franceses en Wiesbaden son reveladas. Hasta el nombre de Sixtus von Parma-Bourbon fantasmagorea en la ronda de los confederados del Danubio.

Una culpa se amontona sobre otra culpa, pero no sobre los hombros de los acusados.

El 3 de marzo el defensor presenta su célebre petición de inmediato arresto de Kahr, Lossow y Seisser por asesinato y alta traición.

Tienen lugar fieras batallas verbales.

Se lanza la frase "criminales de noviembre".

Hitler se levanta de un salto: *"La dirección de la acción política contra los criminales de noviembre la tengo yo, me había reservado ese derecho y me lo seguiré reservando, si no puede ser para hoy, para el futuro"*.

La historia relampaguea en la sala del juzgado.

Y luego debe declarar Kahr.

Los defensores increpan:

"¿Por qué Ud. no ejecutó en Gavierra las leyes del Reich?

¿Por qué Ud. no juramentó las tropas bávaras al Reich?

¿Por qué Ud. hizo confiscar el oro del *Reichsbanken* Nuremberg?

¿Por qué quiso proceder violentamente en Turingia? En Turingia, innegablemente, el 6 de noviembre reinaba absoluta tranquilidad. ¿Contra quién quiso proceder Ud.?

¿Por qué dijo Ud. a un editor de Stuttgart que 'ahora ya no puedo esperar más?'".

¿Porqué?...

¿Porqué?... «¿Porqué?... - Kahr no responde. ¡No puede recordar!

Kahr no osa siquiera defenderse.

Únicamente responde a una pregunta de menor importancia. Y en el acto su respuesta es desenmascarada como falsa.

Cuando abandona la sala del juzgado se produce un vacío a su alrededor. Como a un enfermo de peste, el pueblo lo evita. Muchos vuelven el rostro al pasar Kahr. Ni siquiera una mirada ha de rozar a este hombre.

Día a día Hitler transfórmase cada vez más de acusado en acusador.

Que Kahr pretendía hacer un *putsch*, pero no el *putsch* de Hitler, sino un *putsch* de verdadera alta traición, para arrancar Baviera de Alemania, quedó claro no sólo para el juzgado. Y la razón por la que Hitler puso en juego al Partido también.

El 31 de marzo, fecha en que debe ser anunciado el fallo, Munich se asemeja a un campamento militar.

La policía no confía en el pueblo. Al hacer su aparición los defensores de los acusados son saludados con estruendosos *¡Heil!* A duras penas logran abrirse paso entre la muchedumbre.

La multitud los aclama. En rigor los verdaderos destinatarios de la aclamación son los hombres que están allá adentro, en las celdas del Tribunal del Pueblo.

Y la policía del señor Kahr lo sabe muy bien.

Los defensores (nadie puede precisar quién trajo la noticia) viajarán con el coche descubierto si Hitler queda en libertad o si únicamente se dispone su reclusión en la fortaleza. En coche cerrado si, bueno, si...

Munich aprieta sus puños.

Y espera a los vehículos.

Y se da a conocer el fallo:

Hitler, Weber, Pöhner y Kriebel: cinco años de prisión en la fortaleza, pero cumplidos los seis meses quedará en suspenso la pena.

Ludendorff absuelto.

La sala estalla presa de enorme júbilo. Las exclamaciones de *¡Heil!* vuelan atronadoras sobre las cabezas del jurado.

Posteriormente se conoce la fundamentación del fallo.

Justifica por completo a Hitler. "Para un hombre que piensa y siente como alemán, tal como Hitler... que durante cuatro años y medio estuvo voluntariamente en el frente... la prescripción de la ley de protección de la República, que dispone la expulsión..."

La sala reacciona a cada frase con estruendosos aplausos.

Munich ensalza a Hitler.

Frente a la ardiente profesión de fe de un pueblo, la policía de Kahr se contiene.

El Tribunal del Pueblo de Munich

Colaboración especial de Julius Schaub

"Orden de admisión.

Adolf Hitler, nacido el 20 de abril de 1889, para dar cumplimiento a su pena de 5 años de prisión en la fortaleza, por el crimen de alta traición, debe ser mantenido en reclusión en la celda en la que actualmente se halla arrestado. Los cuatro meses y dos semanas de prisión preventiva le serán computados.

Munich, 1° de abril de 1924, a las diez horas de la mañana.

Firmado: el Presidente (Hay un sello)."

Por breve que pueda parecer esta nota de admisión, un tiempo indeciblemente largo se desprende de la frase "5 años de prisión en la fortaleza", más todavía para un hombre que se afanaba por lo mejor, por la libertad de su pueblo.

El primero de abril de 1924, por segunda vez Adolf Hitler transpone los muros de la prisión de Landsberg, en esta ocasión ya no en carácter de arresto preventivo sino como condenado por un Tribunal del Pueblo. La celda de la fortaleza a la que se le destina está provista apenas de una cama de hierro, un colchón, una frazada, una pequeña mesa, dos sillas y una mesa de luz.

A través de los barrotes él deja vagar su mirada divisando, más allá del muro de 5 metros de altura los magníficos y extensos campos que se extienden cerca de Landsberg. De tiempo en tiempo la monotonía es interrumpida por el sonido producido por las armas durante el cambio de guardia, o el tintineo de las llaves cuando ésta hace su ronda. Y en esa soledad, lejos del mundo, separado de la humanidad, rodeado solamente de sus fieles combatientes y compañeros de prisión, el Führer escribe *Mein Kampf*, su grande obra. Así arriba el 20 de abril en que Hitler celebra su 35 cumpleaños. Si entonces creyeron los dueños del poder que Adolf Hitler y su Movimiento estaban liquidados porque sus partidarios le abandonarían, pronto se convencerían de su craso error. Seguramente el correo de Landsberg nunca llevó a un habitante de la bella población cercana al Lech tantas cartas, telegramas y encomiendas como al prisionero de la fortaleza Adolf Hitler. Las más bellas flores ornamentaban la celda, los regalos de amigos y de sus leales adeptos.

Las semanas pasaban, el verano llegaba a su fin. El número de prisioneros en la fortaleza ascendía a 32 hombres. Para muchos de ellos a veces los días transcurrían alegres, otros eran de desesperanza, según el aspecto que mostraba el cielo, pues recordaban a su familia, a su profesión y a tantas otras cosas. Más de uno, cuando paseaba su mirada a través de las rejas sobre los campos de trigo maduro y las cercanías embellecidas por las flores, pensaba en sus seres amados. Mas cuando a la tarde el Führer los reunía para leerles el libro que estaba elaborando, la fe, la esperanza y el consuelo volvían a sus corazones.

El Führer trabajaba y escribía día tras día en su celda. Los otros combatientes se agrupaban en sus diferentes comandos, realizando unos diferentes trabajos en la tierra, bajo la experta dirección del tempranamente desaparecido camarada Ham, en tanto otros se dedicaban a la jardinería y a la recolección de leña para el fuego. De ese modo manteníanse todo el tiempo ocupados por el trabajo.

A la tarde se reunían en el patio para realizar algún juego que les permitiera estirar los miembros, una vez más, antes de acostarse.

Los meses transcurren. Se avecina la Navidad. Por primera vez han de pasar la Navidad entre rejas. Sus pensamientos están dedicados a organizar cómo habrán de pasar la festividad.

El 19 de diciembre, a las 10 de la noche, cuando ya los otros reclusos de la fortaleza se hallan acostados, el director de la prisión aparece ante Hitler

comunicándole la buena nueva de que se encuentra libre. En la mañana del 20 de diciembre el Führer convoca a todos sus fieles, designa comandante a su actual Lugarteniente Rudolf Hess y se despide personalmente de cada uno, con la promesa de hacer todo lo posible para que ellos también recuperen bien pronto la libertad largamente deseada.

Ahora él retorna a su pueblo, la lucha comienza de nuevo.

9 de noviembre de 1923*

ANTON HECHENBERGER, Cerrajero, nacido el 28 de septiembre de 1902.

ANDREAS BAURIEDL, Sombrerero, nacido el 4 de mayo de 1879.

MARTIN FAUST, Empleado bancario, nacido el 27 de enero de 1901.

WILHELM WOLF, Comerciante, nacido el 19 de octubre de 1898.

THEODOR CASELLA, Empleado bancario, nacido el 8 de agosto de 1900.

THEODOR VON DER PFORDTEN, Consejero en el Tribunal Regional Superior, nac. el 14 de mayo de 1873.

HANS RICKMERS, Capitán de Caballería (R), nacido el 7 de mayo de 1881.

CARL LAFORCE, Estudiante de ingeniería, nacido el 28 de octubre de 1904.

OSKAR KORNER, Comerciante, nacido el 4 de enero de 1875.

DR. MAX ERWIN VON SCHEUBNER-RICHTER, Ingeniero, nacido el 9 de enero de 1884.

KARL NEUBAUER, Doméstico, nacido el 27 de marzo de 1899.

LORENZ RITTER VON STRANSKY, Ingeniero, nacido el 14 de marzo de 1899.

KLAUS MAXIMILIAN VON PAPE, Comerciante, nacido el 16 de agosto de 1904.

KARL KUHN, Empleado de hotel, nacido el 26 de julio de 1897.

* Nómina de caídos ante la Feldherrnhalle. (N. del T.)

Canción de rebato de los alemanes

*¡Rebato! ¡Rebato! ¡Rebato!
¡Suelta está la serpiente,
el dragón de los Infiernos!
¡La estupidez y la mentira rompieron sus cadenas,
la avidez por el oro en el lecho horrible!
Rojo, como la sangre, el cielo está en llamas,
pavorosamente se derrumban,
con estrépito, los frontones.
Golpe tras golpe, a la capilla ¡también ella!
la reduce a escombros el dragón!
¡Tocad a rebato ahora o nunca!
¡Alemania despierta!*

*¡Rebato! ¡Rebato! ¡Rebato!
¡Tocad las campanas de torre a torre!
Tocad para que los hombres,
los ancianos, los jóvenes,
los durmientes salgan de sus piezas.
Tocad para que las niñas bajen las escaleras,
para que las madres dejen las cunas.
Que el aire retumbe y resuene estridente,
¡que brame! ¡brame en el trueno de la venganza!
Tocad para que los muertos
salgan de sus fosas.
¡Alemania despierta!*

*¡Rebato! ¡Rebato! ¡Rebato!
¡Tocad las campanas de torre a torre!
Tocad hasta que empiecen a saltar chispas.
Judas aparece para ganar el Reich.
Tocad hasta que se tiñan de rojo las sogas.
Todo alrededor es puro incendio
y tortura y matanza.
Tocad a rebato.
Que la tierra se empine
bajo el trueno de la venganza salvadora.
¡Ay del pueblo que hoy aún duerme!
¡Alemania despierta!*

DIETRICH ECKART

La nueva fundación del Partido

Cuando Hitler abandonó la fortaleza de Landsberg, el personal de la misma era nacionalsocialista.

Hasta el director del penal, en aquel 20 de diciembre de 1924, al despedirse de su prisionero no pudo menos que confesar: "Creo que hoy yo mismo soy nacionalsocialista".

Inmediatamente después de su retorno a la libertad, Hitler reanudó la tarea. Ni un día de recuperación se permitió para sí.

"En cinco años habré reconstruido el Partido", anunció. Y no se engañaba.

El 27 de febrero de 1925 llegó el momento en que la nueva fundación del Partido pudo ser hecha pública.

Tres mil hombres se apretujaban en el salón del *Hofbräuhaus*, y decenas de miles esperaban afuera. Ni el ataque con cachiporras de goma por parte de la policía era capaz de dispersarlos.

En el interior, la sala deliraba de entusiasmo. El Führer... todos los leales de ayer se encontraban nuevamente ante él. La benemérita policía, empero, a quien esta reunión le había afectado hasta los huesos, prohibió a Hitler hablar.

Contra esta decisión no existía posibilidad de apelar. Hitler habla sido enmudecido.

El Partido Popular Bávaro, la República de Weimar entera, se restregaban las manos.

No obstante, el Partido creció día a día, de modo que la prohibición de hablar tenía poco sentido. Ciertamente no era posible realizar concentraciones en masa. Pero, ¿no era más importante adoctrinar, por de pronto, a los renacidos partidarios, martillarles en actos internos los principios eternos del Movimiento, crear una guardia invencible? ¡Inútil era la prohibición de hablar!

Del 4 al 6 de julio de 1926 tuvo lugar en Weimar el Segundo Día del Partido del Reich del Movimiento.

¡Qué contraste con el Primer Día del Partido de dos años atrás! Entonces habla sido un día de febril expectativa ante la próxima toma del poder, impregnado del espíritu de intranquilidad de los primeros años de posguerra, de los combates de la Alta Silesia y del Ruhr. Ahora, luego de un difícil tiempo sin conducción y sólo un año de trabajo constante, era un día donde únicamente existía la fe en la Idea y la perspectiva de muchos años más de ardua labor.

Y, sin embargo, ¡qué espléndido fue este Día del Partido!

Resplandecían las banderas con la svástica ante los monumentos de Schiller y Goethe. ¡Saludaban las nuevas camisas pardas y las gorras!

10.000 personas se hicieron presentes. Del Ruhr llegaron mineros que — ahorrando sus últimas monedas— viajaron 48 horas en camiones sin suspensión, sólo para ver a Hitler.

De toda Alemania arribaron los trabajadores... La burguesía se frotaba los ojos.

¿Obreros habían venido? ¿Obreros? ¿Entonaban canciones nacionales? ¿Hasta del Territorio del Ruhr?

Desconcierto general de la burguesía.

La comuna marxista, evidentemente, pensaba de otra manera. Palpaba ya la irrupción del NSDAP en el frente obrero.

Preparaban, a su modo, la lucha defensiva.

Se dieron cuenta de lo que significaba el Nacionalsocialismo antes que la burguesía, carente de formación política y ajena a la realidad, que ya una vez había subestimado el desarrollo de la subversión.

El marxismo de todos los matices, tan desunido en las demás cuestiones, se colocó en frente cerrado, porque el Movimiento de Liberación de Adolf Hitler desde el

principio lo tomaba de la garganta, sin entender de negociaciones, armisticios o medias tintas.

La lucha defensiva la organizó el marxismo de la misma forma en que combatía a la burguesía: empleando el terror más brutal e inclemente, los asaltos y el boicot a las empresas.

Que estos medios, que frente a la burguesía cobarde habían tenido un efecto excelente, no servirían contra el Nacionalsocialismo, todavía no b sospechaba el marxismo.

Levantamiento de la prohibición de hablar en público

En Baviera, casi dos años después, se levanta la prohibición de hablar. Cuando el Führer vuelve a hablar por primera vez ante el gran público en el Circo Krone, las masas se aglomeran. 6.000 personas es la capacidad máxima, pero son 8.000 las que se apretujan ocupando hasta los pasillos y desparramándose por las calles adyacentes, hasta encaramándose a los balcones.

Una hora antes de comenzar el acto, el Circo ha sido cerrado por la policía. Realmente no tiene espacio más que para un hombre: Adolf Hitler en persona.

Cuando él aparece el edificio tiembla. De tal manera truenan los aplausos. La SA está formada. A la cabeza la Bandera de la Sangre del 9 de noviembre. Le rinden honores 8.000 brazos en alto.

Un tambor toca a redoble sacudiendo a los tibios, despertando a los dormidos, atacando a los hostiles, fortaleciendo a los adeptos.

Donde él llega la dicha y el júbilo lo reciben. Sus discursos son cortantes como el filo de un cuchillo, inexorable es su arreglo de cuentas con el sistema de noviembre. Como siempre sus pronósticos resultan exactos, y cada vez más fanáticamente él martillea en los corazones de millares de personas la fe en un porvenir mejor.

Rápidamente, de golpe, crece el Partido. Su número de afiliados se duplica, se triplica y se cuadruplica. Donde ayer jamás flameó el estandarte de la svástica, surge hoy primero una célula, un punto de apoyo, y mañana se creará un grupo local y pasado mañana una SA.

Toda la fuerza del Movimiento está concentrada sobre Alemania del Sur: *"Nosotros debemos proceder sistemáticamente, construir paso a paso los bastiones— indica el Führer a sus colaboradores—, roda dispersión de esfuerzos debe ser evitada. Que el Partido Popular Alemán de la Libertad¹ trabaje en el Norte, el Sur pertenece al Nacionalsocialismo y en éste nosotros tenemos que trabajar intensamente"*.

Pero la fuerza de reclutamiento del Nacionalsocialismo es demasiado grande. De golpe se extiende el Partido en el Territorio del Ruhr, en Berlín. El nuevo *Gauleiter*² para la Capital del Reich, el Dr. Goebbels, trabaja con una enorme tenacidad. Las prohibiciones no pueden impedir el avance. Al contrario, ella suelda más firmemente entre sí a los partidarios y a la SA.

Cuando el Führer convoca otra vez, al año siguiente, 1927, para el Día del Partido, en el cual han de analizarse los resultados obtenidos en los 12 meses, no son ya 10.000 hombres los que marchan, como en Weimar, sino 30.000 camisas pardas los que desfilan por Nuremberg, la bella ciudad del Reich.

Al frente marcha la prohibida SA de Berlín y su fiero estandarte. "Berlín es siempre fiel ¡A pesar de la prohibición no estamos muertos!", reza su gozosa divisa.

El Día del Partido reúne cien mil seres humanos que han llegado de todas partes y por todos los medios: en automóviles, en camiones, en los trenes especiales y en bicicleta, a pie y en largas columnas de motocicletas. Ellos invaden la ciudad con su entusiasmo y el presentimiento de que un cambio se aproxima.

El Día del Partido fue un primer triunfo, una batalla ganada. Al caer la noche del último día un mar de flores cubre Nuremberg. Miles, decenas de miles, centenares de miles de antorchas se balancean esa noche para saludar al Führer, semejando a una inmensa serpiente de fuego que se arrastra.

1. *Deutschvölkische Freiheitspartei*. (N. del T.)

2. Dirigente del *Gau* (comarca, territorio). (N. del T.)

Entonces suenan los tambores, retumban los pasos de marcha, elevándose clamorosos los gritos de *¡Heil!*, y toda la ciudad se pronuncia por la svástica. Como fuegos de artificio brillan las linternas de los mineros, que los obreros del Ruhr trajeron de sus minas para saludar al Führer. Los trabajadores saben quién es el conductor de los trabajadores alemanes.

Cada ventana, cada balcón está adornado con luces y banderas. Sobre toda Nuremberg flamean las banderas con la svástica.

La prensa alemana presta atención a la manifestación de cien mil, evidentemente no puede hacer otra cosa. Pero ella no la comprende.

Esto está reservado para el exterior, para los italianos. Los fascistas tienen mejor visión para advertir las novedades que aparecen en Europa. • Ellos han hecho una Revolución basada en el mismo espíritu nuevo.

El Führer habla logrado algo grande.

Las elecciones para el Reichstag del 20 de mayo de 1928

Treinta mil hombres SA hablan desfilado en Nuremberg. Cien mil miembros del Partido, en total, concurrieron.

Esto quería decir que existían, por lo menos, 250.000 nacionalsocialistas en Alemania. 250.000 combatientes, propagandistas de Hitler. Esto significaba que cada día un millón de veces la Idea de Adolf Hitler era expuesta, anunciada, explicada, llevada a los alemanes vacilantes, irresolutos, débiles, desesperados, angustiados.

Pues el NSDAP no está compuesto por miembros pasivos.

Para oponérsele se usa la violencia, cruda, sombría. Los medios de poder de la policía, la cachiporra de goma, los tribunales, el asalto cobarde, el asesinato, el terror económico, el amordazamiento espiritual, el hambre y la miseria.

Cuando la SA berlinesa regresaba fue arrestada en el límite de la ciudad por orden de un presidente de policía judío, a quien la vanguardia del Berlín nacional le habla hecho rechinar los dientes.

¿Los camisas pardas portan armas? No. El Führer las ha prohibido, y, aunque quizá no sean halladas por las requisas policiales, han acatado su disposición. El Führer se halla dispuesto a llevar la lucha en el plano legal y por ello la SA obedece incondicionalmente.

Los policías del señor Zörgiebel los someten permanentemente a requisas, siempre sin resultado.

Pero no se hace lo propio con los comunistas.

Los disparos de armas de fuego que llueven sobre el empedrado, los disparos que abaten a los hombres con la camisa parda sobre el empedrado, ¿de dónde provienen? La policía socialdemócrata de la ciudad de Berlín, con su mejor voluntad no puede explicarlo.

El año 1927 finaliza.

El 20 de mayo de 1928 doce diputados nacionalsocialistas ingresan al Reichstag. 12 sobre 491.

Los diarios lo señalan triunfalmente. Una ridícula docena, un número insignificante sobre 500 representantes del pueblo. ¿Qué pueden hacer esos doce? ¡Un fracaso categórico! ¡Hitler no arribará jamás al poder!

¿O es que secretamente los señores marxistas y los del centro democrático temían que los nacionalsocialistas obtuvieran más representantes?

De 7 a 12. ¿Es eso poco?

Adolf Hitler piensa que constituye una excelente tropa de choque, que se halla en situación de realizar propaganda nacionalsocialista en el Reichstag, y que el Partido solamente puede obtener beneficios de esos doce.

Los años pasan. La penuria aumenta, más intensamente el delirio del cumplimiento¹ aumenta la miseria del pueblo.

Incesantemente apela y martillea en las reuniones Adolf Hitler. ¿Vosotros prohibís la camisa parda?

Entonces, bien, nosotros desfilaremos en camisa blanca.

¿Vosotros prohibís las manifestaciones?

Nosotros doblaremos el número de reuniones.

Una Tropa de Asalto nace de una Tropa de Asalto, un Grupo Local de un Grupo Local. ¿Vosotros creéis que las persecuciones nos suprimirán?

1. De lo estipulado en el Tratado de Versailles. (N. del T.)

Observad solamente el próximo Día del Partido, el cuarto, en Nuremberg. ¡Entonces, vosotros veréis que ha hecho el NSDAP!

El primero de agosto se reúne de nuevo el Partido.

Si en 1927 los viejos camaradas del Partido, humedecidos los ojos de alegría, contemplaron cómo toda la ciudad se pronunciaba por el pensamiento de Adolf Hitler, si orgullosos y fieros marcharon con los resplandecientes estandartes rojo-sangre, si desfilaron ante la svástica con victoriosa alegría, si, en todas partes, los nurembergueses hablan aclamado una y otra vez las interminables filas de batallones pardos que marchaban por las calles de la ciudad, comprobando asombrados, entusiasmados, la fuerza del Movimiento; estos días de agosto de 1929 empalidecieron todo lo que hasta ese momento se habla visto.

Las casas de la gran ciudad no fueron suficientes para albergar a las masas. Todas las escuelas, los gimnasios, las salas y las fábricas disponibles se ocuparon. Se los llenó de paja para alojar a los millares de personas que llegaban de la Prusia Oriental y del Tirol, de los Sudetes y de Hamburgo, del Territorio del Ruhr y de Sajonia, de la Marca y del Rhin, de Suavia y del Ruhr.

También arribaron del exterior —de España, de Italia y de Suiza— los alemanes, los camisas pardas, y ningún obstáculo, ninguna prohibición fue capaz de impedirles presentarse ante el Führer.

Durante días marcha la SA, que no pudo reunir el dinero necesario para utilizar un tren especial, a través de Alemania.

Toda la ciudad es agitada por esta marea humana. Las canciones y el júbilo ardientemente contenidos llenan las calles y las plazas. La mirada es incapaz de abarcar a las gigantescas masas.

Cerca de un millón de hombres se han reunido, para celebrar a Adolf Hitler, al Führer, al Arquitecto del Tercer Reich.

En grandes salones se realizan las sesiones especiales. La ornamentación es de una austera solemnidad. Banderas y estandartes y el rojo y el plateado, así como el verde del abeto y del roble constituyen los únicos ornamentos.

60.000 hombres SA están en las calles.

160.000 miembros civiles. El Partido no contaba con tal número en los años pasados. ¡Qué crecimiento!

Hitler habla. En forma simple y clara expone al Congreso del Partido el camino y el objetivo a seguir. Anuncia las luchas venideras, la época terrible de los Tributos de Young. Pero él no se queja ni se lamenta, ni se desespera por la situación ni la considera inmodificable. Si *nosotros* permanecemos firmes, si *nosotros* continuamos la lucha, entonces nada está perdido. ¡En vosotros descansa el futuro del Reich! Así martillea constantemente sobre el Partido.

El inculca en el corazón de cada uno el deber profundo, el deber de sacrificar todo, todo, la misma vida, exclusivamente por la Patria y su porvenir, y así siempre, siempre hay que estar dispuestos a la lucha por más inútil que ella parezca.

En ese momento se oyen tiros en el exterior. Todos se levantan de un salto, pero la voz del Führer resuena, dominante, en la sala; "*¡Que nadie se levante por unos simples disparos! ¡Adonde hubiéramos llegado nosotros durante la campana si por cada tiro nos hubiésemos levantado de un salto!...*" Y el resto él puede decirlo en voz baja, no necesita dar órdenes el Führer. La concurrencia permanece tranquilamente en sus asientos. Una vez más suenan disparos, pero Hitler continúa desarrollando su discurso.

Esta fue la última tentativa de la comuna marxista de impedir, mediante el asalto a mano armada, la realización de un Día del Partido.

Al anochecer, 60.000 hombres SA marchan. Resplandeciente la columna de antorchas se desplaza por la ciudad. En toda ella reina el júbilo.

Los representantes de la prensa se sienten perdidos. ¿Qué pueden escribir sobre el Día del Partido? ¿Pueden decir la verdad? ¿Los redactores berlineses

pueden rehusarse a dar la información de mediodía, puesto que los periodistas no están para ensalzar a los *Nazis*?

¡Informaciones objetivas, señor colega, ob-je-ti-vas! Si ante esto un hombre debe ser "objetivo", maldito sea el ser periodista, porque a la vista de la marcha de las antorchas se estremecen las fibras de su corazón.

El levanta el tubo y pide con Berlín, y cuando obtiene la comunicación solicita hablar con el jefe de redacción y le dice: "He aquí mi nota" y saca el tubo por la ventana justamente en medio de la marcha de las antorchas, ardorosa, retumbante, jubilosa, electrizante, que parece formar deslumbrantes olas.

Cuando cinco minutos después se pone al teléfono, el jefe de redacción aún está en la línea.

"Parece verdaderamente considerable", le dice al reportero, agregando seguidamente: "Concédale treinta líneas..."

¡Treinta líneas!

¡Berlín, un caso desesperado!

¡La prensa, un caso desesperado!

¿Ahora sabéis, vosotros, lo que significa un Día del Partido? ¡El significa veinticuatro mandatos, ni más ni menos!

Porque ahora ellos son doce. Esto, señores, significa el Día del Partido.

A mediodía de la jornada siguiente suenan los bronces, los grandes tímpanos y los tambores.

La marcha de Hitler, la de Badenweiler, se eleva potente y los batallones pardos, hora tras hora, desfilan ante el Führer. El sol brilla y la calle se ha convertido en un tapiz de flores. Y la SA sabe por qué le arrojan flores. La cosecha de todo un verano se derrama sobre ellos. No ha quedado una flor sin recoger. Y los ojos, los ojos, ellos brillan, ellos brillan...

¡Aguardad solamente un año! ¡Un año!

En el famoso proceso por alta traición de Leipzig, Adolf Hitler ha hecho su célebre juramento por la legalidad ante los oficiales de la *Reichs-wehr*.

El puede jurar con tranquilidad y asombrándose de que sea necesario hacerlo. ¿No lo ha sostenido miles de veces en sus reuniones, en todas sus órdenes partidarias, en todos sus actos? Más aún: ¿no ha sido adecuada a tal finalidad su organización?

Hitler jura.

El mundo escucha el juramento.

La democracia ha perdido una batalla.

El 14 de septiembre perderá la segunda.

Agresiva y salvajemente se desarrolla la lucha electoral tras la disolución del *Reichstag* de Brüning. Jamás antes se hablan empleado tales medios. El NSDAP arrastra a los otros partidos como una avalancha de una pujanza inaudita.

No hay reunión adversaria en donde no aparezcan los nacionalsocialistas, en la que no se polemice. Ni tampoco ninguna propia en que no irrumpa la policía cuando un hombre del Movimiento habla. El pueblo es esclarecido en las cientos de miles de reuniones de célula.

Todos los demás partidos están afónicos.

Solamente los otros se retiran. Los camiones repletos de coros pardos atraviesan con tenacidad las rutas y las calles, aunque las voces estén enronquecidas.

La Bolsa pronostica 60 mandatos.

La prensa burguesa 50.

En el Partido se cree que oscilarán entre 75 y 100, según la zona en que se efectúe el vaticinio.

Para la tarde del día de las elecciones, el Dr. Goebbels alquila el *Sportpalast*.

En todas las columnas de propaganda se lee: ¡Nacionalsocialistas! ¡A la fiesta de la Victoria!

Pensad: el sábado, en vísperas de las elecciones son colocados estos afiches! Ellos llenan de pánico a los adversarios.

Y se llega a la tarde del domingo, a la noche.

Y por los altoparlantes las cifras se suceden vertiginosamente:

NSDAP: 126.000 contra 11.000... NSDAP: 44.000 contra 5.000... NSDAP: 324.000 contra 29.000... NSDAP... NSDAP: dobla, triplica, ¡no! decuplica, veinte veces más. Esta es la elección de septiembre de 1930.

Breslau: 259.000 contra 9.000; Prusia Oriental: 235.000 contra 8.000... ¡Mi Dios! ¿Una cosa así es posible?

La supremacía de las izquierdas pisa un terreno peligroso, peor aún, se hunde irremediablemente. Una avalancha sepulta a la democracia.

¿Cuántos son los mandatos? ¿70? ¿80? ¿90? ¿92? ¿95? ¿Es que son más todavía? Esto parece no terminar nunca.

Cuando se anuncian los resultados finales, 107 nacionalsocialistas resultan electos.

107 sobre 577.

Y hace dos años eran sólo 12.

La respuesta del exterior fue la disposición² para negociar las cláusulas de las reparaciones².

Hitler habla obtenido para el pueblo alemán, luchando desde la oposición, el primer éxito de política exterior.

Cuando la noche de la elección llega a su fin, él dicta su célebre decreto: "*¡La lucha continúa! ¡70.000 reuniones llevarán la idea del Nacionalsocialismo victorioso a toda la Nación! ¡Después de la victoria ajustad más firmemente vuestros cascos! La consigna es: ¡Ataque!*".

¡Seis millones y medio de votos!

El ataque en masa ha resultado brillante. Y el gran público evidenció tener buenos oídos.

¡Hitler! ¡Hitler!

De 70.000 reuniones se pasa a 100.000, a 120.000. Alemania no puede dejar de escuchar a Hitler y su Movimiento.

La prensa roja lanza espumarajos de furor. La prensa mundial imprime, por primera vez, el nombre del Führer en grandes letras.

De improviso, tanto las fotografías como el material relacionado con el Movimiento alcanzan un alto precio.

Las fotos que tres semanas antes algunas personas no querían recibir ni de obsequio adquieren actualidad, son solicitadas. El Nacionalsocialismo se ha convertido en un poder.

Luego tiene lugar la inauguración del *Reichstag*.

El plenario se encuentra dominado por la excitación. El recinto está lleno, los diputados de todos los partidos ocupan sus bancas, pero todavía

hay un amplio sector vacío. El NSDAP aún no se ha hecho presente.

¿Cómo vendrán ellos? ¿Con la camisa parda?

"Pero la camisa parda está prohibida en Prusia", vocifera un demócrata.

No acaba de pronunciar la frase, en momentos en que se abre la puerta e ingresan en rígido orden los *Nazis*, todos con la vestimenta de honor del Movimiento.

Pardo es el color que brilla en la quinta parte del recinto.

Una compañía de soldados de Hitler, 107 camisas pardas.

Frick es designado presidente de la comisión de asuntos exteriores.

Y luego se pronuncia el primer gran discurso programático del Nacionalsocialismo en un *Reichstag* alemán. La exposición de las ideas y de las metas del NSDAP. El *Reichstag* escucha tranquilamente el discurso.

2. Idem (N. del T.)

Solamente una interrupción osa producirse'.

De esta forma la voz de la Alemania que despierta se oye aquí, por vez primera, vibrante y clara.

"Nosotros exigimos la restauración del honor alemán. Nosotros exigimos el aniquilamiento del concepto de culpabilidad de la Guerra."

"Nosotros exigimos que la única fuente de vigor del pueblo alemán sea protegida y utilizada: la fuerza del trabajo alemán".

"Vosotros podéis hacer lo que queréis, vosotros podéis disolver el Reichstag y expulsarnos. ¡Ello no os va a servir de nada! Un día ha de terminar la política que succiona al pueblo alemán hasta la médula de sus huesos".

"Vosotros no podréis engañar más. ¡El pueblo está con nosotros!"

"¡Alemania despierta!"

La fracción se levanta como un solo hombre.

Por primera vez se escucha el grito de combate del Movimiento en el recinto del Reichstag alemán.

La Casa Parda

El Movimiento se ha hecho grande. Demanda una fuerte conducción, un lugar donde puedan reunirse las diferentes organizaciones y servicios que tienen a su cargo las variadas funciones del Partido.

Las fichas de los miembros requieren el espacio suficiente que impida la congestión del trabajo, la SA debe disponer de un-sitio conveniente; la sección jurídica, la prensa, la administración de las cajas, en fin, los conductores del Movimiento precisan oficinas para poder atender la correspondencia diaria, cada vez más voluminosa; la SS necesita ser alojada; igual acaece con las divisiones de propaganda y de organización y con todas las restantes estructuras que hacen a las necesidades de un partido de millones. Porque un partido de millones será el Movimiento dentro de pocos años, y para este caso deben tomarse las providencias.

Es por ello que el Führer resuelve adquirir en Munich una casa para el Partido. La encuentra en la *Brienner Strasse*, frente a la Nunciatura, en una de las más hermosas calles de la capital bávara: un otrora austero palacio, que puede ser transformado sin mucha erogación en la casa de trabajo y administración del Partido.

No es sobrecargado ni suntuoso, es sencillo y sólido. Y la clara sobriedad, armoniosamente articulada, de la construcción se pone de relieve con mayor nitidez después de la renovación y transformación.

La firme convicción del Führer es que por ninguna circunstancia deben destruirse las instalaciones artísticamente valiosas, los techos, escaleras, etc. Y es el genial arquitecto muniquense, profesor Troost, quien resuelve este problema de una manera excepcional.

El propio Führer, quien antaño en Viena quiso ser arquitecto, estudia minuciosamente los planos de construcción. Ahora puede ejercer esa profesión. Numerosos detalles son proyectados por él. Su interés se extiende tanto a la elección del mobiliario y al formato de los artefactos de iluminación como a la coordinación de las barandas de las escaleras, y su ojo artísticamente educado observa que en todas partes pueden obtenerse efectos bellos y sobrios.

De ese modo, la Casa Parda, como pronto ha de llamarse el hogar del Partido, se transforma en una construcción artísticamente significativa, que servirá de orientación para la arquitectura de los años venideros.

Sencilla, pero sólida y genuina, tal como el Partido y su Führer, así queda convertida la casa dentro de la cual éstos trabajan.

¡Los desatinos que aparecen en la prensa de izquierda! Las barandas de las escaleras están realizadas en oro puro, los tapices son auténticos persas de cientos de miles de marcos y el despacho del Führer ha sido decorado en forma realmente oriental, que devoró millones. Existen ascensores ocultos entre las paredes, armarios y escondites secretos, sótanos de armas y otras fantasías por el estilo.

La prensa roja pensaba seguramente en la insensata fastuosidad de sus compañeros en las cajas de seguro por enfermedad, convertidas en palacetes, y en la magnificencia de sus residencias amuebladas con dinero robado, y no podía imaginarse otras casas que no rebosaran de oro. Es de suponerse la hilaridad que le causó a Hitler y a todo el Partido cuando se enteraron de las sumas que aquél habla gastado en la construcción, a fin de satisfacer su necesidad oriental de boato.

Idéntica hilaridad les provocaba a los extraños que visitaban la Casa esperando encontrarse con las barandas de oro de las escaleras y que, en cambio, descubrían que éstas estaban dotadas de un simple pasamano de hierro con un ornamento en forma de svástica.

Por cierto que a los que se resistían a creer en lo que velan se les explicaba que el oro habla sido cubierto con hierro para mantener el secreto...

Tres pisos en alto se yergue el edificio sobre una elevada planta baja. Unos escalones conducen a la entrada, flanqueada por elevadas astas con el emblema del Movimiento.

En la recepción, en un sitio de honor, se hallan emplazadas las banderas del Movimiento. La roja luminosidad que emana de ellas saluda festivamente al visitante. Delante, el busto de Bismarck.

¡Cuántas veces los pabellones, entre ellos la Bandera de la Sangre del 9 de Noviembre, debieron ser puestos a salvo ante el inminente asalto de la policía a la Casa Parda! En esos casos, leales SA los trasladaban del hall de banderas a lugares seguros, logrando que jamás la policía pudiera "conquistar" un solo emblema de honor del Movimiento.

En el primer piso saluda, bello y grave, el busto de bronce de Dietrich Eckart, el desaparecido pionero y amigo de Adolf Hitler.

En el centro —desde donde se va a la sala de consejeros— están colocadas, a ambos lados, placas de bronce. Al pie de ellas se halla una gran corona de laurel bañada de oro: son las placas que señalan a la posteridad los nombres de los caldos el 9 de noviembre.

Antes de entrar a su despacho, en el primer piso, siempre el Führer se detiene un instante ante estas placas...

En el sótano se halla el pequeño y modesto casino. ¡En cuántas ocasiones la Casa Parda en pleno se reunió allí juntamente con la SA, la *Hitlerjugend*¹ y miembros del Partido para escuchar los altoparlantes que, una vez más, anunciaban los resultados de las elecciones, las victorias electorales! ¡Cuántas veces el Führer se ha sentado en ese sitio, rodeado de sus leales, prestando atención a las experiencias personales de los camaradas SA, de los *Hitler-Jungen*² y *Hitler-Mädeln*³!

¡Y cómo brillaban los ojos! Los de los hombres y muchachos al contemplar al amado Führer. Los ojos de éste por haber ganado a tales hombres y a semejante juventud para su obra!

En la planta baja están ubicados el fichero, la oficina del ujier y la de administración financiera, en la que el tesorero Schwarz custodia celosamente los fondos y las imaginarias bolsas de dinero.

En el primer piso, como indicamos, está situada la oficina del Führer, la de su Ayudante y posterior Lugarteniente Hess, la del Ayudante Brückner, los cuartos de la SA y de la organización política así como las oficinas pertenecientes a la Cancillería del Führer.

La división de propaganda y las secciones jurídica y de prensa ocupan el segundo piso, en el que también la SA posee otro sector. (Posteriormente se trasladó a una casa propia lindera con la Casa Parda; la sección de prensa se trasladó más tarde al tercer piso).

El archivo y los diversos departamentos técnicos se encuentran en el piso superior. De esta manera, el Movimiento fue dotado de un centro visible.

Esta casa simultáneamente fuerte y sencilla, simboliza el poderío del Movimiento. Con esta casa muestra a todos los enemigos, pero también al pueblo alemán, su ascensión y su fortaleza, ante las cuales los primeros se estremecen.

El correo muniquense pronto se ha acostumbrado a entregar sin problemas cartas que únicamente tienen esta dirección: "*Braunes Haus*"⁴.

Brienner Strasse 45 se llama oficialmente esta casa.

Este número 45 de la *Brienner Strasse* es el centro secreto, y pronto ha de ser público, de Alemania.

Millones tienen sus ojos puestos en esta casa.

Si en el *Obersalzberg* los grandes y audaces pensamientos del Führer adquieren forma y planeamiento, en la Casa Parda se tornan acción y realidad.

1. Juventud de Hitler. (N. del T.)

2. Muchachos de Hitler. (N. del T.)

3. Muchachas de Hitler. (N. del T.)

4. "Casa Parda". (N. del T.)

De Mein Kampf de Adolf Hitler

A los pueblos no se los libera con la inacción, sino con sacrificios.

*

El derecho más sagrado en este mundo es el derecho a la tierra que uno mismo quiere labrar, y el sacrificio más sagrado la sangre que se derrama por esta tierra.

*

Al conductor político las doctrinas e instituciones religiosas de su pueblo siempre le han de ser intocables. ¡De lo contrario no puede ser político sino que deberá transformarse en reformador, si tiene las condiciones para ello!

*

Lo que en la historia se germanizó provechosamente fue el suelo que nuestros antepasados conquistaron con la espada y colonizaron los campesinos alemanes.

*

El Estado no representa un fin sino un medio. Aunque es la premisa para la formación de una cultura humana superior, no es, sin embargo, la causa de la misma. Antes bien, ella reside en la existencia de una raza capacitada para la cultura.

*

El que ama a su pueblo lo demuestra solamente por los sacrificios que está dispuesto a hacer por él.

*

Como para nosotros el Estado en si es únicamente una forma, lo esencial, entonces, es su contenido, la Nación, el Pueblo. Por ello, es evidente que a sus intereses soberanos todo lo demás debe subordinarse.

*

El triunfo de una idea será tanto antes posible cuanto más integralmente la propaganda haya trabajado a los seres humanos en su totalidad, y cuanto más exclusiva, tensa y firme sea la organización que realiza la lucha en la práctica.

*

El trabajador nacionalsocialista debe saber que el florecimiento de la economía nacional significa su propia felicidad material. El dador de trabajo nacionalsocialista debe saber que la felicidad y la alegría de sus trabajadores es la premisa para la existencia y el desarrollo de su propia grandeza económica. Tomadores y dadores de trabajo nacionalsocialistas son ambos encargados y abogados de toda la Comunidad del Pueblo.

*

Recién hay motivos para estar orgullosos del pueblo cuando uno ya no tiene que avergonzarse de ningún estamento. Ha de constituir un honor mayor ser como barrendero ciudadano de este Reich, que rey en un Estado foráneo.

*

El ejército alemán no está para ser una escuela de conservación de particularidades troncales, sino una escuela de recíproco entendimiento y adaptación de todos los alemanes.

*

El día que sea quebrado el marxismo en Alemania, se romperán, en realidad, todas sus cadenas.

Terror y Persecución

¿Qué medio queda para proceder contra un Movimiento por el cual se pronuncian alborozados los mejores de la Nación? ¿Por el cual están dispuestos a darlo todo, en el que creen y cuya idea conquista diariamente nuevos corazones?

Resta, luego de todas las tentativas de destruirlo por el silencio, de presentarlo como despreciable, de la difamación, de la persecución, de la prohibición y de las "chicanas", sólo una cosa: el terror, el asalto alevoso, el asesinato, la violencia física brutal para aniquilar la Idea mediante la eliminación de sus portadores.

Y la comuna marxista conoce esta clase de lucha, ella sabe cómo se elimina a mansalva a un ser humano. Cómo abatirlo de noche en las calles desiertas, en los solitarios senderos de la campaña y durante el día mediante la emboscada, haciendo fuego con la rapidez del rayo.

La lista de bajas del Partido se acrecienta: 100 muertos, 200 muertos, 300 muertos. Interminable.

Raudamente se incrementa el número de heridos.

No pasa un día sin que se reciba por lo menos una llamada en el puesto de auxilio. En el desarrollo de las luchas electorales se producen usualmente diez, veinte, cincuenta avisos diarios. A todos se les brinda la mejor ayuda posible. Cada miembro del Partido aporta mensualmente una suma para ello. Y de ese modo se mantiene el servicio de asistencia.

Por millares se cuentan los heridos. Muy pronto alcanzan a 12.000, a 20.000. Balas incrustadas, cráneos rotos, puñaladas en la espalda, rostros destrozados a martillazos, cuerpos torturados, y la causa es siempre la misma: el atentado cobarde, generalmente a camaradas solitarios, pero también heridas recibidas en combates en regla, en reuniones y desfiles. 30.000 heridos, ya son 35.000... ¿Es que nunca ha de acabar esto?

Suman más de 40.000 los heridos cuando suena la hora de la libertad.

¡Cuán frecuentemente el Führer se halla frente a la tumba de uno de sus hombres, SA, SS, Pg¹ o *Hitlerjunge*!

Ni siquiera ante el cobarde asesinato de muchachos de 15 y 16 años se arredra la chusma criminal de la comuna marxista.

Infinita tristeza y el más profundo dolor oscurecen las facciones de Hitler cuando, otra vez, debe arrojar la tierra dentro de la fosa de uno de sus mejores.

El dolor de todos, la congoja de un pueblo endurecen su rostro mientras sus ojos se empañan.

Ahí están parados, con las cabezas vendadas. Se han levantado del lecho con esfuerzo para saludar a su Führer. Cual condecoraciones llevan los gruesos y blancos vendajes. Pero el Führer siente cómo reprimen valientemente los dolores, cómo sufren. Y el orgullo y la tristeza, simultáneamente, endurecen su rostro. El apretón de manos con que saluda a los heridos refleja la lealtad

indestructible, y significa: camaradas, así como vosotros no abandonasteis la sagrada causa del Movimiento, así también yo jamás la abandonaré a ella ni a vosotros. Jamás venderé vuestros sacrificios en aras de honores exteriores.

Ahí yacen en los hospitales, heridos de muerte. Y al Führer no le queda otra cosa que hacer por ellos que permanecer parado junto a sus lechos y rezar fervientemente a Dios, el Señor, para que salve sus vidas.

Grandes son los sacrificios e inmolaciones que causan al Movimiento el terror y el atentado cobarde.

1. *Parteigenosse*, socio del Partido. (N. del T.)

Pero son la simiente de sangre de la cual va creciendo el Tercer Reich. ¿Dónde existía una Idea por la cual cientos de miles estaban dispuestos a sacrificarlo todo, respondiendo con su vida?

Fuera del Movimiento de Adolf Hitler, en ninguna parte.

La sangre derramada garantizaba la victoria, pero significaba al mismo tiempo una obligación cada vez más sagrada sobre el Partido. ¡No han de morir inútilmente!

Durante los años 1930-32 el terror se acrecentó casi semanalmente.

No solamente el terror de la canalla roja del *Reichsbanner*² y de las ligas del Centro.

Todo ello aún hubiera podido ser soportado. De esta gente ya más de una vez el NSDAP se había defendido.

Lo que era peor es que este alevoso terror de acciones individuales y de asesinatos anónimos era ocultado, resguardado, protegido e incitado por el terror de arriba practicado oficialmente por los tribunales, la policía y las autoridades.

No recurrían únicamente a artimañas legales. Ponían en práctica el más puro y descarado terror, al estilo del hampa, recurriendo indebidamente para ello a los medios de poder del Estado con la finalidad de suprimir al Movimiento combatiente. Comenzó con las prohibiciones de reuniones y desfiles. Prosiguió haciendo lo propio con diarios y carteles. Llegó un momento en que no existía un diario nacionalsocialista que no hubiese sido prohibido por lo menos en una ocasión.

Al *Der Angriff*³ le sucedió eso en 16 oportunidades.

Los registros de los locales del Partido estaban a la orden del día. Los desfiles se prohibieron, así como las reuniones al aire libre, las manifestaciones y los volantes, al igual que los distintivos y los ejercicios. Hasta llegaron a prohibirse las reuniones internas.

Ante la mera sospecha de que podían estar ocupados por nacionalsocialistas se procedía a la detención de camiones.

La propaganda electoral por medio de la radiodifusión fue prohibida.

La libertad académica fue derogada. La policía ocupó las universidades.

Gobernaba la cachiporra de goma.

Los Hogares-SA, el único refugio y alojamiento de los hombres SA sin trabajo o amenazados de muerte por la comuna fueron clausurados. Las camas, cuadros, mesas, sillas, armarios y frazadas arrojados a la calle. Por último, el señor ministro del interior Gröner prohibió las SA y SS.

Impidió el uso de cualquier clase de distintivo y brazalete, incluso el llevar camisas y pantalones pardos.

Pero la SA no se desanimó. Si se le quitaba la camisa, pues bien, ¡marchaba sin camisa!

El Führer no por ello dejaba de saber a qué Sección pertenecía su gente sin camisa parda.

Vestidos con pantalón y corbata, con el torso desnudo, los bravos estaban alineados, pero todavía más decididos, con mayor voluntad de victoria y, por lo tanto, también más seguros de la victoria.

Finalmente la policía prusiana procedió a quitarles también los pantalones. Vestidos con pantalones de presidiario fueron llevados a sus casas por la policía.

El uso de éstos costaba dinero. ¡La democracia cuidaba de sus súbditos!

Millares fueron despedidos de sus empleos. Indiscriminadamente los partidarios eran arrestados, detenidos durante tres días y luego puestos en libertad de la misma manera indiscriminada y sin procedimiento. Cuando después querían volver a su trabajo se encontraban que ya estaba otro en su lugar: ¡ausencia injustificada!

2. Estandarte del Reich. (N. del T.)

3. El Ataque (N. Del T.)

¡Por Dios! Es que hay tantos que claman por trabajo...

Un socialdemócrata ocupaba el puesto...

Los servicios estatales, del Reich y de los municipios, los bancos y las empresas despedían, por indicación, a los sospechosos de "nazismo". Los arrojaban a la calle, entregándolos con su familia en brazos de la miseria.

Pero todo este terror y todas estas persecuciones no pudieron quebrar el espíritu del Movimiento, no pudieron hacer defecionar ni a un sólo hombre del gran pensamiento de Adolf Hitler.

Por más que se acumulasen las vejaciones, por más que el hambre y la penuria hicieran su entrada en los hogares de los perseguidos, antes hubieran sufrido la muerte que haber quebrado su juramento, abjurando del Führer y de su símbolo, la svástica.

"¡No capitulamos!", grita Goebbels al rostro congestionado por el odio de los terroristas de arriba y de abajo.

Y "¡no capitulamos!" exclamó el Movimiento de un millón.

Anónimamente, obligado tan sólo a su conciencia y a su Führer, día y noche el hombre SA desconocido, el *Pg* desconocido cumplían su difícil servicio.

Sin mirar a la derecha ni a la izquierda marchaba hacia adelante. Y seguía ciego y creyente a su Führer.

Contra el heroísmo del hombre SA desconocido no podía imponerse ningún sistema democrático.

En él toda arma se volvía roma.

Vieja Guardia

*¿Qué nos importan los otros,
que eternamente están aparte?
¡Estamos habituados a caminar,
a ir del todo solos!*

*Seguimos a nuestra Bandera,
tremola alta en el viento.
¡Dejadlos, pues, en la ilusión
“de que somos desvariados”!*

*Están rotas las cadenas,
que contenían nuestra fuerza.
¡Nos empuja un profundo saber
acerca de la sagrada Patria!*

*¡Lo hemos encontrado,
al Führer que de la penuria nos saca!
¡Llevamos nuestras heridas
como los últimos convocados!*

L. VON SCHENKENDORF

La primera SA del Führer

Colaboración especial de
Josef Berchtold

Aunque todavía inexpressado, muchos cientos de miles de soldados llevaron consigo de la lucha, de las trincheras, un pedazo de socialismo alemán a la madre patria. Y ya sea que luego marchasen bajo banderas rojas, seducidos y azuzados, o si desesperados del pueblo y de la patria, se retiraron presas de la congoja y la amargura, en horas silenciosas, a veces les dominaba el anhelo de que la gran vivencia de la Guerra celebrase su resurrección en la tierra alemana.

Pero la lucha diaria por el pan, la incitación constante de sus dirigentes partidarios, trajeron como resultado que el anhelo se abandonase, hundiéndose en el egoísmo y el odio de clase, en la lucha partidista y la discordia. Y parecía que en la madre patria la gran camaradería gris¹ de la campaña, el espíritu de la trinchera y la comunidad popular nacida de la sangre y de la muerte, se disipaban inútilmente, como la última granada en tierra de nadie...

Mientras los beneficiarios de la revuelta izaban las banderas de la traición, desde nuestras eternas montañas hasta la costa bañada por el mar, los martillos destrozaban los últimos cañones y los serruchos cortaban las últimas hélices de las escuadras de combate alemanas, uno se levantó porque el amor por el pueblo y el anhelo por la libertad lo empujaban a la palabra y a la acción. Desconocido y sin nombre, uno del ejército de los hijos gris-campaña de la gleba alemana violada, estaba allí y anunciaba y vertía en palabras el anhelo del soldado del frente alemán, materializándolo en el Nacionalsocialismo: Adolf Hitler.

Pequeño, minúsculo, aparentemente intrascendente era este reducido círculo que merced al deseo y a una feliz casualidad, halló el camino hacia Adolf Hitler. Y si desde la primera hora una fe indomable y una voluntad granítica no hubiesen irradiado del Führer sobre los pocos hombres que se reunieron alrededor suyo, ellos se hubiesen separado sin esperanza y sin fe, como hablan llegado.

¿No era acaso, presuntuoso arremeter con apenas 50 pobres hombres contra todo un sistema, contra la tradición decadente y contra el presente, predicando y enseñando algo nuevo, sin prometer nada al individuo, antes al contrario, exigiendo todo de él: la lucha y el sacrificio por Alemania?

Un mes tras otro, la pequeña habitación de trastienda del *Sterneckerbräu* en Munich, vio las mismas caras. Que fueran uno más o uno menos no disgustaba a Adolf Hitler. Semanas y semanas resonaba su voz apasionadamente en el ambiente. Hasta que finalmente después de casi un año amaneció el día en que los primeros carteles rojos de los nacionalsocialistas resplandecían desde todas las columnas de propaganda de Munich, convocando a la reunión en el salón de actos del *Hofbräuhaus*, el 24 de febrero de 1920.

Eran masas de individuos las que se agolpaban en las puertas de la sala del *Hofbräuhaus* para concurrir a la asamblea de los desconocidos nacionalsocialistas. Y ante ese espectáculo surgía el angustioso interrogante: ¿escucharán a Adolf Hitler o harán estallar la reunión antes de que el Führer haya podido influenciar a las masas? Vapor, humo y una febril excitación se cernía sobre la multitud de casi 2.000 personas, cuando después del primer orador comenzó a hablar Adolf Hitler. Un aplauso tímido desde algún rincón. Gritos de interrupción y rugidos, la respuesta del adversario.

1. Alusión al color del uniforme del ejército alemán. (N. del T.)

Ya se aprontaba para lograr la finalización violenta de la asamblea, cuando los primeros nacionalsocialistas junto con algunos camaradas de guerra de Hitler, se abalanzaron sobre los perturbadores y restauraron la tranquilidad luego de una encarnizada lucha. La resistencia había sido quebrada.

El Führer siguió hablando. Cada vez más ardientes y arrebatadoras se hicieron sus palabras. Las interrupciones cesaron, más y más potente tronaba el aplauso. Punto por punto, el Programa Nacionalsocialista era anunciado por Adolf Hitler y con estrepitoso y unánime júbilo respondieron los oyentes. Cuando concluyó la parte final donde se afirma que *"los conductores del Partido prometen, de ser necesario con el empeño de su propia vida, abogar sin desmayo por la realización de los puntos precedentes"*, el enorme salón se estremeció bajo el aplauso frenético de la muchedumbre, y 2.000 brazos se extendieron hacia el Führer, animados de Nueva Fe y captados por la voluntad del Nacionalsocialismo.

De nuevo la esperanza se adueñó de muchos corazones, y hombres y mujeres avanzaron con dificultad hasta donde se encontraba Adolf Hitler para estrechar su mano con gratitud. En la mesa contigua el lápiz corría sobre el papel arrugado: anotaba el nombre, la profesión y el domicilio de cien hombres y mujeres que acababan de ingresar al Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores. Obrero, capitán retirado, doméstica, estudiante, inválido de guerra, profesional...

Incluso esa misma noche el Führer elaboró sus planes para las semanas venideras: nuevas reuniones y nuevo trabajo de esclarecimiento. Todo Munich debía llegar a conocer el Nacionalsocialismo.

Lo que después siguió fue una lucha interrumpida por conquistar el alma de los connacionales azuzados y engañados. Cada semana hablaba Adolf Hitler en las salas de Munich. Prevenía y exhortaba, introducía en el cerebro y en el corazón el sagrado bien de la Idea Nacionalsocialista.

Esto ya diferenciaba exteriormente nuestros actos de los que realizaban burgueses y marxistas: la composición de los asistentes y la conducción de la reunión. Entre los concurrentes se hallaban no sólo burgueses y comunistas sino gente de todos los partidos y antes de entrar en la Comunidad Nacionalsocialista cada uno de ellos debía romper con el pasado. Pero aquel que habla asistido con el propósito de terminar violentamente con el acto, como hasta ese momento estaba acostumbrado y lo había hecho con las reuniones burguesas, ese tenía que vérselas con los puños de los celadores nacionalsocialistas y antes de que pudiese ordenar sus pensamientos se encontraba tirado afuera, delante de la sala.

Nunca en la historia del marxismo se le cruzó un adversario como éste, que no estaba dispuesto a admitir su terror calladamente. La consigna nacionalsocialista rezaba: el terror rojo sólo puede ser contestado y combatido con terror. Aquellos hombres que se arrojaban sobre los atacantes marxistas no eran bravucones. Ellos también en fábricas y oficinas martillaban y escribían y eran estudiantes y empleados que pasaban hambre y muchos llevaban en sus cuerpos las heridas de la Gran Guerra. Pero habían encontrado en el Nacionalsocialismo la realización de su anhelo y estaban dispuestos a defender con su vida y su sangre la nueva doctrina.

Pronto la reducida tropa de celadores nacionalsocialistas se convirtió en una comunidad de combate decidida, que nunca inquiría por la fuerza del adversario, sino que arremetía contra él, considerando al ataque la mejor arma de la defensa.

Con el objeto de dotar a sus partidarios y combatientes también externamente de un vínculo y de un distintivo de solidaridad, Adolf Hitler creó el símbolo del Movimiento. El que lo llevaba saludaba al otro portador, sintiéndose unido a él como camarada, como ayer en las trincheras y en el campo cubierto de cráteres.

La tropa de celadores prosiguió desarrollándose como medio de protección y lucha del Movimiento contra la socialdemocracia y el bolcheviquismo. El enemigo reconoció el peligro amenazador. A través de una acción de gran envergadura, haciendo "saltar" las reuniones, el enemigo quiso acabar definitivamente con la labor esclarecedora nacionalsocialista y con la tropa de celadores. La reunión

nacionalsocialista programada para el 4 de noviembre de 1921 en el salón de actos del *Hofbräuhaus*, tendría que ser disuelta violentamente de cualquier forma. Para ello se ordenó a las masas obreras de numerosas empresas y fábricas que concurriesen a la misma.

Como recién unas horas antes del comienzo el Führer tuvo conocimiento de lo que se perseguía, no era posible efectuar una alarma general del *Saalschutz*. Sólo 50 hombres² estaban presentes y esperaban al Führer en el vestíbulo, en tanto que la sala se hallaba ocupada exclusivamente por socialdemócratas y comunistas.

En una breve y llameante alocución el Führer señaló a los hombres formados que quizás deberían, por primera vez, mantener la lealtad al Movimiento con el riesgo de la vida, que ninguno debía abandonar la sala excepto que lo sacaran muerto. Luego de una nueva exhortación final, Adolf Hitler hizo su ingreso en la sala, de la que salió a su paso una ola de odio y escarnio.

Una hora después se desató violentamente la batalla. Estruendosamente volaban mesas, sillas y jarras, en medio de las interjecciones y los gritos. 50 luchaban contra 800. Arremetían al adversario, como el Führer lo había ordenado. A cada uno de ellos, sin excepción, la sangre le corría por el cuello y las sienes. Pero se mantenían constantemente al ataque, haciendo retroceder a las masas rojas, hasta que las arrojaron fuera de la sala, donde seguían golpeándolas, para finalmente perseguirlas escaleras abajo. 50 contra 800. Y los 50 quedaron vencedores. Media hora después el Führer continuó su discurso.

Esta fue la hora del nacimiento de la *Sturmabteilung*. En recuerdo de este heroico asalto, el Führer dio este nombre, para todos los tiempos, a su grupo de combatientes.

No solamente en número creció la SA en los meses posteriores, de modo que las centurias de los distritos de la ciudad hubieron de ser divididas, sino sobre todo, en fuerza interior y espíritu nacionalsocialista. Fue todo un único servicio y sacrificio, sin que nadie hablase de ello. Cada uno daba y recibía en silencio. Como años atrás, marchaban juntos en fila. El mosquetero de la Gran Guerra al lado del muchacho cuyo padre había encontrado su tumba en algún lugar de Flandes.

La SA llegó a ser una parte de la nueva madre patria, de la que nadie quiso ni pudo ya prescindir. Cuando cantaban detrás de las primeras banderas de asalto sus canciones de lucha, de muerte y de victoria, o en la tertulia del Asalto³, se hermanaban más estrechamente y hablaban de las batallas cerca de Arras, del Soma y de Verdún, así como de sus vivencias de hombres SA, terminando por soñar con el Nuevo Reich del trabajo y de la libertad, que iban a crear con la sangre de su corazón y de sus puños. En tales momentos olvidaban las preocupaciones cotidianas y se sentían dichosos de poder vivir en una época que requiere hombres y no gallinas.

Mientras los agitadores marxistas incitaban en sus actos a la lucha de clases y en los partidos campeaba también el espíritu clasista, la SA se transformó en la célula generadora de una nueva comunidad popular alemana. Empresario o cerrajero, empleado o estudiante, católico o protestante, militar o desocupado, bávaro o prusiano, todos ellos eran camaradas, nada más que soldados de asalto de Adolf Hitler, nada más que alemanes.

2. El autor del artículo menciona esta cifra, evidentemente con el propósito de redondear, dado que en realidad, como ya sabe el lector, eran 46 los integrantes del *Saalschutz* que habían asistido. También los demás autores nacionalsocialistas, entre ellos el propio Hitler en *Mein Kampf*, están acordes en que eran 46. (N. del T.)

3. Nombre de cada división SA. (N. del T.)

En medio de sus penurias y preocupaciones llegaron a conocerse profundamente, aprendieron a valorarse en la misma canción, marcando el mismo paso, experimentando idéntica vivencia. Cuando vibraba potente la voz de mando: "*División de Asalto: ¡Adelante!*", los puños SA se abrían camino a través de la mayoría roja, obteniendo el triunfo y, a pesar de las sangrientas heridas, sus ojos brillaban. Porque cada cual había hecho su deber, el muchacho y el hombre, el trabajador del puño y el de la frente...

Para conquistar tierra virgen para el Nacionalsocialismo habla que salir de la ciudad. Cada palmo de terreno tendría que ser ganado luchando, era menester conquistar el alma de cada individuo, y donde un predicador del Nacionalsocialismo surgía debía ser precedido por las centurias del regimiento SA de Munich para que limpiase las calles y las salas de marxistas engañados y de la subhumanidad bolchevique.

Augsburg e Ingolstadt, Göppingen e Immenstadt, Nuremberg y Coburg fueron testigos del heroico espíritu SA. Aunque en Guöppingen lanzaron a 3.000 marxistas azuzados sobre 100 hombres SA y en Immenstadt movilizaron a las fuerzas de la zona y sus alrededores en compañía de los bomberos contra un pequeño grupo de SA, y pese a que clausuraron las salas, ninguna acción terrorista tuvo el menor éxito, ningún obstáculo pudo detener la marcha de la División de Asalto. Piedra tras piedra arrancó el hombre SA de los baluartes rojos. Nuevas centurias se formaron en torno a Munich. Hasta el último connacional en la última choza, el hombre SA llevó con sus banderas y su espíritu el acervo del Nacionalsocialismo. Se transformó al mismo tiempo en combatiente y en apóstol.

Los otros bailaban. Los otros hacían negocios. Los otros gozaban de la vida. El hombre SA marchaba, luchaba, se sacrificaba. Ayer, hoy y mañana. En verano o en invierno. En la ciudad o en el pueblo. Inquebrantable, entonó, tras los muros de la prisión, sus canciones de asalto y cuando lo echaban del trabajo y de la oficina de desocupados gritó su "*¡Ahora más que nunca!*". Reía de sus heridas. Delante de sí sólo veía al Führer y a Alemania como Meta. Del sacrificio y del servicio, de la fe y de la lucha, el hombre SA creció hasta erigirse en el portador de las ideas y de la voluntad de la Revolución Nacionalsocialista...

Del insignificante núcleo, objeto de burla, de los primeros nacionalsocialistas había surgido una División de Asalto que abarcaba a millares de hombres, que en enero de 1923 se había reunido por primera vez en Munich, en un claro y frío día de invierno, para recibir de manos del Führer. solemnemente, los cuatro primeros estandartes nacionalsocialistas. Estos habrían de alumbrar, guiando a la SA, como símbolo de la victoria. El propio Hitler los diseñó al igual que las banderas de asalto y el distintivo partidario.

Después de haberles sido entregado, 3.000 brazos se alzaron contra el cielo para el juramento de lealtad inquebrantable a la Bandera, al Movimiento y a la Patria, mientras se elevaba potente el Himno de Alemania sobre el Campo de Marte cubierto de nieve. En las calles muniquenses retumbó luego el paso de marcha de las Divisiones de Asalto de Munich y Tölz, de Rosenheim y de Landshut, de Augsburg e Ingolstadt, golpeando en las paredes de los interminables bloques de inquilinato el sonido de las canciones combativas nacionalsocialistas. "*¡La División de Asalto de Hitler no puede sucumbir!*"...

1° de mayo de 1923. La noche cubría aún la capital de Baviera. El pesado paso de marcha resonaba en el empedrado. El paño de la bandera golpeaba contra el asta. Las divisiones de asalto nacionalsocialistas, juntamente con las ligas *Reichsflagge* y *Oberland*, se dirigían al *Oberwiesenfeld*. Por vez primera en su historia la SA de Adolf Hitler llevaba fusil y casco de acero.

El Estado había abdicado. Los apuñaladores rojos pretendían atravesar la Puerta de la Victoria del ejército bávaro de 1871, con sus banderas de traidores. El mismo día en que cuatro años antes 13 rehenes habían sido brutalmente asesinados

por los monstruos rojos. Querían pasearlas por la ciudad que había dado a luz al Nacionalsocialismo y desde la cual se inició el renacimiento de Alemania.

"Tranquilidad y orden" decretó el gobierno bávaro "nacional" y dejó marchar a los rojos. "Tranquilidad y orden" gimió el pequeño burgués "nacional".

Dispuesta a quebrar definitivamente el terror rojo en Munich, ahorrando a la ciudad un nuevo oprobio, la SA se había formado, por esa razón estaba en armas. Y ahora, repentinamente, el Estado recobró su actividad. No la empleó contra los traidores rojos sino contra los testigos y anunciadores de la Joven Alemania, que habían inscripto el Honor, la Libertad y la Patria en sus banderas.

Carros blindados se desplazaron hacia el *Oberwiesenfeld*. Las ametralladoras apuntaron contra los trabajadores y estudiantes nacionalsocialistas, contra la primera comunidad del pueblo y de lucha alemanes. Alrededor de los exponentes del renacimiento nacional, que bajo el signo del más duro combate arrancaron un hombre tras otro al marxismo, la *Reichswehr* y la policía provincial tendieron alambradas. De amotinados calificó el gobierno burgués a los soldados de asalto de Adolf Hitler y dirigió los fusiles de Alemania contra sus hombres e hijos más fieles.

Nunca, en ningún momento, pasó por la mente del Führer que la SA entablara combate con el poder armado del Estado. Ni antes, ni después. Por eso Adolf Hitler dio la orden de retirada, luego de la entrega y el resguardo de las armas.

Pero el objetivo había sido alcanzado. La marcha armada de las divisiones de asalto hecha pública por medio de innumerables volantes, quitó las ganas y el valor a los marxistas para realizar su manifestación. En lugar de la canalla roja, a la hora del mediodía la SA desfiló con las banderas de la Alemania Nueva del futuro, y entonando los cánticos del soldado invicto traspuso la Puerta de la Victoria. A la cabeza, Adolf Hitler...

La penuria y el hambre cundieron. Hasta un nivel increíble descendió el marco. La fuerza, la alegría y la paga del trabajo las devoraba ávidamente la inflación. Delante de los comercios se aglomeraba un pueblo hambriento. Todos esperaban, clamando por el Salvador.

Sin palabras, silencioso como hacia años, el hombre SA cumplía su deber. Desfilaba, se ejercitaba y pasaba hambre al mismo tiempo. Cumplía su servicio con las últimas botas de suelas agujereadas. Llevaba la última camisa. Es cierto que el camarada compartía todo con sus camaradas, pero el ejército de los hombres SA sin trabajo era gigantesco. A casi la mayoría de ellos los había expulsado el terrorismo marxista de las fábricas y de las oficinas, arrojándolos al hambre y a la miseria.

Pero ni el terror ni el hambre habían podido robar al hombre SA la fe, la lealtad y el espíritu SA. El sabía que el Führer lo habría de llamar cuando sonara la hora. Es por eso que él los había convocado y les había predicado para la hora de la acción liberadora. Rojos volantes de alarma llegaron a las casas. Las mujeres y los niños, el padre y la madre partieron a todo correr a las fábricas, a las oficinas y a las tiendas en busca de sus maridos, padres e hijos. Del puño cayó, al grito jubiloso, el martillo, la pluma voló eufóricamente al rincón: ¡Adolf Hitler habla convocado a su SA!

Todos se hicieron presentes. Con ojos luminosos y corazones palpitantes, y ninguno inquirió por el "pero y si...". Se pusieron su uniforme de honor, colocándose en el brazo izquierdo el brazalete rojo con la svástica, tras lo cual marcharon hacia los puntos en que habían sido destacados.

Pocas horas más tarde, el Führer anunció en el *Bürgerbräukeller* el estallido de la Revolución Nacionalsocialista. Justamente en el mismo día en que se cumplía el 5° aniversario de la puñalada roja...

En interminables columnas las centurias nacionalsocialistas del regimiento Munich marcharon al *Bürgerbräukeller*. Los alféreces de la escuela de infantería arrancan de sus gorras "los buitres de la quiebra", luciendo nuevamente la gloriosa escarapela negra-blanca-roja sobre la frente de los jóvenes soldados. "¡Rebato! ¡Rebato! ¡Rebato!" resuena la canción de Dietrich Eckart en las calles aquí y allá, asciende al mástil la bandera de la Revolución Nacionalsocialista.

En el este amanecía el joven día. Los primeros voluntarios se presentaron a enrolarse en la SA. Ni un solo puño se levantó contra los soldados de la Revolución Nacionalsocialista, en cambio brazos de trabajadores y de profesionales, de mujeres y de muchachas se alzaron para saludar a las banderas del Nacionalsocialismo y a sus portadores.

Y después vino el horror. Primero el rumor corrió de boca en boca, hasta que se confirmó la cruel realidad: ¡traición!

Los informes y las noticias se precipitan: la *Reichswehr* y la policía provincial se han acantonado en la *Ludwigstrasse*, las tropas avanzan, en vehículos y a pie, sobre Munich.

Por última vez se concentró la División de Asalto de Adolf Hitler. Los fusiles sin cargar, las granadas desactivadas. Solamente con sus cuerpos querían manifestarse por Alemania, por la libertad y el pan, y quien los contemplaba debía reconocer que eso no era una rebelión, que ellos no eran amotinados sino los hijos más fieles de Alemania. "¿Qué hacemos, preguntó uno, si a pesar de todo disparan sobre nosotros?" "Entonces déjalos tirar, le respondió su camarada SA, si asesinan a Alemania queremos morir gustosamente con ella".

A la cabeza dos banderas. Negro-blanco-rojo y Svástica. Luego el Führer y tras él, hombro con hombro, un hombre tras otro, la División de Asalto de Hitler. "¡Alemania! ¡Alemania sobre todo!", resonó con fuerza el cántico por la ciudad, hasta que fue enmudecido por el estampido de los fusiles, la Bandera se sumergió en la sangre de su portador moribundo, el plomó chasqueó sobre el asfalto y perforó los cuerpos y los corazones.

Finalizó la Canción. Rezos y maldiciones volaron hacia el cielo. De nuevo la República de Noviembre, otra vez la cobardía y la esclavitud. En vano la lucha y los sacrificios...

La persecución comenzó. Fue prohibido el Partido, disuelta la SA, perseguidos los hombres y el Führer. Con balas y cárcel, mediante el terror y la prohibición, los detentadores del poder creyeron extirpar para siempre la idea del Nacionalsocialismo. Y de improviso no se vio ni un cuadro, distintivo ni bandera y nada recordaba la existencia del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores y de la División de Asalto de Adolf Hitler.

Pero una cosa les quedó a los hombres que alguna vez juraron lealtad al Führer: la fe en Adolf Hitler y en la Idea Nacionalsocialista. A ella la llevaron consigo a la celda y al país extranjero.

¿Cómo era que habían cantado en los años precedentes? "¡La División de Asalto de Hitler no puede sucumbir!". Su canción y su juramento los han hecho realidad. Nadie ya en Alemania habla hoy de los detentadores del poder de otrora, pero dos millones de soldados de Asalto de Hitler hay en el país, herederos del espíritu de aquellos primeros hombres que el 9 de noviembre de 1923 sellaron su fidelidad al Führer y su amor por Alemania, con su sangre y su vida.

El Movimiento Juvenil Nacionalsocialista

Colaboración especial del
Reichsjugendführer¹ Baldur von Schirach

La *Hitlerjugend* fue fundada en el año 1925 en Plauen, en el Vogtland. Su objetivo fue y es el compromiso de la juventud alemana al nombre y a la persona del Führer, a quien ya entonces consideramos como la encarnación de una nueva idea estatal. Basándose en este compromiso se ha elaborado el programa de nuestra labor.

La profesión de fe a Adolf Hitler significa para la juventud alemana una promesa por el honor, la veracidad y una vida heroica. Si bien en su protesta contra las formas caducas y la falsa autoridad encarnada en el Estado derrocado presenta similitud con el anterior movimiento de las *Wandervogel*², no obstante que en su voluntad por la naturaleza y en el servicio de la nacionalidad sea comparable a este gran movimiento de antaño, la *Hitlerjugend* presenta una clara diferenciación con él por cuanto se ha estructurado en consecuencia con su principio de conducción, basado en la idea de la autoridad hacia abajo y de la responsabilidad. Tal principio de mando es una concepción inseparable del joven frente, en cambio, el movimiento de las *Wandervogel*, olvidando los maravillosos comienzos de su marcha, habíase desvirtuado en un proceso de democratización creciente. Pueden existir relaciones espirituales entre el mismo y la *Hitlerjugend*, pero la verdadera precursora de ésta no han sido ni las *Wandervogel* ni otra liga juvenil. La *Hitlerjugend* retoma la tradición del frente. Única y exclusivamente en el frente del pasado halla la premisa espiritual de su joven comunidad.

Ella no es *bundisch*³ sino heroica.

Su meta no es la pequeña liga sino la gran Nación. No es un fin en sí, sino el medio para el fin. Su postura revolucionaria consiste no solamente en el rechazo de lo viejo, sino que encuentra fundamentalmente su expresión en la plasmación de lo nuevo, en la formación y materialización de una Idea que es, simultáneamente, revolucionaria y creadoramente constructiva.

Así como el Nacionalsocialismo en la mera superación del marxismo no halla su plena realización, sino que está decidido a excluir a las fuerzas que no lo pueden entender —sea por vetustez o sencillamente por incapacidad—, que interiormente lo odian, aun cuando pretendan hacernos creer lo contrario, de idéntica manera la *Hitlerjugend* no puede ver en el abatimiento de aquella juventud socialdemócrata y comunista, que sin derecho se adornó con el nombre del socialismo, la razón de su lucha. Es precisamente contra aquellas fuerzas, de cualquier bando que sean, que la *Hitlerjugend* debe defenderse ya que, aunque dispuestas a pronunciarse en forma general por nuestra visión del mundo, a ningún precio están prontas a extraer de este pronunciamiento la necesaria consecuencia, subordinándose incondicionalmente a la conducción de la nueva juventud.

1. Conductor de la juventud del Reich. (N. del T.)

2. *Aves Migratorias*. (N. del T.)

3. *Scout*. (N. del T.)

Conforme a nuestra posición, la lucha de los pasados años debió ser, en primer término, por el obrero alemán traicionado y engañado. La liberación del obrero y su incorporación a la Nación como compatriota dotado de iguales derechos era una consigna que, aunque inscripta invisiblemente en nuestras banderas, se hallaba presente en cada segundo de nuestra existencia.

Con una entrega asombrosa mis valientes y desinteresados camaradas izaron la bandera de franjas blancas de la *Hitlerjugend* en las fábricas, entre la juventud obrera alemana, y bajo el riesgo permanente de su vida, soportando increíbles bajas, se jugaron del primero al último por esta Bandera, por el Führer y por la visión del mundo que dicha Bandera encarna.

El número de nuestros muertos fue en constante aumento y la fila de nuestros heridos se tornó inabarcable. Nos convertimos, sin lugar a dudas, en un movimiento de masas, de los pocos centenares de los primeros años pasamos a ser decenas, centenares de miles, y en la actualidad nuestra joven camaradería alcanza casi el millón.

La *Hitlerjugend* es la forma de expresión del Nacionalsocialismo en la juventud y, más precisamente, la única valedera forma de expresión.

Toda estructura nacionalsocialista entraña una traslación consecuente del Nacionalsocialismo al terreno organizativo, pero dicha traslación puede ser llevada a cabo solamente por el Führer del Movimiento; así como Adolf Hitler creó para el hombre la SA, de idéntico modo proporcionó a la juventud alemana, al muchacho y a la doncella alemanes la *Hitlerjugend*, y como organizaciones autónomas internas el *Bund deutscher Mädel*⁴, la *Hitlerjugend*⁵ y el *Jungvolk*, los que constituyen grupos autónomos de combate de los soldados más jóvenes del Nacionalsocialismo.

El conjunto de estas organizaciones, el *Jungvolk* de la *Hitlerjugend*, que comprende a los niños de 10 a 14 años, la *Hitlerjugend*, en la que ingresan los adolescentes de 14 a 18 años, el *Bund deutscher Mädel*, que abarca desde las niñas de 10 años hasta las jóvenes de 21 años de edad y la *Jugendbetriebszelle*⁶, grupo de proselitismo de la *Hitlerjugend* en las empresas, se halla reunido bajo la Conducción de la Juventud del Reich del NSDAP y subordinado al *Reichsjugendführer*, sintiéndose todas ellas unificadas en el gran concepto de la *Hitlerjugend*, y en su bandera de anchas franjas blancas con la svástica negra en el rombo blanco.

La labor de la *Hitlerjugend* en el campo de la política cultural, sus coros y grupos de teatro juveniles ya son en la actualidad ampliamente conocidos. Asimismo, desde las filas de la juventud han nacido algunas canciones que hoy han llegado a ser patrimonio común del Movimiento.

Igualmente ocurre con nuestra tarea social. En el año 1932⁷ la HJ envió a la campaña, para una estadía de recuperación, alrededor de 10.000 niños sin recursos.

Y ahora analicemos la naturaleza de la *Hitlerjugend*. La fuerza formadora de tipos, que es uno de los signos esenciales del Nacionalsocialismo, también se pone de relieve en la juventud. De la misma manera que puede hablarse con propiedad del tipo del hombre SA, del soldado político, puede afirmarse la existencia del tipo de la *Hitlerjugend*. El Movimiento Nacionalsocialista se halla dividido en organización política y SA, pero esa diferenciación no existe en la *Hitlerjugend*.

4. Liga de muchachas alemanas. (N. del T.)

5. Lleva el mismo nombre que la organización principal (N. del T.)

6. Célula Juvenil de Empresas. (N. del T.)

7. Es decir, antes de la ascensión al poder del Nacionalsocialismo. (N. del T.)

El pequeño conductor de la *Hitlerjugend* es al mismo tiempo portador político y combatiente de su Idea, constituye para sus camaradas el anunciador de la Doctrina Nacionalsocialista, pero, además, su capitán en la lucha. En su círculo él es el mas capaz, física y espiritualmente. De tal modo, el nacionalsocialista que a los 18 años es entregado por la HJ al NSDAP, aunque todavía no sea un hombre SA, sin embargo, ha llegado a conocer prácticamente durante su formación, la sustancia del Movimiento. Los múltiples deberes que más tarde ha de cumplir lo obligan a especializarse de acuerdo con su aptitud dentro del marco del Movimiento de Liberación Alemán, pero una vez, durante su permanencia en la *Hitlerjugend* todos los nacionalsocialistas se encuentran reunidos en una sola organización.

El *Hitlerjunge* no es, dijimos, un hombre SA, quiere llegar a serlo, se prepara para su misión futura. No obstante, sería erróneo ver en la *Hitlerjugend* el cuerpo de cadetes de la SA. Tampoco es una escuela en la que viejos miembros del Partido desempeñan las funciones de maestros. Ha sido el propio Adolf Hitler quien, en el período inicial de la *Hitlerjugend*, señaló que "*la juventud tiene que estar con la juventud*", formulando así el concepto directriz para la organización de la juventud.

El aparente misterio de la pujanza de la conducción juvenil nacionalsocialista emana de este principio. Si incesantemente la juventud alemana fluye a la HJ, esto reside en que —al margen de lo ideológico, de nuestra visión del mundo—, la *Hitlerjugend* proporciona al joven ser humano unas posibilidades de realización, desenvolvimiento y formación caracterológica como no pueden hallarse en Alemania.

El Nacionalsocialismo toma en serio a la juventud, es el Movimiento de la Juventud y la juventud es su Movimiento. Con más de 115.000 participantes, el Día de la Juventud del Reich, en Potsdam, ha sido la mayor concentración juvenil del mundo. Durante siete horas y media las columnas pardas de la *Hitlerjugend* desfilaron ante el Führer de la Nueva Alemania. Durante siete horas y media las banderas de esta juventud se inclinaron ante la bóveda de Federico el Grande. Esta marcha de fe de la juventud alemana a Potsdam fue, aunque inconscientemente, la preparación espiritual de la totalidad del pueblo alemán para aquel otro Día de Potsdam, para aquel 21 de marzo en que el Führer y Canciller del Nuevo Reich, ante esta misma bóveda del más grande rey, devolvió a este pueblo su honor y su fe.

Desde aquel Día de la Juventud de Potsdam, en octubre de 1932, habla transcurrido apenas medio año, pero el número de los *Hitlerjugend* se habla duplicado. A diario, a cada hora se adhieren nuevos jóvenes a nuestras banderas. Los últimos baluartes del marxismo y de la reacción se derrumban, y de los escombros de antaño se levanta al resplandor del nuevo signo, el joven pueblo del porvenir. Esta Joven Guardia, juramentada a su Führer con el cuerpo y el alma, con el corazón y la mente, es en el presente todavía una comunidad juvenil de combatientes en pleno desarrollo. Mañana será el Estado. Cada miembro de esta Joven Guardia es portador de la conciencia del gran pasado, del presente que nos enorgullece y del grandioso porvenir. Nunca hasta ahora una juventud poseyó tal conciencia del Estado. Nunca antes una juventud fue tan socialista, en el sentido más hondo, como esta juventud que lleva el nombre del Canciller del Reich alemán.

Cuando todo esto, que constituye nuestra orgullosa y alegre vivencia, haya pasado, seguirá viviendo en la conciencia de todos, y hasta los más lejanos tiempos, esta valiente juventud que ya en los días en que en Alemania triunfaba el espíritu del materialismo desplegó su pabellón del desinterés y del sacrificio. Y el que como alemán piense en esta juventud, hará simultáneamente con ello una profesión de fe por lo más noble y mejor de sí mismo.

1932: El año de las decisiones

**Colaboración especial del
Jefe de Prensa del Reich,
Dr. Otto Dietrich**

En un año de gobierno nacionalsocialista se ha hecho evidente que esta época que vivimos y las formidables obras con las que se ensambla piedra tras piedra el fundamento del Nuevo Reich, únicamente pueden ser realmente comprendidas *si nosotros revivimos, simultáneamente, las distintas facetas y el espíritu de aquella época en la cual el joven Movimiento Nacionalsocialista, en pujante desarrollo, atacó intrépidamente al viejo Estado, lo conmocionó en sus basamentos y finalmente plantó sobre él la victoriosa bandera.*

Desde dos ángulos fueron creadas en la lucha final, en la que se reunieron todas las energías, las condiciones para la trascendente revolución integral del año 1933. En esa lucha, por una parte, los millones de hombres alemanes aglutinados en el Movimiento Nacionalsocialista, fueron unificados aún más estrechamente en una comunidad inexorablemente dura y compacta, que seguía al Führer en su camino con ciega lealtad. Por otro lado, la pugna cada vez más áspera de esta fase decisiva produjo el agotamiento de las últimas fuerzas de nuestros adversarios. El Movimiento Nacionalsocialista, educado en un idealismo heroico, en esta formidable contienda *aguzó* su potencia siempre creciente, en tanto que sus enemigos *gastaron* en ella — apoyados exclusivamente en los medios de poder del Estado — las últimas chispas de vida que aún mantenían dificultosamente en aquellas estructuras de los intereses parlamentarios.

El Movimiento Nacionalsocialista no apoyó los fusiles en la pared cinco minutos demasiado temprano, sino que sin consideración por las pérdidas atacó permanentemente hasta que el adversario quedó tendido en el suelo. De ahí que precisamente el año 1932, en el curso del cual la lucha final por el poder se llevó a cabo de una manera tan increíblemente dura, entrará con razón en la historia como "el año de la decisión".

Las escenas de aquellos meses y días, en los que se realizó con dramático empuje esta lucha gigantesca por el surgimiento del nuevo tiempo, aparecen vividas y próximas ante nosotros. La fuerza centrífuga de este combate decisivo fue, como hoy, la persona del Führer. La mirada sólo puesta en la meta recorrió, paso a paso, su arduo camino. En el año 1932 libró luchas de tal magnitud y protagonizó victoriosamente una grandiosa campaña política que posiblemente ningún conductor militar del mundo pueda reivindicar para sí.

En todas las grandes horas del año 1932 puso en evidencia ya la arquitectura del hombre de Estado, del Canciller que se necesita en estos difíciles tiempos.

Cuando la terminación del mandato del Presidente del Reich, a principios de 1932, le ofreció la primera gran posibilidad de pasar de la guerra de trincheras de los últimos años, al ataque frontal contra el sistema, el NSDAP, con 800.000 miembros inscriptos y más de 10.000 grupos locales, sólidamente estructurado —tanto en lo que hace a la conducción como a la disciplina—, desarrollado en medio de luchas y privaciones, constituía, sin lugar a dudas, la mejor organización política del mundo. A tal organización, en las 13 luchas electorales efectuadas en sólo un año, el Führer la plantó, sin miramientos, ante el filo de la espada del adversario quebrando así, mediante su voluntad de acero, el frente enemigo hasta que estuvo maduro para la capitulación. Su superioridad personal como estadista le permitió transformar todos los grandes momentos políticamente decisivos en victorias del Movimiento Nacionalsocialista, en demoledoras derrotas de sus adversarios.

El incansable espíritu de ataque de Adolf Hitler, su avance sin compromisos, de una posición a otra, su fe en la misión del Movimiento, su voluntad inmovible de victoria, imprimieron su sello a las luchas definitivas de ese año. En medio de negociaciones diplomáticas e interminables conferencias políticas con amigos y enemigos se pone en contacto infatigablemente con el pueblo, predica y lucha, pugna por conquistar al hombre alemán porque sabe que sólo en él ha de hallar el firme y confiable respaldo en su combate por Alemania.

Lo que el Führer realizó en ese año es extraordinario, único. Jamás en ninguna parte del mundo hasta ahora un hombre se ha enfrentado personalmente a un número tan inmenso de sus compatriotas, como lo ha hecho Adolf Hitler. Ni uno solo de los hombres de nuestra historia puede gloriarse de haber llegado a ser, ni siquiera aproximadamente, una vivencia personal directa para tan infinito número de alemanes. En la era de los records mundiales también ésta acción gigantesca tiene derecho a ser registrada en los anales de la historia.

En los últimos años, millones y millones pudieron ver con sus propios ojos al Führer y escuchar su voz con sus propios oídos. Lo que este hecho inusual significó para el triunfo del Movimiento, quizás únicamente pueda ser medido cabalmente por quien ha podido verificar en sus efectos prácticos el inmenso valor de la participación personal del Führer.

Centenares de estas manifestaciones masivas con la presencia del Führer han sido vividas por mí en estos últimos años, y permanentemente he observado y sentido cuán poderoso y hondo ha sido en todas partes el efecto de sus magistrales discursos, de qué manera deshacían el conjuro hasta en el corazón del oyente más refractario y las vendas caían de sus ojos, hallando al fin su corazón el camino hacia la comunidad del pueblo alemán.

¡Quien ha tenido la vivencia personal de Adolf Hitler como combatiente, se transforma en combatiente! En el conocimiento de esta sencilla verdad se han orientado, en buena medida, las brillantes ideas propagandísticas del NSDAP. Era para éste una ley, no escrita, que la máxima participación posible del Führer aseguraba el máximo éxito posible, electoral y propagandístico. Que, además, los medios de transporte más modernos y las últimas conquistas de la técnica eran apenas lo suficientemente buenos, era lógico y natural en vista de la propaganda de grandes proyecciones dirigida magistralmente por el Dr. Goebbels.

Los nuevos métodos de propaganda que el

NSDAP puso en práctica después del 13 de marzo eran hasta entonces absolutamente desconocidos en la vida política. Adolf Hitler, como siempre, se puso a la cabeza.

El Führer comprobó que el medio que correspondía a su energía sin tregua y que ofrecía la posibilidad de multiplicar su presencia, brindándole una capacidad de acción insospechada, lo constituía el empleo de los más modernos aviones. A ello hay que agregar que el NSDAP tenía a su disposición, a través de la SA, de la SS y del NSKK¹, una organización única en su género, que abarcaba a Alemania entera y que era también la única que estaba en condiciones de garantizar, sin fricciones, el funcionamiento de los transportes del que dependía la realización de tan fantástico plan de reuniones, que mantuvo en suspenso a Alemania durante ese año. Severing amordazaba entonces a la prensa nacionalsocialista con un verdadero diluvio de prohibiciones. El Führer paró este golpe con un extraordinario esfuerzo de su prensa; ordenó cuadruplicar y hasta decuplicar sus ediciones durante el desarrollo de las luchas electorales. Las mejores plumas de la prensa nacionalsocialista se pusieron en movimiento para anunciar la más formidable ofensiva de reuniones que jamás un hombre realizara.

1. *Nationalsozialistischer Kraftfahr Korps*. (Cuerpo Motorizado Nacionalsocialista). (N. del T.).

Cuando el 3 de abril al sonar las 12 —después de finalizar la tregua de Pascua— comenzó el primer día de vuelo sobre Alemania, con cuatro consecutivas manifestaciones gigantescas ante 320.000 personas en Sajonia. Adolf Hitler, a pesar de todos los artilugios legales y las maniobras de diversión, tenía el oído de Alemania.

¡Hitler sobre Alemania! ¿Para quién esta expresión no ha llegado a entrañar un concepto fantástico, imborrable, que implica el sobrehumano rendimiento en alianza con los más modernos métodos de lucha? ¿Quién en Alemania, hombre o mujer, niño o anciano, no leyó acerca de ello en el diario, no siguió su itinerario con tensa expectativa?

Y no obstante se logró tal éxito propagandístico con recursos financieros sorprendentemente

exiguos. La prensa nacionalsocialista, en ese tiempo relativamente débil, se encontró completamente sola en este combate. Enormemente perjudicada por las prohibiciones que se sucedían ininterrumpidamente, luchaba por su existencia. Muchas publicaciones se encontraban al borde de la ruina. Los presupuestos estaban agotados. De su lado no se hallaban grandes organizaciones ni agencias noticiosas. Pero supo crear en pocos días un sustituto, mediante un sistema de información telefónica centralizada, organizándose el reportaje de manera uniforme, sensacional y efectiva a través de la oficina de prensa del Reich del Partido.

Corresponsales especiales acompañaban al Führer, redactando sus informes en el avión y en el automóvil, los que eran entregados durante el aterrizaje, desde el coche en marcha o durante las reuniones a los puertos de prensa instalados en todas las comarcas del Reich, a efectos de su inmediata transmisión telefónica. Las redacciones e Imprentas nacionalsocialistas permanecían día y noche en estado de alerta. Las rotativas lanzaban las hojas en ediciones millonarias, mientras delante de las editoriales esperaban las columnas nacionalsocialistas de propaganda para llevarlas al interior del país, a cada casa, a cada granja.

Nadie podía sustraerse a esta ola de propaganda. Despertaba tanto el interés deportivo como excitaba políticamente los ánimos. Alemania escuchaba a Hitler. Era una propaganda política que dejaba en la sombra hasta los métodos norteamericanos.

Con un total de cinco vuelos sobre Alemania, Adolf Hitler conquistó así, en este año decisivo, al Reich. 50.000 kilómetros de vuelo fueron recorridos, más 25.000 kilómetros atravesados velozmente en automóvil. En casi 200 manifestaciones se captaron más de 10.000.000 connacionales alemanes. Si a esto se suman las pequeñas, pero numerosas, elecciones regionales de ese año, así como las restantes manifestaciones del Partido, posiblemente unos 15.000.000 de alemanes se enfrentaron personalmente al Führer en este año de la decisión. ¡Una prueba verdaderamente heroica!

La energía sin tregua del Führer, que no sabe de otra cosa que de tareas y obligaciones, que no ve otra cosa más que la meta, influyó análogamente sobre el modo de vida de sus colaboradores más cercanos.

El género de vida de Adolf Hitler corresponde a su concepción de la misma. La mirada sólo dirigida a su obra, el Führer es duro, desconsiderado consigo mismo, subordina sus necesidades personales a su gran misión.

Ya en el transcurso de cada día nos forzaba a todos a un estilo de vida realmente espartano. Un método de trabajo completamente moderno, con el aprovechamiento de los últimos medios técnicos auxiliares, permitió que soportásemos esfuerzos físicos, mentales y psíquicos que, sin el gran ejemplo arrebatador del Führer, nadie se hubiese creído capaz de realizarlos. Este ritmo de trabajo sólo tolera alrededor de Adolf Hitler a gente joven, tenaz y resistente.

Cada uno de los acompañantes del Führer en las contiendas electorales de este año tenía asignada su función hasta en los menores detalles. El responsable de que todos se levantaran a horario era el *Standartenführer* Schaub, el que Hitler no quiso que se apartara más de su lado después de haber compartido la prisión de

Landsberg. En el cumplimiento de dicha obligación intervenía, incluso, en forma personal. Luego debía permanecer junto al Führer, a su disposición. Una misión plena de responsabilidad y nada fácil de llenar teniendo en cuenta la múltiple actividad diaria que aquél realiza.

El Führer, por su parte, se halla de pie muy temprano y de inmediato estudia el programa exacto de la jornada, en compañía de su acreditado Ayudante, el *Gruppenführer* Brückner, el cual siempre se halla a la altura de las circunstancias. Valiéndose de mapas y planos de ciudades, éste realiza un buen trabajo previo. Es responsable de todo el programa diario. Los horarios de partida y de aterrizaje en los distintos aeropuertos, los de comienzo de las concentraciones, las medidas de seguridad, todo ha sido organizado por él minuciosamente, impartiendo las órdenes por teléfono, de modo que el engranaje del día pueda alcanzar su veloz ritmo.

El café ha sido terminantemente descartado del desayuno a raíz de su efecto perjudicial en el aire. Nos hemos convertido en hombres de vuelo. Cada día somos lanzados varias veces de una ciudad a otra recorriendo grandes distancias. Ni siquiera los vuelos efectuados bajo las más fuertes tormentas han logrado afectar el estado físico del Führer ni mermar su capacidad de rendimiento.

Con la rapidez del rayo, bajo la experta dirección del *Standartenführer* Schaub, debían ser hechas las maletas en varias oportunidades al día, y luego ubicadas y reiteradamente reubicadas. Del auto al avión, del avión al auto, del auto al hotel. Logramos en esto una sorprendente perfección técnica. Dirigida por las experimentadas manos del *Standartenführer* Schreck, se halla en las puertas del hotel nuestra columna de autos. Los servicios cumplidos por el fiel conductor del Führer no deben ser olvidados aquí. A través de todas las carreteras del Reich, Schreck condujo al Führer con absoluta seguridad. En alocada carrera se parte cada mañana del aeropuerto. A cada uno de éstos se dirige una segunda columna de apoyo. Cuando arribamos los motores de los aviones ya están en funcionamiento. Despegue. Vuelo. Aterrizaje. Viaje en automóvil al acto, frecuentemente recorriendo cientos de kilómetros. A través de una calle de brazos alzados, a través de decenas de miles de seres humanos entusiasmados hacemos nuestra entrada en la sala y llegamos hasta la tribuna destinada al orador.

El Führer habla. De nuevo pasamos en medio de las paredes humanas de la sala, en un mar de brazos en alto que saludan, y ascendemos a los vehículos. Y otra vez al aeropuerto para el próximo despegue.

Esto se repite día tras día. Cuatro o cinco veces. Ignoramos qué es el almuerzo. Es como si fuésemos trasladados de un brazo a otro.

Difícil y llena de responsabilidad es también la tarea de la prensa. La hora de cierre de la redacción ha de alcanzarse siempre a tiempo. Es una labor que se efectúa a un ritmo infernal, dado que una demora de minutos puede provocar que un informe pierda su valor y actualidad. A altas horas de la noche, cuando los demás pueden, al fin, reposar, se inicia realmente la tarea para el jefe de prensa y sus ayudantes Bechtold, Krause, Seehofer y sus camaradas. Porque las hojas matutinas aguardan.

En el viaje, Hanfstaengl atiende a los representantes de la prensa mundial, cuyas cabezas más destacadas nos acompañan de reunión en reunión, ya sea en auto o en avión.

Hoffmann, el fotógrafo de Hitler, permanece, entretanto, a la caza de las tomas más originales. Su mirada acechante le permite captar los motivos y situaciones de mayor efecto. Con la velocidad del rayo y desplegando una asombrosa agilidad, los acontecimientos se registran en la placa.

Por último, hay que hacer mención del pequeño avión gula que nos acompañó, el cual fue un elemento esencial. Así como en la guerra los aposentadores se adelantan a las formaciones en marcha, así el enérgico y confiable *Gruppenführer* Dietrich y sus acompañantes SS, con su veloz avión de avanzada arribaban algunas horas antes de nuestro aterrizaje o despegue a los aeropuertos, a fin de realizar los correspondientes preparativos para la llegada de nuestra escuadra de vuelo, controlar

los dispositivos de seguridad contra cualquier sorpresa por parte de la comuna marxista y garantizar el desarrollo sin problemas del programa del día. No podemos dejar aun lado, en la descripción de este decisivo año de lucha, al grupo de escolta SS, encargado de la seguridad personal del Führer y de sus colaboradores, que a toda hora y en todas partes permanecieron en sus puestos, brindando permanentemente su apoyo y ayuda, desempeñando sin fallas su delicada función.

Los casi sobrehumanos resultados de los vuelos sobre Alemania de ese año — en los que se reflejó todo el poder de la voluntad y de la energía del Führer—, pudieron ser alcanzados mediante una férrea concentración en el gran objetivo de captar al pueblo en lo más profundo y con el ejemplo del cumplimiento del deber, lograr que se hallase preparado para la irrupción victoriosa del Nacionalsocialismo, para que sobre él pudiera ser comenzada la orgullosa construcción del Tercer Reich.

El año de la realización: Hitler Canciller del Reich

El año 1933 es el año de las grandes decisiones. Como el año de la Revolución Alemana seguirá viviendo en la Historia.

Todo aquello por lo cual el Movimiento durante 14 años trabajó infatigablemente tomó forma y estructura en este año.

El preludio para la Revolución lo constituyó el gran ensayo general de la elección para el parlamento provincial de Lippe.

La prensa bolchevique y socialdemócrata se burló de los gigantescos preparativos electorales del NSDAP, que concentró la totalidad de sus medios sobre este pequeño Estado alemán. Sus ofensivos y sarcásticos artículos acerca de la táctica de los nacionalsocialistas hicieron que el gran público esperara el desenlace de esta elección, con mayor expectativa de la que hubiera podido generarse exclusivamente por la propaganda del Partido.

En forma brillante el 14 de enero se refutó en Lippe la leyenda de la "ola nacionalsocialista en reflujo". La política del general Schleicher recibió un golpe aniquilador.

En el frente más avanzado luchaba el Führer en persona. Diariamente dirigía la palabra en asambleas masivas en el país, en lugares que apenas se conocían por su nombre. Se levantaron gigantescas carpas y para oír al Führer llegaba la población recorriendo largos kilómetros a pie, a caballo o en coche.

En 10 días tuvieron lugar 18 reuniones en las que el Führer fue el orador.

Cuando terminó el día de las elecciones, ¡el 47,8% de los electores se había decidido por Hitler! ¡Casi el 50%! ¿Qué había escrito la prensa roja?

Los nacionalsocialistas no irán nunca más allá del 33%...

¡Y ahora este éxito!

También sobre un pequeño espacio se puede demostrar el clima reinante en la población.

Vanamente se esforzó la prensa enemiga, ahora cuando el resultado electoral estaba a la vista incontestablemente, en minimizar los hechos.

Nadie creía ya en ella. Demasiado claro era el lenguaje de los acontecimientos en el Estado de Lippe.

El día siguiente halla al Führer en Weimar ante 10.000 hombres SA. Tras la victoria de Lippe lanza nuevamente su reto de combate al sistema: *"En el corazón de Alemania juramos hoy proseguir la lucha hasta que la meta sea alcanzada. El Partido se mantiene fiel a su espíritu de lucha con decisión intransigente"*.

El 21 de enero la SA berlinesa se despliega en la *Bülowlplatz* ante la Casa de *Karl Liebknecht*¹.

Schleicher está completamente aislado. El campesinado en bloque se lanza al ataque. En Berlín estallan en frenético vértigo las ideas, embustes y globos de ensayo. Se produce una confusión tal que la maquinaria oficial de desmentidos vanamente trata de ocultar.

Hitler espera la elección decisiva. Prepara todo para ella. El Partido se encuentra en alta tensión. El Führer necesita únicamente apretar el botón y un mecanismo electoral de precisión nunca visto y de un empuje jamás experimentado se pone en movimiento. Se estima que para marzo tendrá lugar esta votación.

1. Sede central del Partido Comunista. (N. del T.)

Pero el gabinete Schleicher cae sólo 14 días después de la elección de Lippe. De improviso, el presidente del Reich retira su confianza al canciller. Hitler se instala nuevamente en el *Kaiserhof*², frente a la cancillería del Reich. Cada uno lo sabe: ahora se producirá la definición, incluso sin elecciones. La democracia se halla consumida, agujereada, impotente, convertida en una fachada ciega, lista para la demolición.

Las masas humanas ya no se alejan del lugar. Día y noche los gritos de *¡Heil!* embalen la ventana del hotel.

Aún se resisten los *Deutschnationalen*³. Quieren negociar una participación en el futuro gobierno de Hitler, lo que en vista de todo lo precedente nadie les puede conceder.

El 28 de enero Papen se encarga de la intermediación. El 29 el Führer redacta su lista de ministros.

Mil rumores zumban sobre la ciudad. Se habla incluso de un *Putsch*. La mañana del lunes encuentra a un país que aguarda febrilmente la decisión. En la mañana del 30 de enero Hitler asciende a su automóvil y se traslada enfrente, a la vieja Cancillería del Reich.

Cuando las torres de la iglesia anuncian la hora del mediodía, retorna como Canciller.

El Gabinete de Hitler está constituido por: Hitler, Göring, Papen, Seldte, Frick, Hugenberg... el más grande hecho histórico desde 1914 se ha producido.

Con la velocidad del viento se difunde la noticia. Un escalofrío estremece a las masas. Ni la radio, ni menos aún la prensa pueden seguir el ritmo fulmíneo con que la palabra liberadora vuela por las calles, penetra en todas las casas, en todos los negocios, en los túneles de los subterráneos y sobre los andenes, corre desde el lejano sur hasta el extremo norte, al este y al oeste, y otra vez vuelve al centro, para juntarse allí en un impetuoso golpe de ola.

"¡Hitler!" "¡Hitler!", exclama la gente, y cada segundo lleva el nombre un kilómetro más lejos. "¡Hitler!" "¡Hitler!"

No gritan "¡Hitler es canciller del Reich", "¡Hitler ha formado el gabinete!". Gritan solamente el nombre, y todos saben el significado que encierra; cada uno lo transmite gritando y gesticulando... ¡Hitler! ¡Hitler! ¡Hitler!

Cuando dos horas más tarde los primeros diarios salen de las rotativas, únicamente pueden confirmar lo sabido. No obstante, son arrancados de las manos de los vendedores, cada uno lo quiere leer repetidas veces impreso en negro sobre blanco, cada uno quiere guardar la noticia, asimilarla una y otra vez, averiguar sobre los nombres de los designados, poder mostrárselo una y otra vez al vecino: ¡Mira acá! ¡Dice Hitler! ¡Hitler!

Únicamente su nombre y el del *Generalfeld-marschall*⁴ dominan las calles, dominan Berlín, Prusia, el Reich, el mundo.

Los periodistas extranjeros transmiten cablegráficamente informaciones que les demandan varias horas. El dinero no juega ningún rol en estos instantes.

Sin incidentes se realiza la toma del poder.

Mientras el Führer redacta la proclama de gobierno, da comienzo en Berlín una actividad inusitada. En todas partes confluyen seres humanos, se compran antorchas, las banderas aparecen en los frentes de las casas, en los taxímetros se colocan banderines. A poco ya no hay una casa que no se hubiese abanderado con negro-blanco-rojo⁵ o con la bandera victoriosa de la svástica.

2. Hotel del Kaiser. (N. del T.)

3. Nacional-alemanes, de orientación conservadora. (N. del T.)

4. Mariscal general de campo. (N. del T.)

5. Colores de la bandera tradicional alemana. (N. del T.)

Y luego se ordenan las masas, sin necesidad de exhortación alguna, tan espontáneamente como nunca antes marcharon. Aunque resulten desconocidos los unos a los otros, la gente se abraza, enciende sus antorchas, grita jubilosa y finalmente se realiza una manifestación de dimensiones jamás vistas que avanza lentamente hacia el centro de la ciudad, se desplaza por la Avenida de los Tilos, doblando hacia la *Wilhelmstrasse*. Un mar de luces es el barrio gubernamental, y allí vienen también la SA, la SS, *el Stahlhelm*⁶, y ahora un único e inmenso clamor gozoso retumba en las ventanas de la vieja y de la nueva Cancillería del Reich.

Allí están, de pie, los dos garantes de una Nueva Alemania, el anciano *Feldmarschall*, que tendió la mano al cabo de la Guerra Mundial para la obra conjunta, y él, el amado Führer, el Canciller del pueblo, él, Adolf Hitler!

Todas las palabras resultan demasiado pobres para describir este gigantesco acontecimiento.

Fue la conmoviente irrupción del júbilo de todo un pueblo. Ha sido la fiesta revolucionaria del más singular cuño, alumbrada por las llamas de millones de antorchas y colmada de una alegría que, a medida que transcurrían las horas, cuanto más se aproximaba la medianoche, iba en creciente aumento. Formidable resonaba el paso de marcha de los batallones pardos. Era como si, claramente visible para todos, un gran peso se apartara de un pueblo, como si, lentamente, se levantase una tenebrosa fatalidad que durante 14 años abrumó a una nación. Y ellos, los liberados, aclamaban cada vez más fuerte, cada vez más fervorosos, más esperanzados y dichosos a aquellos que realizaron este milagro: al *Feldmarschall* y a su Canciller.

Nadie que vivió estas horas de la tarde y de la noche, cuando el pueblo entero, sin distinción de estamentos, clase y confesión, se unificó en un inmenso y clamoroso homenaje, las ha de olvidar jamás.

Estas horas de la tarde y de la noche del 30 al 31 de enero, que estallaban de entusiasmo, y en las que relampagueaban las luces, eran las horas de consagración de la Nación, únicas, que no se repetirán en siglos.

El Canciller y el Presidente del Reich permanecen, hora tras hora, en las ventanas de sus despachos, saludando a los soldados de la Revolución. Las flores vuelan hacia lo alto, en muchos ojos brillan lágrimas de felicidad.

Cuando al fin las masas se retiran marchando, suenan disparos en *Charlottenburg*.

Herido de muerte se desploma el *Sturmführer* Maikowski. Con él cae el suboficial de policía Zauritz.

El Asalto 33 perdió a su mejor hombre.

6. Casco de Acero. (N. del T.)

El Día de la Nación que Despierta

El 1° de febrero Adolf Hitler habla por primera vez por la radiodifusión alemana.

Alrededor de los receptores se aglomera la gente. Esa noche ningún altoparlante permanece ocioso, ningún auricular queda colgado, sin uso, en la pared.

Adolf Hitler pronuncia su *Exhortación al pueblo alemán*, que ha llegado a ser celebré. Basadas en una profunda seriedad son las pautas directrices del Gobierno. No prometen nada más que los hombres del Alzamiento Nacional lucharán por la eliminación de los males de los últimos 14 años, que terminarán con la desocupación y volverán a dar al pueblo paz, libertad, trabajo y pan. Exigen para ello un tiempo de cuatro años. La inmediata disolución del *Reichstag* y nuevas elecciones programadas a corto plazo, han de dar al pueblo la oportunidad de pronunciarse manifestando si está conforme con la designación de Hitler como Canciller y con el programa anunciado por él.

Ha llegado a su fin la táctica partidista de motivos ocultos y de pequeña labor de azuzamiento y socavación.

Han llegado a su fin las artimañas de los partidos políticos.

En forma clara e inequívoca pone a la Nación ante la disyuntiva:

"Estáis por mi o contra mi. Responded sin reservas".

Y la Nación responde.

El 4 de marzo, la víspera de la elección, es declarado por el Dr. Goebbels como *El Día de La Nación que Despierta*. Y realmente este día lleva su nombre con razón. Cuando oscurece resplandecen fuegos en toda Alemania. Desde las montañas iluminan hacia abajo, desde las alturas, en todos los sitios se mueven columnas incandescentes a través del país. Las ventanas y las calles de las ciudades han sido intensamente iluminadas. Del fulgor de la luz se alza la confesión del pueblo por Adolf Hitler y los símbolos del Nuevo Reich.

El 5 de marzo, el 52% del pueblo se pronuncia por el Gobierno.

El gabinete está legitimado legalmente ante el mundo entero, en la forma más ajustada posible a la Constitución, de acuerdo con las leyes más rígidas de la democracia.

Pocos días antes de la elección, el 27 de febrero, el *Reichstag* alemán arde presa de las llamas.

Se trata de un acto criminal de insospechadas dimensiones, dado que su objetivo era posibilitar la contrarrevolución bolchevique.

Los incendiarios comunistas provocan la destrucción de la sala del plenario del *Reichstag*. La antorcha de la Revuelta Roja llamea sobre el país. Del Territorio del Ruhr informan de tentativas de sublevación. La existencia de la Nación se encuentra sobre el filo de una espada.

Pero ya no gobierna el montón de partidos de Weimar.

El Gobierno Nacional toma enérgicas medidas.

En pocos días el peligro bolchevique ha sido conjurado, retornando a sus escondrijos de donde había querido irrumpir sorpresivamente para el último asalto. Y estos escondrijos serán ahora fumigados sistemáticamente en las próximas semanas y en los meses subsiguientes.

El horrible crimen del incendio del *Reichstag* no halló eco, por supuesto, en el pueblo alemán.

Con repulsión se distanció de la acción terrorista. La comuna quedó sola con sus cómplices:

El 8 de marzo es ocupada definitivamente la Casa de Karl Liebknecht.

La bandera con la svástica ondea a partir de ese momento sobre la casa desde la cual, durante años, el asesinato comunista forjaba sus planes.

En el lapso de una semana los gobiernos provinciales caen como hojas más que marchitas. Bajo el rumor de las banderas con la svástica desaparecen los últimos testigos de la "grandeza" pasada.

El 9 de marzo es corrido el gobierno bávaro de los señores Held, Schäffer y Stützel.

La línea del Maine *fue* alguna vez divisoria.

Sobre Alemania entera, desde los Alpes hasta las arenas del mar, tremolan las banderas del Alzamiento Nacional.

Expresamente, el Presidente del Reich dispone que en lo sucesivo la bandera de la svástica y la bandera negra-blanca-roja, las dos heroicas enseñas de la historia alemana, deben ondear juntas en todas las astas.

Han de ondear, sobre todo, en honor de los héroes caídos por la libertad de la Patria.

Después de la victoria se reúne la Nación para recordar a los muertos. El 12 de marzo el recuerdo y la promesa convocan al pueblo en el Día de Duelo Popular. Es un día pleno de sol.

Los rostros de la gente aparecen graves, solemnes. En la Opera del Estado tiene lugar el acto recordatorio ya que no puede realizarse, como otras veces, en el *Reichstag*, quemado por las hordas rojas.

El *Feldmarschall*, luciendo su uniforme, ve ondear, por vez primera, después de mucho tiempo, libre y hermoso, sin la deshonrante bandera de bauprés, el viejo pabellón de guerra, bajo el cual millones murieron...

Un largo oprobio ha sido borrado.

Delante del Monumento de Honor, la más bella obra de Schinkel, la construcción mas prusiana de la Capital, *La Vieja Guardia*, están formados el Ejército, la SA en capote pardo, la SS con su negro uniforme y el *Stahlhelm* con su vestimenta gris-campaña.

Durante horas aguarda la gente. Estudiantes con ropas de gala flanquean la entrada al Monumento de Honor, donde en un gigantesco sillar descansa la corona de oro, transfigurada por una luz blanca que la circunda, que desde arriba se derrama sobre ella como una suave y fresca gracia.

El Presidente del Reich saluda a Hitler, quien se inclina ante el Mariscal.

Después retumban las órdenes, las tropas se estremecen y quedan en total inmovilidad. Y luego marchan. El paso militar resuena con estruendo sobre el empedrado, los cascos relucen, cascos de acero, grises, las filas se funden en un frente. Encima de ellos ondean las viejas banderas, los estandartes tradicionales del Gran Ejército, las banderas de los regimientos de guardia berlineses que fueron llevados triunfalmente, a través de medio mundo, en el curso de cuatro largos años.

Silencio total reina en la amplia plaza. Nada se oye fuera de los compases de la marcha, del estruendo de la compañía de parada que golpea sus botas en el asfalto como si quisiera hacerlo estallar, y del tenue rumorear de las banderas.

Decenas de miles de brazos se han extendido, inmóviles, para saludar a todos, a las banderas, a los muertos, y a los vivientes en su espíritu... Un mar de coronas rodea el Monumento de Honor.

Con gravedad, despaciosamente, Hindenburg deposita dos grandes coronas junto a las otras. Hondamente conmovido contempla la piedra.

A continuación se aproxima el Canciller. Con cuidado coloca su corona. Como si temiera perturbar en su sueño a los muertos, a los hermanos, a los camaradas.

Cuando abandona el Monumento de Honor se inicia el desfile de la Joven Alemania. SA, SS y *Stahlhelm*. Las insignias tremolan, como un sólo bloque se suceden las filas.

Hit-ler, Hit-ler, Hit-ler, martillean rítmicamente los pies, retumban las pesadas botas sobre el suelo.

Las banderas flamean... En su espíritu... en su espíritu...

El sol resplandece.

Un muro de brazos en alto inmóviles, un júbilo estruendoso, saludan al Mariscal y al Canciller al abandonar el lugar.

Ahora se ve que no han caldo en vano los 2.000.000.

Ahora todo está bien.

Nuevamente podemos pensar, sin vergüenza, en ellos, en sus victorias y en su muerte.

Su espíritu está otra vez vivo. Porque Alemania nuevamente es un Reich. Dentro de pocos días se llevará a cabo, solemnemente, en Pots-dam, su nueva fundación. ¿Sentís a los muertos cómo se levantan de sus tumbas, cómo brindan su anhelo, su fe para proteger al nuevo y joven Reich con el que siempre soñaron?

¿Sentís a todos ellos que cayeron por la Sangre y el Suelo, por la Madre Patria y el Honor? Ahora la tierra se torna más liviana sobre sus cuerpos en Flandes y ante París, en Rusia y en Asia, en el frente del Sur y en África.

*...Marchan en espíritu juntos en nuestras filas...*¹

Ondean la negra-blanca-roja y la svástica...

Las banderas del honor y las banderas del futuro, las banderas de la grandeza y del heroísmo.

Ondean sobre Alemania.

Nunca antes un día de duelo dio a un pueblo tanta fuerza y tan firme esperanza.

Es, en verdad, una primavera santa la que ha comenzado.

1. Estrofa de *Die Fahne Hoch!* (¡Bandera en alto!), Himno Oficial del NSDAP, también conocido como *Horst Wessel-Lied* (La Canción de Horst Wessel), en homenaje a su joven autor, uno de los jefes de la SA berlinesa, muerto por los comunistas el 23 de enero de 1930. (N. del T.)

Schlageter

*No luchaste por paga y honor exterior,
en la oscuridad serviste tú a la Patria.
Tú siempre estabas próximo al fusil,
un guerrero, que de toda acción salía airoso.*

*Amargamente te agradecieron tu lealtad,
te traicionaron al enemigo y a la muerte:
pero de tu muerte, sólo de ella
se levantó luminosa la nueva aurora.*

*Así te honramos hoy, camarada,
traicionado combatiente por el Tercer Reich.
La Juventud consagra su vida a tu acción,
y jura: la sangre de su corazón igual a la
tuya sea.*

WILFIRD BADE

El Día de Potsdam

El primer *Reichstag* de la Revolución Nacional se reúne en Potsdam, en aquel lugar sagrado, la Iglesia de la Guarnición, donde descansan los restos del gran Rey Federico.

La democracia convocó su primer *Reichstag* en Weimar, así como hizo de la bandera negro-rojo-oro, que una vez fue la bandera de la unidad alemana, la bandera de la revuelta. Así profanó Weimar y su espíritu mediante su llamada Asamblea Nacional.

La Revolución Nacional, empero, se pronunció conscientemente por aquel Estado y por aquel Rey que afirmó que él era el primer servidor del Estado, que elevó el concepto genuinamente nacionalsocialista "*a cada cual lo suyo*", a máxima suprema.

La Revolución Nacionalsocialista se pronunció por la tradición, por el heroísmo y por la grandeza.

Ella fue a Potsdam.

El 21 de marzo es un verdadero día preprimaveral, frío, con escaso verdor y donde, pese a la ventisca, brilla triunfante el sol.

Desde los primeros albores grisáceos fluyen a las calles, de todos lados, las masas humanas. Y hora tras hora se acrecienta la multitud. Cada tren lleva millares, por las carreteras arriba un vehículo tras otro. Centenares de miles quieren saludar al Führer, al Presidente del Reich, al Gobierno, al viejo Ejército, a las Divisiones de Asalto.

No existe una casa que no esté embanderada, que no se halle adornada con el verde del abeto y las coronas. Grandes paños de bandera se despliegan sobre las paredes de las casas, transparentes se agitan; alfombras y valiosos tapices cuelgan en las ventanas.

Alrededor del mediodía comienzan a tocar todas las campanas de Potsdam y bajo este repique el automóvil del Canciller entra en Potsdam. Los diputados se trasladan a la espléndida iglesia barroca, la Iglesia de la Guarnición, la cual encierra una buena parte del destino prusiano y alemán.

La clara luz solar se filtra a través de las ventanas. Solemnemente resuenan las notas del órgano en la nave, mientras los representantes del *Reichstag* alemán hacen su aparición en la Iglesia.

Luego ingresa el Presidente del Reich y reverentemente todos se ponen de pie. Tras él Hitler, Goebbels, Göring, Seldte, Papen, el Gobierno del Reich en pleno... cuando el *Feldmarschall* y los ministros toman asiento, el coro de la Catedral berlinesa entona jubilosamente "*Ahora mi alma ensalce al Señor*". Luminosas y cargadas de gloria las banderas de los regimientos del Gran Federico contemplan la escena desde las galerías.

El Presidente del Reich habla.

Profunda y grave es su voz. Convoca al gobierno y a los diputados para una labor redentora.

"Difíciles y múltiples son los cometidos que Ud., señor Canciller del Reich, tiene delante suyo..."

Las palabras del Presidente trasuntan una gran seguridad y confianza en que este Canciller sabrá superar los difíciles y múltiples cometidos.

Hitler responde.

Se halla de pie en medio de la iglesia, detrás del pequeño pupitre dorado cubierto de terciopelo. Su rostro muestra una marcada seriedad, parece esculpido en granito. Sus manos descansan sobre el pupitre. Brevemente traza un cuadro de

Alemania en forma tan penetrante y potente que oprime los corazones de todos, como si estuviesen en aquella mano que se apoya en el pipitre.

Habla de la Alemania que todos conocen, pobre, mancillada, quebrada, seducida, traicionada y, sin embargo, con una fe inaudita en sí misma y en su porvenir.

Habla de la historia de dos milenios, en la que el destino del pueblo se desmoronó en la miseria, justamente cuando habla llegado a la cima del poder y de la grandeza estatales, cuando sus primeros sueños principiaban a realizarse.

Como golpes de martillo caen las palabras del Canciller.

En pocas frases hace el esbozo de Bismarck, del hombre y su obra, señalando que en esta época de brillo se inicia nuevamente el proceso de desintegración desde abajo, por la acción del marxismo y de la lucha de clases. Y luego se refiere a la guerra. Revelándose en toda su grandeza, Hitler destruye allí, en ese lugar del honor y de la tradición, que siempre fue honrosa, la mentira de la culpabilidad de Alemania en el desencadenamiento de la guerra.

"Ni el Kaiser, ni el gobierno, ni el pueblo han querido esta guerra. Solamente la desintegración de la Nación, el derrumbe general, forzaron a una generación débil contra su mejor saber y contra la más sagrada convicción interior a aceptar la afirmación de nuestra culpabilidad de la guerra."

Magistralmente prosigue la estructuración del discurso. Describe la terrible época de los últimos 14 años y culmina en la solemne promesa oficial del Gobierno del Alzamiento Nacional. Cada párrafo encierra una granítica dureza y comienza con un enfático "Queremos" y si no fuera por el hecho de hallarse en una iglesia, terminarla en ovaciones jubilosas:

"Queremos restaurar los eternos fundamentos de nuestra vida: nuestra nacionalidad y las fuerzas y valores que le han sido otorgados."

Queremos someter nuevamente la organización y la conducción de nuestro Estado bajo aquellos fundamentos" que en todos los tiempos fueron la condición de la grandeza de los reinos."

Queremos cultivar con humilde veneración la gran tradición de nuestro pueblo, de su historia y de su cultura, como fuente inagotable de una verdadera fuerza interior e instrumento necesario de renovación en las épocas turbulentas."

Queremos asociarla confianza en los fundamentos sanos, por naturales y justos, que rigen la existencia con su adecuación constante a la evolución política interior y exterior."

Queremos instaurar en lugar del eterno titubeo la firmeza de un Gobierno que, de ese modo, dotará otra vez a nuestro pueblo de una autoridad inamovible."

Queremos restaurar el primado de la política, cuya finalidad es organizar y dirigir la lucha por la vida de la Nación."

Queremos captar todas las fuerzas realmente vivas del pueblo como factores de sustentación del porvenir alemán. Nos esforzaremos honestamente por incorporar a aquellos seres de buena voluntad y en anular a aquellos que tratan de dañar al pueblo."

Queremos constituir una verdadera comunidad de los linajes alemanes, de los estamentos, de las profesiones y de las hasta ahora clases. En vez de campesinos, burgueses y trabajadores ha de volverá formarse un pueblo alemán."

Para todos los tiempos, él ha de tomar libremente en custodia nuestra fe y nuestra cultura, nuestro honor y nuestra libertad."

Ante el mundo sostenemos que nosotros, midiendo los sacrificios de la pasada guerra, queremos ser sinceros amigos de una paz que por fin ha de restañar las heridas de las cuales todos sufren."

El Gobierno está decidido a cumplir la misión que ha asumido ante el pueblo alemán. De ahí que se presente ante el Reichstag Alemán con el ferviente deseo de hallar en él un apoyo para la realización de dicha misión. Que vosotros, mis hombres y mujeres, como representantes del pueblo, elegidos por él, sepáis captar el sentido de la época para colaborar en la gran obra del resurgimiento nacional."

Y ahora el Canciller habla acerca del *Feldmarschall*, del Ekkehard del pueblo alemán.

Con grandeza, calor y sencillez, el Cabo de la Guerra Mundial agradece a su Mariscal de Campo. Así se dirige el Canciller del pueblo al Presidente del Reich:

"Delante nuestro se encuentra una anciana cabeza. Nos ponemos de pie ante Ud., señor Generalfeldmarschall". (Un amplio gesto acompaña estas palabras, la Iglesia se levanta al unísono, y los ojos se dirigen hacia los dos hombres ubicados allá abajo, cuyas miradas descansan la una en la otra, escuchando cómo Hitler, lleno de profunda admiración, describe someramente la vida y los hechos del Presidente del Reich, en cuya mano depositó su juramento el 30 de enero).

"Hoy, señor Generalfeldmarschall, la Providencia le permite ser el Protector del nuevo levantamiento de nuestro pueblo. Su maravillosa vida es para todos nosotros un símbolo de la fuerza vital indestructible de la Nación Alemana. Así hoy le agradece a Ud. la juventud del pueblo alemán, y con ella nosotros todos, vuestro asentimiento a la obra del Alzamiento Nacional, el cual sentimos como una bendición.

"Que la Providencia nos otorgue a nosotros, los hombres que luchamos por la libertad y la grandeza de nuestro pueblo, aquí, a los pies del mausoleo de su más grande Rey, aquel valor y aquella perseverancia que en este recinto sagrado para todo alemán sentimos en torno nuestro".

El Führer ha concluido.

Con honda emoción el Presidente del Reich le tiende la mano. Profundamente se inclina el Canciller del pueblo ante la blanca cabeza del *Feldmarschall*.

Este apretón de manos santifica —cada uno así lo siente— el Nuevo Reich con la bendición de una tradición milenaria.

Y luego resuenan enérgicamente en el exterior, delante de la Iglesia, las voces de mando. Y las tropas desfilan ante su comandante supremo, saludadas por estrepitosas voces de *¡Heil!* Como si estuviera fundida en una sola pieza, se aproxima la *Reichswehr*. Las banderas tremolan y se mecen, las gloriosas banderas de la Guerra Mundial. Juntos se hallan parados el Presidente del Reich y el Canciller. A continuación pasan los interminables batallones de la SA, y de la SS, del *Stahlhelm* y de todas las agrupaciones que tienen el derecho a desfilar en este día ante sus conductores. Seguidamente lo hacen la *Hitlerjugend* y el *Jungstahlhelm*¹. Es un cuadro maravilloso.

Todo el pueblo se juramenta en estas horas, a través de sus mejores, al Nuevo Estado.

Todavía en el mismo día, el *Reichstag* celebra su sesión inaugural en la *Krolloper*, que ha sido acondicionada al efecto.

Inmediatamente después de la conquista del Reich, Adolf Hitler procede a su transformación. Únicamente un régimen liberal pudo aceptar que la división de Alemania en pequeños Estados llegara a ser un medio de lucha partidista, del mismo modo que en otro tiempo se constituyó en instrumento de lucha dinástica. Sólo en un Estado liberal era concebible que en un *Land*² se realizase una política diferente y hasta opuesta a la de su vecino. Que Prusia, por ejemplo, tuviese un gabinete decididamente marxista que contrariaba en forma permanente al gobierno del Reich.

Si bien el Nacionalsocialismo obtuvo ciertas ventajas de este inadmisibles estado de cosas, mientras aún se hallaba en la oposición y debió servirse de la lucha parlamentaria, no pensó jamás y por ninguna circunstancia en considerar como un compromiso el mantenimiento de semejante absurdo.

1. Organización juvenil del movimiento de los Cascos de Acero. (N. del T.)

2. Estado provincial. (N. del T.)

Lo primero que debe ser saneado es la estructura política del Reich, antes de abordar los otros aspectos. En esta convicción se basaba la incipiente reconstrucción del Reich. Y Adolf Hitler reordenó el sistema político en un tiempo sorprendentemente breve. Sus primeras acciones estuvieron orientadas exclusivamente hacia ese campo, para restaurar al fin la estabilidad, la confiabilidad y la unidad del accionar político, sin las cuales no puede llevarse a cabo la reconstrucción económica, cultural y moral.

Ninguna ley causó tan honda impresión, en el interior como en el exterior, que la de coordinación de los *Länder* y el nombramiento de los *Reichstatthalter*³.

Inmediatamente quedó en evidencia que el Movimiento Nacionalsocialista poseía la fuerza necesaria para realizar la unión del Reich, sencillamente porque en él ya se habla realizado, vivido, sufrido y conquistado por la lucha. Y en él la oposición entre estamentos era tan insensata e incomprensible como la diversidad de los troncos o *Länder*. Así como en el Movimiento no existía una SA prusiana o de Anhalt, ni oldenburguesa o bávara, sino sola y exclusivamente una SA alemana, del mismo modo el Reich Nacionalsocialista reconocía sólo a alemanes y a una voluntad uniforme alemana, que habría de hacerse efectiva hasta en la menor célula estatal, desconociendo otra voluntad fuera de ella. De esta manera la coordinación de los *Länder*, aunque lógica y natural, después de tan interminablemente largos artos de desgarramiento y de discordia, provocó particular júbilo en Alemania. Es que el pueblo entendió de pronto que habla comenzado a concretarse una esperanza milenaria, cuyo plasmación hasta entonces siempre habla sido impedida por el destino: el sueño de que alguna vez todos los alemanes vivieran en un Reich unitario.

Las Dietas de los *Länder* —con excepción de la de Prusia, renovada juntamente con el *Reichstag*— fueron disueltas. Pero no se procedió a la realización de elecciones, sino que su nueva composición se basó en los sufragios obtenidos en cada *Land* durante la última elección del *Reichstag*. De ese modo le fueron ahorrados al pueblo costos innecesarios obteniéndose, sin embargo, una imagen exacta y uniforme de la opinión popular.

Pero meses más tarde, en ocasión de la gran elección del *Reichstag* de noviembre de 1933, los parlamentos provinciales desaparecieron definitivamente.

Los Lugartenientes del Reich, designados por el Presidente de éste a propuesta del Canciller, son los conductores de la política del *Land*. Ellos son los encargados de designar a los gobiernos provinciales, siendo exclusivamente responsables ante el Reich. No son ya los parlamentos y las coaliciones que se manejan en función de sus intereses particulares y no al servicio del bienestar del Reich, sino que es éste quien proporciona a los *Länder* sus ministros administrativos.

Dichos ministros tampoco quedan librados a la gracia de las dietas: son responsables ante el Lugarteniente, el cual mientras considere capaz e idóneo a un ministro lo mantendrá en tal cargo.

Con ello está asegurada en todas partes la enérgica aplicación del poder del Reich. Se torna imposible, en consecuencia, la posibilidad de formación de una coalición de *Länder* contra la autoridad de la Nación. El Reich gobierna, y por primera vez en la historia, sus intereses pueden ser representados en toda la comunidad sin necesidad de recurrir a arduas negociaciones, evitando una larga cadena de instancias, entorpecimientos y complicaciones.

Un grande, un formidable paso adelante ha sido dado. Nunca más potencias extranjeras podrán abrigar la esperanza de beneficiarse de la rivalidad entre los *Länder* y los troncos étnicos alemanes.

3. Lugartenientes del Reich. (N. del T.)

En el gran Día de la Victoria del Partido, en los primeros días de septiembre de 1933, el Führer y Canciller del pueblo con razón puede señalar que el Movimiento de Liberación Alemán Nacionalsocialista no es el conservador sino el liquidador de los *Länder* porque, como se ha dicho, en él estas barreras levantadas por los *Länder* desde hace un decenio y medio se han tornado en vacuas e insustanciales.

Un Partido que sólo conoce connacionales alemanes, sólo puede concebir un Estado popular alemán indivisible, uniforme, *un* Tercer Reich Alemán.

El júbilo que siguió a estas palabras, la alegría con que fueron recibidas las primeras leyes al respecto, confirmó también en el ámbito popular, una vez más, la justeza de estos principios de la política nacionalsocialista y de su visión del mundo.

Los más acreditados *Gauleiter* y pioneros del Movimiento, en su carácter de Lugartenientes del Reich, son los portadores de la voluntad de éste.

El propio Hitler se hace cargo en Prusia de la función de Lugarteniente del Reich.

Es precisamente en las posiciones claves donde se revela inequívocamente la estrecha compenetración entre Partido y Estado.

El 1° de Mayo

Otro de los ejemplos más grandes y conmovedores del grado de identificación entre Estado y Nacionalsocialismo lo proporciona el 1° de Mayo.

Durante decenios el 1° de Mayo había sido el Día del Proletariado. Las distintas Internacionales, la Primera, la Segunda y la Tercera, se preocuparon de machacar constantemente en las masas que el 1° de Mayo había sido creado por el buen Dios única y exclusivamente para que en ese día fuese festejada la lucha de clases, y para que el proletariado marchase por las calles y plazas con banderas y carteles rojos, para ser utilizado contra sus propios compatriotas por los agitadores judíos, para que le fueran inculcados complejos de inferioridad, para ser arrancado, en fin, de la totalidad popular.

Y lo que a estos miserables seductores y farsantes quizá no les hubiera sido posible conseguirlo por su sola acción, lo posibilitó alcanzar la burguesía, el capitalismo de todos los países, con su propia y "bondadosa" colaboración, de la que se lamentarían después a grandes voces.

Porque el burgués capitalista, lleno de arrogancia en su trato con quien ganaba el pan con el trabajo de sus manos, el "señor" de los estamentos "mejores", la niña "bien", en una palabra, todas esas existencias presumidas, vanidosas y de espíritu clasista le mostraron al obrero que lo despreciaban, que lo consideraban plebeyo, vulgar y que era sólo un animal de trabajo. Así se logró que este ser humano decente — alemán, inglés, francés, ruso o italiano — se llenara de odio contra los "finos", los ricos, los "distinguidos", respondiendo a su degradación con el odio y el resentimiento, y al desprecio con la revuelta.

Y como no halló nadie que lo esclareciese respecto de sus deberes y derechos, quedó librado a los incitadores de la Internacional, a estos "obreros" judíos que nunca han sostenido en la mano un martillo o una azada. Y los siguió porque les prometían satisfacer su odio y brindarles la victoria en su lucha contra aquellos que los despreciaban. Y así, pues, se puso en marcha el Proletariado Internacional.

Y marchó no como trabajadores, como trabajadores libres, sino precisamente como proletas, calificación ésta contra la cual, por lo común, se indignaban en la forma más violenta. Los que movían los hilos de la Internacional se regocijaban al observar que el obrero empezaba a creer que no era hijo de su país, hijo de su madre patria, de su sangre y de su pueblo, sino un apátrida, un segregado que no tenía ya nada que perder más que sus cadenas. Y con estas masas humanas los manipuladores ocultos hicieron ahora subversión. Impelieron a los trabajadores a concurrir a las manifestaciones del 1° de Mayo.

No por ello los jornales aumentaron y las mujeres y los niños hambrientos recibieron un solo bocado de pan. Los sótanos no dejaron de ser

fríos ni desapareció la humedad de sus miserables viviendas. Tampoco con tal motivo los desocupados obtuvieron trabajo ni disminuyó la miseria.

Únicamente los muertos aumentaron. Porque ningún 1° de Mayo transcurría sin que en alguna parte del mundo, en choques con la policía, con otros partidos políticos o con obreros adversarios, no yacieran cuerpos de trabajadores sobre el asfalto, muertos a golpes, a tiros, asesinados. Y las mujeres y madres lloraban... en homenaje al proletariado internacional.

Hasta que llegaba nuevamente un 1° de Mayo y otra vez los jornales eran más bajos y otra vez más desocupados vagaban ociosos por las calles, mientras se acrecentaba el número de suicidios, y ascendía el índice de miseria. Y de nuevo las manifestaciones llenaban las calles, y otra vez llameaba el odio y nuevos muertos teñían de rojo el empedrado con su sangre...

Y así la guerra civil adelantaba un paso más en un país. Hasta que finalmente llegó un 1° de Mayo en que el proletariado ya no hizo su manifestación. Entonces no hubo tiros, no lloraron mujeres por sus esposos e hijos asesinados, no aumentó la miseria. Ya no había más *proletas* despreciados ni "cuarta clase". Sobrevino un 1° de Mayo, un claro día de primavera, en el cual en un país del mundo marchaban juntos los trabajadores de la frente y del puño. Y marcharon en línea directa hacia el Estado y cantaron clara y alegremente orgullosas canciones. Marcharon millones y millones. Y todas las casas estaban adornadas con guirnaldas y los ferrocarriles llevaban banderas y coronas, y se hallaban todas las ventanas embanderadas. Y ved ahí al Gobierno, a los funcionarios y a los administradores provinciales que marchan con ellos, con los trabajadores. Y los "burgueses", que deberían ser sus enemigos, se incorporan a las filas, trabajadores como los demás. Y los empleados y los directores y los estudiantes.

Un gigantesco mar de banderas de diáfanos colores proclamaba a los vientos su alegría, y atravesando las calles adornadas se velan grandes carteles blancos en los cuales estaba escrito: *¡Existe ya sólo una nobleza: la nobleza del trabajo!*

Estos carteles nunca se habían visto antes.

Y los trabajadores olvidaron lo que durante decenios se les había predicado: que eran una basura, *proletas*, inferiores, y que primero tenían que hacer pedazos todo para poder liberarse. Y comprobaron que tenían una Patria, un gran hogar, y un pueblo que los saludaba jubiloso, agradeciéndoles su trabajo, honrando al trabajo y sólo a quienes trabajaban.

Se movían de un sitio a otro como vencedores que aún no podían comprender cómo era posible semejante milagro.

Y se sintieron orgullosos y libres. Y volvieron a ser alemanes, trabajadores alemanes, orgullosos de sí mismos, orgullosos de su obra, orgullosos de su país...

Y millones aclamaron jubilosamente a aquel que realizó esta obra: ¡al Führer Adolf Hitler!

Porque tal cosa sucedió en la Alemania Nacionalsocialista, en el país de los "asesinos de trabajadores" y sucedió el 1° de Mayo.

El Día de la Fiesta del Trabajo Nacional.

A pesar de los señores de las Internacionales de distintas numeraciones.

Para alegría del pueblo alemán.

Para alegría del trabajador alemán.

Para alegría de Adolf Hitler.

Quien una vez fue también trabajador en una obra de construcción, y ahora ha llegado a ser el primer trabajador del Reich, nuevamente en una obra en construcción, la obra donde se construye el nuevo edificio del Reich Alemán.

Y así el 1° de Mayo de los combates callejeros, del azuzamiento y de la lucha de clases, se convirtió en un 1° de Mayo de la alegría y de profesión de fe y de paz.

Muy temprano la juventud alemana se forma en el *Lustgarten*. Sobre ella descansa el porvenir de Alemania. Ella ha de concluir alguna vez la construcción del Tercer Reich. El Nacionalsocialismo no actúa efectuando sus cálculos en semanas, y meses b a lo sumo para uno o dos años, como hacen los gobiernos parlamentarios. No, él realiza sus cálculos en decenios y acaso por un siglo. Y es por tal motivo justo y equitativo que la juventud inaugure este 1° de Mayo.

Por eso se ha formado y el gigantesco *Lustgarten* está colmado de rostros jóvenes, radiantes. Brillan las camisas pardas de la *Hitlerjugend*, tremolan al viento las banderas de las franjas blancas con la svástica. Esta juventud ni sabe ya lo que son las clases y las castas, en ella marcha exclusivamente el pueblo del porvenir. Y no tiene significado alguno el lugar que ocupa el padre de este o de aquel muchacho en el inmenso engranaje del trabajo nacional. ¿Esa cabeza rubia es el hijo de un obrero? ¿Es el hijo de un profesor, de un director, de un contador, de un campesino, de un militar o de un funcionario? ¿Quién sabe esto? ¿Quién podría decirlo? La juventud no pregunta por ello. Pregunta solamente: ¿Eres tú un muchacho alemán? ¿Provienes de

padres alemanes? ¿Tienes sangre alemana? ¿Te pronuncias tú por Adolf Hitler? Y si a tales preguntas corresponde un sí, entonces todo está bien, entonces el muchacho marcha con la camisa parda y por eso hoy está de pie temprano, en la mañana del 1° de Mayo en el *Lustgarten* y espera al Führer y con él al Presidente del Reich. Porque el Presidente del Reich ha de inaugurar este 1° de Mayo de la Nueva Alemania con una alocución a la juventud, con una revista del porvenir.

No existe un símbolo más hermoso para poner de relieve el hecho de cuán distinto se ha vuelto todo en pocas semanas en Alemania, que este 1° de Mayo y el comienzo de este día.

De pronto un enorme júbilo corre a través de la plaza y todos los brazos se alzan: viene Hindenburg, y Hitler y Goebbels. El camino que se ha dejado libre para los coches es estrecho, lo más estrecho posible. Los tres hombres recorren este camino, techado por la gótica bóveda ojival de cientos de miles jóvenes brazos en alto. Todos los ojos brillan y el júbilo alcanza a proporciones inenarrables.

"Esta juventud, esta juventud..."

El rostro del anciano *Feldmarschall* se ilumina de alborozo.

Y luego habla. Palabras simples, sencillas como sencillo siempre ha sido él y como lo es su Canciller, y como quiere y debe serlo esta tropa juvenil alemana que se halla ante sus ojos.

"Habréis de tomar alguna vez la herencia en vuestros hombros para conservarla, afirmarla y acrecentarla. Para poder cumplir con esta misión, la juventud debe aprender a integrarse y a subordinarse, y, sobre esa base, adquirir voluntad de responsabilidad. Solamente de la disciplina y del espíritu de sacrificio puede surgir una generación que esté a la altura de los grandes cometidos, ante los cuales la historia colocará al pueblo alemán. Este día ha de servir como el pronunciamiento por la unión de todas las fuerzas creadoras del pueblo alemán con la Patria y los grandes objetivos de la Nación, y ser simultáneamente un monumento conmemorativo del alto valor ético del trabajo en sus distintas manifestaciones, tanto del puño como de la mente.

Con fiel corazón pienso, por lo tanto, en esta hora, en las mujeres y hombres alemanes que en laboriosa tarea cotidiana ganan su pan, y con un sentimiento de profunda solidaridad en el gran número de aquellos que, a causa de la penuria económica de nuestro tiempo, aún están alejados del trabajo y de su bendición. Que al ejército de desocupados les sea proporcionado nuevamente trabajo y pan es mi deseo más ferviente y la misión primordial del Gobierno del Reich".

¿Cuándo jamás un jefe de Estado habló así a la juventud y al trabajador? Y la juventud lo siente y lo agradece, y cuando el Führer lanza tres vivas al Presidente del Reich y Mariscal de Campo, el grito se estrella estruendoso contra los viejos muros del castillo, propagándose a lo largo de Los Tilos y envolviendo a la Catedral. Y los brazos vuelan hacia lo alto. Un *Hitlerjunge*, rubio y de radiantes ojos azules, entrega al *Feldmarschall* un ramo de flores como obsequio de toda la juventud alemana, que está dispuesta a realizar *Todo por la Patria*¹.

El Führer viaja de regreso a la Cancillería del Reich, donde recibe a los delegados del trabajo alemán, a los trabajadores de todas partes del Reich. Con aviones del Reich los han ido a buscar a sus lugares de trabajo, y ahora están allí ante el Canciller y Führer y le estrechan la mano, llevándoles el saludo y el agradecimiento de millones que él liberó de la servidumbre y del hostigamiento, del engaño, del fraude y del desprecio. Y les devolvió el honor y el orgullo de ser trabajadores, trabajadores en la Patria alemana, que recién a través de él, a través de Adolf Hitler, llegaron a poseer como propia.

1. Lema de la *Hitlerjugend*. (N. del T.)

Entretanto, los millones de compatriotas trabajadores desfilan por la gigantesca ciudad, por toda Alemania.

Se juntan formando inabarcables columnas. Todas las calles y plazas se encuentran inundadas por una alborozada masa humana. Tremolan banderas y estandartes, saludan los letreros, ondean los enormes carteles. La alegría penetra por todas partes. Se han reunido los grupos locales, las dotaciones, las células. Las organizaciones en pleno están en la calle: el Partido, la NSBO², la NS-BB, la HJ, la SA, la SS, la Sección Femenina y el *Stahhelm*. Para marchar, para marchar por el honor del trabajo.

Flores y más flores. Marchas militares y las exclamaciones de *¡Heil!* que no quieren terminar. Toda Alemania honra a sus héroes del trabajo.

En el *Tempelhofer Feld* han sido erigidas grandes tribunas. A 30 metros de altura se alzan las torres de las banderas, en las cuales ondean los Estandartes de la Revolución, las negro-blanco-rojo y las banderas con la svástica.

Centenares de altoparlantes están listos para la transmisión. Se han instalado miles de reflectores, lámparas y columnas de alumbrado sobre los techos de las casas. En torno del *Tempelhofer Feld* grandes letreros luminosos saludan al pueblo.

Al atardecer ya parece que no hay sitio para nadie en el campo de un kilómetro cuadrado de extensión. La agitación es inmensa, las noticias se precipitan: al caer la noche más de un millón de personas se encuentra en el lugar. Cuando se inicia el acto, el más portentoso que el mundo jamás vio, han llegado a ser un millón y medio.

Los haces de los reflectores iluminan la inabarcable multitud. Los altoparlantes propalan marchas y órdenes, en tanto el inmenso mar humano es sacudido continuamente por una indescriptible alegría, que contemplada desde la lejanía semeja un descomunal embate de olas.

Las casas de los alrededores, totalmente iluminadas, parecen arder. Todas las ventanas centellean por la luz de las velas encendidas en el interior. De los tejados y balcones se desprende una intensa luminosidad, a modo de llameante saludo.

Los aviones realizan sus evoluciones sobre los aeropuertos envueltos en flamígero encantamiento. A la luz de millones de velas resplandecen las tribunas, festivamente adornadas, desde donde hablará el Führer.

Mágicamente, rodeados de un singular esplendor, sobre el cielo intensamente oscuro, se destacan los estandartes rojos de la Revolución.

De pronto, el júbilo crece frenéticamente —a lo lejos se oye el estruendo que se aproxima como una marejada—, subiendo por la *Belle-alliance-Strasse*, ennegrecida por el gentío, a lo largo de la *Berliner Strasse*. Y ahora se alzan todos los brazos, una masa de millones se pone en movimiento, en un movimiento estupendamente disciplinado: Adolf Hitler dobla por la *Flughafenstrasse...*, en la parte delantera del auto está de pie, al descubierto, y una y otra vez alza el brazo saludando a sus camaradas, a los connacionales de la frente y del puño, a los compatriotas del torno y de las minas, de las estrepitosas máquinas y de los altos hornos incandescentes, a los trabajadores de todas las empresas en las cuales se realiza la construcción de Alemania. Y también saluda a los que aún todavía se hallan desocupados.

Y ahora está parado, arriba, sobre la tribuna, a la vista de millones, y su voz amplificada cien mil veces por los altoparlantes, silencia e inmoviliza a la multitud.

1. *Nationalsozialistische Betriebszellen-Organization*. (Organización Nacionalsocialista de Células de Empresas). (N. del T.)

Y Hitler habla:

"Durante muchos siglos este era no solamente el día simbólico de la llegada de la primavera, era también el día de la alegría, del clima y del ánimo festivos. Y después llegó una época que lo reivindicó para sí, transformando el día de la vida naciente y de la alegría esperanzada en un día de proclamación de la contienda, de la discordia y de la lucha interior. Decenios pasaron sobre las comarcas alemanas y parecía que este día se habla convertido, cada vez, más en el monumento de la división del pueblo alemán, en el túmulo de su desgarramiento. Pero ahora llega nuevamente una época de toma de conciencia, luego de que el sufrimiento más profundo ha castigado a nuestro pueblo, una época de reencontrarnos con nosotros mismos, y con ello el tiempo del nuevo reencuentro de los hombres alemanes.

Hoy podemos seguramente cantar otra vez la vieja canción: '¡Mayo ha llegado, el despertar del pueblo alemán ha llegado!'

El símbolo de la lucha de clases, de la eterna discordia y de la cizaña se convertirá de nuevo en el símbolo del levantamiento y de la gran unificación de nuestro pueblo.

Y al mismo tiempo ha de trocarse en el símbolo del trabajo creador, que no conoce límites estrechos, que no se valora por el marco en que se efectúa —el sindicato, la fábrica, el despacho del constructor, la función pública—, un trabajo que queremos reconocer, en cualquier parte que se realice, en su justo sentido en pro de la existencia de la vida de nuestro pueblo".

Posteriormente el Führer hace hincapié en el hecho de que no es necesario explicar precisamente a cada uno de los distintos estamentos respecto de la necesidad de su trabajo, pero de que sí, en cambio, es menester explicar con insistencia acerca de la necesidad del trabajo del otro estamento, hasta que todos reconozcan finalmente cuán imprescindible es el trabajo de todos.

Y seguidamente el Canciller anuncia a las fuerzas del trabajo los objetivos del primer año: la instauración del Servicio de Trabajo Obligatorio, para que cada cual — independientemente de su futura función— aprenda la ética del trabajo manual, y juntamente con sus connacionales, llano y sencillo como ellos, produzca durante un año por el bien de la Nación; la liberación de la iniciativa creadora del conjuro de fatales decisiones mayoritarias, estructurando una conducción económica orgánica; una generosa y plena ocupación, para volver a incorporar el ejército de millones de desocupados al proceso de producción; la rebaja de las tasas de interés; la nueva construcción de carreteras; un nuevo ordenamiento de la política comercial, etc.

¡Teoría! Como dirán al unísono los escépticos, los enemigos de la Nueva Alemania, los eternos descontentos. Pero, con razón, el Führer llama como testigo a la historia, en la que de 7 hombres se hizo un Movimiento de millones y de un Movimiento un Estado, en la cual la idea de un puñado de hombres se convirtió en un ideal estatal revolucionario, de tan descollante grandeza como jamás fuera concebido en el mundo.

Si esta "utopía" se hizo realidad, ¿no podrá hacerse realidad también esta otra "utopía" de procurar nuevamente trabajo al pueblo y transformar la economía en una unidad integral de producción orgánicamente desarrollada?

El Führer lo cree y también los millones de seres que se hallan en medio de la noche, sobre el campo iluminado por los reflectores.

Estruendosamente se eleva el ¡Heil! hasta el cielo.

Ellos confían incondicionalmente en su Führer, en su Canciller.

"No rogamus al Todopoderoso: ¡Señor, haznos libres! Queremos y debemos trabajar y luchar nosotros mismos. Queremos bregar fraternalmente juntos para que alguna vez podamos presentarnos ante el Señor, y decir: Señor, Tú ves, hemos cambiado. El pueblo alemán no es ya el pueblo del deshonor, de la autolaceración, del apocamiento y de la pusilanimidad. No, Señor, el pueblo alemán ha vuelto a ser fuerte en su voluntad, fuerte en su perseverancia, fuerte en soportar los sacrificios, fuerte en su espíritu.

Ahora, Señor, bendice nuestra lucha por nuestra libertad y tendremos nuestra Patria alemana".

Potente resuena el Himno de Alemania sobre Alemania. Un millón y medio de trabajadores lo cantan, 50.000.000 lo escuchan junto a los altoparlantes.

El Cuerpo Diplomático se ha puesto de pie.

"Algo así nunca lo habla vivido", dice en voz baja uno de los embajadores a su vecino.

"Si tuviéramos un Hitler", murmura en respuesta el otro.

"¡Y un pueblo semejante!"

Sl. Un Pueblo semejante y un Führer semejante...

Ambas cosas deben ir unidas.

Son inseparables el Führer y su Pueblo, el Pueblo y su Führer.

Tres meses más tarde 2.000.000 de personas tienen otra vez trabajo y pan en toda Alemania.

Hay sólo una nobleza, señalan los carteles.

"Pueblo: honra el trabajo. Te honras a ti mismo".

Al resplandor de incontables antorchas, bajo el crepitar de gigantescos fuegos de artificio llega a su fin el 1° de Mayo.

El Día de la Fiesta del Trabajo Nacional.

Las máquinas vuelven a ponerse en movimiento, las ruedas giran velozmente y cantan, las sirenas ululan, las chimeneas arrojan humo y vapor. Los martillos truenan, los altos hornos resplandecen, rojos e incandescentes, y en las minas martillean los mineros... por Alemania, por Alemania, por Alemania...

Ahora ¡por fin! sabe el trabajador alemán para qué trabaja.

A partir de este día tiene un gran hogar, una Patria.

La disolución de los partidos

¿Qué hacen en una patria unificada, en una nación unificada, en un pueblo unificado, los partidos?

Cuando un pueblo está unido vive completamente integrado por *una* Idea, marcha conjuntamente hacia *una* Meta, ¿no ha de querer expresar y representar, entonces, cada partido —y aunque existieran centenares— exactamente lo mismo? Naturalmente debe ser así, y, por consiguiente, es a todas luces insensato que haya más de *un* partido si existe *una* sola voluntad.

Se disuelven, pues, sin tambores ni trompetas, o con un poco de ruido, los viejos partidos. Su tiempo ha pasado, en él prosperaron y fueron su expresión, y así como este tiempo pasó, del mismo modo también pasan ahora ellos.

La mayoría lo entiende sin más y a aquellos que no lo quieren comprender, o que por lo menos no admiten que, por supuesto, hace mucho que lo han entendido, el pueblo los ayuda con una suave presión.

Y luego de un mes existe ya sólo un partido, el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores. Y tampoco él ya no es más un partido, no fue en realidad nunca un partido, puesto que solamente se llamaba así porque en el Estado liberal-democrático, obviamente, no se podía actuar sin tener forma de partido, y el Führer habla jurado acceder legalmente al poder. Desde un principio fue y es, con mayor razón ahora, un Movimiento, el Movimiento Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores. Y de esta manera a la voluntad uniforme del pueblo alemán responde su estructuración política: el fin de los partidos, la representación exclusiva del Pueblo unificado en un Reich unificado, mediante un Movimiento unificado.

El Führer y el mundo

El día miércoles 17 de mayo es convocado sorpresivamente el *Reichstag*.

La situación internacional y especialmente lo que acaece en la Conferencia de Desarme hacen necesario que el Gobierno alemán exponga ante la opinión pública mundial su posición.

¿Dónde mejor que en el *Reichstag* podría efectuarse tal exposición?

En forma impresionante esboza el Führer, interrumpido continuamente por calurosos aplausos, los problemas nacionales, políticos y económicos, que se generaron a consecuencia del Tratado de Versailles.

Enérgicamente subraya que, como es lógico, la limitación y, peor aún, la tentativa de destrucción de los medios de existencia de una nación constituyen, en todos los tiempos, una fuente de conflictos entre los pueblos.

Con claridad se refiere al problema de las reparaciones, poniendo en evidencia que ellas tienen que provocar invariablemente no sólo la ruina de la economía de Alemania, sino la de todos los países de la Tierra.

"Es culpa del Tratado de Versailles", afirma con énfasis el Canciller —y sus palabras se propalan por las radioemisoras de casi todo el mundo—, es *culpa del Tratado de Versailles el haber iniciado una época en que la aritmética financiera parece aniquilar la sensatez económica*.

La crisis económica internacional es la prueba irrefutable de la exactitud de esta afirmación.

Para justificar las medidas del Tratado de Versailles, contrariando la más sagrada convicción del pueblo alemán y de su gobierno, Alemania debió ser marcada con el estigma de la culpabilidad de la Guerra Mundial.

Este es un procedimiento que soluciona de una vez por todas el origen de los conflictos humanos: la culpa la tiene el vencido, ya que el vencedor tiene siempre la posibilidad de que esta aseveración figure en la introducción de un tratado de paz.

Este proceso es tanto más terrible cuanto que la descalificación de un gran pueblo, al que se relegó a la categoría de nación de segunda clase, fue proclamada en el mismo momento en que nacía una Liga de las Naciones.

Pero ninguna guerra europea estaría en situación de mejorar las condiciones actuales. Por el contrario, el estallido de semejante desvarío habría de conducir al derrumbe del actual orden político y social.

Es el deseo absolutamente sincero del Gobierno Nacional del Reich alemán el evitar tal evolución bélica, brindando su leal y activa colaboración.

Este es también el sentido interior de la Revolución realizada en Alemania.

Los tres puntos de vista que dominan nuestra Revolución no contradicen en modo alguno los intereses del resto del mundo.

Primero: evitar la amenazante subversión comunista.

Segundo: reintegrar al proceso de producción a nuestro ejército de millones de desocupados.

Tercero: restaurar un sistema gubernamental estable, que sostenido por la confianza de la Nación torne apto a este gran pueblo para concertar tratados.

Nuestro nacionalismo es un principio que como visión del mundo encierra, ante todo, obligaciones.

La identificación, fundada en infinito amor y lealtad, con nuestra propia nacionalidad implica respetar, sobre la base de esta misma concepción, los derechos nacionales de los otros pueblos.

Por eso también nos resulta extraño el concepto de "germanización".

Pero reaccionamos en forma igualmente apasionada contra el intento inverso.

El estruendoso aplauso del *Reichstag* corrobora las palabras del Canciller.

Una vez más el Führer constata que Alemania se ha desarmado realmente.

Con la extraordinaria precisión que es propia de todas sus exposiciones formula seguidamente la voluntad de paz de la Alemania Nacionalsocialista, con estas palabras:

"Alemania estaría sin más dispuesta a desarticular integralmente la totalidad de su organización militar, si las naciones vecinas hacen lo propio en la misma forma total. Alemania no piensa en ataque alguno, sino exclusivamente en su seguridad".

Sintéticamente, de manera terminante y objetiva, el Führer demuestra al término de su discurso que Alemania no tiene ninguna razón para permanecer en la Liga de las Naciones, si en ésta existe constantemente el propósito de difamarla.

Luego delinea con impresionante sencillez los rasgos básicos de la política exterior del Reich Nacionalsocialista.

Es tan franca y clara como ha sido la política de Adolf Hitler.

A continuación se aprueba por unanimidad una resolución del NSDAP, que escuetamente declara:

"El Reichstag alemán aprueba la declaración del Gobierno del Reich y, sin excepciones, en esta vital cuestión respecto de la igualdad de derechos del pueblo alemán, decisiva para su destino, se coloca detrás del Gobierno del Reich".

Con el Himno de Alemania concluye la grandiosa proclamación de las máximas de la política exterior nacionalsocialista.

Una política exterior de honor y de paz.

Otras manifestaciones después de la toma del poder

Los acontecimientos políticos del año 1933 no han de hacer olvidar los grandes días de Kiel y de Stuttgart. En Kiel, las maniobras de la Flota, y en Stuttgart la Fiesta de la Gimnasia, que constituyó un subyugante pronunciamiento.

No era la primera vez que Adolf Hitler visitaba la Flota alemana. En medio de las luchas electorales del año 1932 halló tiempo para estar algunas horas con los muchachos azules y visitar un crucero alemán.

Pero en esta oportunidad fue el aclamado Canciller quien llegó a Kiel para saludar a la Flota alemana y presenciar las exactas y bellas maniobras.

Un avión transportó al Führer hasta Kiel. Desde él pudo tener una visión panorámica de la Marina alemana actual, dotada de unos pocos cruceros y lanchas torpederas. Ni un solo gran acorazado, ni un solo submarino se divisaban.

Pese a ello, el modo en que los pequeños buques viraban y realizaban su formación denotaban que, si bien el Dictado de Versailles destruyó las naves, no pudo quebrar el espíritu de la Marina alemana. Y así como a aquél no le fue posible despojar al pueblo alemán de su confianza y amor por la Marina, tampoco logró la revuelta de 1918 destruir el espíritu hermoso y puro de los Chaquetas Azules.

En compañía del ministro Dr. Goebbels y de los titulares de Defensa y de Aviación del Reich, así como del *Reichsführer-SS*¹, el Canciller se trasladó a bordo del crucero *Leipzig*, donde fue recibido por el comandante en jefe de la Marina, almirante Raeder. Y por los resonantes hurras de las dotaciones y oficiales.

¡Cómo se desplazan cual flechas, en aparente confusión, los jóvenes de los grandes botes y de los galgos del mar, las veloces lanchas torpederas! En este día han querido dar lo mejor de sí: el Canciller del pueblo debía comprobar de lo que son capaces de rendir los marinos alemanes.

Como arrastrada por un cordel la Escuadra parte humeando de la bahía. En impecable línea de quilla los barcos se desplazan.

La fresca y límpida brisa marina, que agita sus cabellos mientras observa con atención la marcha de los cruceros, es grata al Führer. Numerosos pensamientos pasan por su mente al contemplar los grises barcos de guerra con sus destellos plateados. Evoca la escuadra del almirante Spee y su combate solitario en las Islas Malvinas, recuerda la batalla del *Skagerrak* que culminó victoriosa, pese a que se omitió lanzar a la lucha al conjunto de la Flota. Piensa en los triunfos del Mar Báltico, en el *Goeben*, que combatió heroicamente en los Dardanelos, en Weddingen así como en los valerosos submarinos, en el *U-Deutschland*, que se trasladó en plena guerra a Norteamérica, en las lanchas barreminas, en el heroísmo anónimo de los cruceros auxiliares. Y también en aquellos espantosos días de la revuelta de Kiel. Recuerda que en el pasado, precisamente en esa bahía, los criminales bolcheviques izaron la bandera roja en los acorazados de combate, cómo un Noske, allí, en Kiel, fomentó la subversión, y grupos compuestos en su mayor parte por pseudomarineros partieron de ese sitio volcándose sobre Alemania, difundiendo la revuelta y sembrando el horror, la miseria y la destrucción, saqueando y asesinando. También rememora la gesta de Scapa Flow, la bahía inglesa en la cual la Flota alemana, entregada y prisionera, se hundió, ondeantes los estandartes, bajo los sonos de la Canción de la Bandera, limpiando esta epopeya el honor de la Marina alemana, enlodado por los canallas de Kiel.

1. Conductor de la SS del Reich. (N. del T.)

También pasan por su mente los asaltos de la Marina y las luchas en los puertos alemanes, las acciones de los comunistas en el *Gängeviertel*² y los atracos de los asesinos rojos en Altona. Y hor último no puede olvidar que en las recientes elecciones las tres cuartas partes de la tripulación de los buques mercantes alemanes se pronunció por el NSDAP.

Y ahora se encuentra allí, para que la Flota sea revistada por el Canciller del pueblo alemán.

Brazo en alto saluda el Führer a su Marina. Su rostro trasunta alegría. En esta resplandeciente hora festiva, los jóvenes marineros han formado en perfecta alineación. Todo movimiento se ha detenido, excepto las cintas de las gorras que se agitan levemente.

Nuevamente el cuerpo de oficiales rodea al Canciller, mientras los fotógrafos accionan el disparador. Una vez más los hurras resuenan sobre las aguas y las banderas bajan saludando, tras lo cual el Canciller regresa a tierra firme.

Puede estar seguro: la Flota alemana le es fiel como el que más.

Si esta visita a Kiel tuvo como destinataria a la *Wehrmacht* alemana, en Stuttgart, en ocasión de la Fiesta Alemana de Gimnasia, se congregó el ejército del deporte, de la salud y de la ciencia alemanes, de la disciplina voluntaria al servicio de la ejercitación del cuerpo.

¡Qué espectáculo maravilloso cuando las gigantescas masas hicieron su entrada en el grandioso estadio natural del *Cannstatter Wasen*³! Todos en resplandeciente blanco muestran sus disciplinados cuerpos. Es una nueva y bella generación que ha obrado según el pensamiento de Adolf Hitler, quien en *Mein Kampf* hizo hincapié en la necesidad de no olvidar en aras de la educación del espíritu, el desarrollo y el dominio del cuerpo, afirmando nuevamente el antiguo ideal clásico de que sólo un hombre que ha aprendido a desarrollar su cuerpo para exigencias siempre cambiantes, manteniéndolo sano, flexible y vigoroso, tiene la posibilidad de realizar algo grande también espiritualmente.

Pocos como Adolf Hitler han reconocido tan claramente la necesidad del deporte y de la gimnasia para alcanzar un desarrollo armónico del carácter. Y por eso le proporcionó tan profunda alegría el ver reunida allí a la élite de la cultura física alemana, en un hermoso pronunciamiento, lleno de riqueza, por el futuro de la Nación, el que exige un ser humano fuerte, pleno de carácter, físicamente disciplinado y voluntariamente productor.

Las banderas tremolan al viento, se eleva la Canción de Alemania y luego la de Horst Wessel. Desde torres de 40 metros de altura lucen los colores del Nuevo Reich. Tiene lugar después la exhibición, que permite advertir el gozo con que los hermosos cuerpos, allá abajo, se mueven sobre el verde césped, llevando a cabo con destreza y agilidad singulares los más difíciles ejercicios que ponen de manifiesto una gran aptitud, tanto en la contienda individual como en la competencia de equipos y en las pruebas conjuntas.

Con justa razón puede sostenerse que un pueblo que posee una juventud semejante no puede sentirse excluido de la historia universal, no puede sucumbir en la medida que a su capacidad física corresponda también una conducción política igualmente capaz y orientada al cumplimiento de los máximos objetivos. Y bien: ¿no es esta fiesta deportiva, fundamentalmente, una expresión del acontecer político y de las necesidades políticas del Reich?

2. Barrio de las callejuelas. (N. del T.)

3. Prado de Cannstatt. (N. del T.)

¿No muestra cuán necesario es empeñarse en cualquier ocasión hasta lo último, bregar en todas partes con la máxima disciplina, con absoluta entrega, por la solución de los problemas?

Aquí vemos la precisión de los ejercicios libres realizados en masa. Una Voluntad dirige a cientos de miles, a una voz de mando bajan los cuerpos, vuelven a enderezarse, oscilan a derecha e izquierda, se inclinan, giran, creando así, con incondicional subordinación a una idea directriz, a una orden, un cuadro inolvidable de subyugante integración. ¿Quién en el transcurso de estos ejercicios no pensó en los grandes desfiles, en las febriles concentraciones masivas, en el Movimiento mismo, en el cual también una voluntad uniforme, una inmensa disciplina fundada en la subordinación voluntaria, supo crear un cuadro fascinante de estructura unitaria?

Después, otra vez los ejercicios individuales cubrieron el amplio campo. Vigorosas demostraciones en las paralelas, la barra y el potro, en las pruebas de atletismo, en el lanzamiento de la jabalina y en los juegos de balón. E igualmente el espectáculo recordó los sucesos políticos. Del mismo modo que allí cada uno, que, hasta hace unos instantes se hallaba integrado efectuando los ejercicios colectivos y moviéndose conforme a una voz de mando, cumple ahora por sus propios medios su cometido, así también cada dirigente del Partido, cada conductor SA, cada miembro, cada hombre SA se enfrenta a sus deberes, de igual manera que cada compatriota alemán, lo cual exige el esfuerzo individual de todos.

Pero la aptitud individual y la grandiosa subordinación e integración de las masas a una conducción unitaria tienen sentido únicamente si responden a una finalidad superior: la victoria de la Comunidad y la afirmación de la camaradería.

Las pruebas de conjunto, ya se trate de carreras de postas o de combates grupales, revelan la importancia del rendimiento de cada uno, pero éste no se realiza en aras de la gloria y del éxito personales sino para asegurar el triunfo colectivo, la victoria de todos los camaradas. Estas tres diversas formas de la competición deportiva se entrelazan dando como resultado el fortalecimiento del carácter, trabajando sin tregua por un objetivo superior.

Al subordinarse el éxito personal al interés superior de la comunidad, se consigue que cientos de miles, de millones de seres se integren en una admirable unidad: he aquí reflejada la imagen de la educación política del pueblo alemán, tal como Adolf Hitler la realizó en forma genial ante nuestros ojos. Del trabajo individual surgió finalmente aquella subyugante manifestación masiva de 40.000.000 en pro de la libertad y de la paz.

El espíritu de Jahn resplandecía sobre Stuttgart, el espíritu del fervor de la juventud alemana por el Reich. Y por Adolf Hitler, en quien el pueblo alemán encontró al realizador de antiquísimos sueños.

Lo trascendente no fue el Stuttgart colmado de banderas ni los desfiles entusiastas, ni tampoco los homenajes y el júbilo ardoroso que todos brindaron a Adolf Hitler: lo grande consistió en el hondo sentido inherente a esta primera Fiesta Alemana de Gimnasia, realizada luego de la Revolución Nacionalsocialista, que trasuntó simbólicamente, plasmado en cuerpos, la vida política del pueblo alemán, su trabajo y sus finalidades.

Y cada uno de los presentes lo sintió así, de ahí que los gritos de ¡Heil! resonaran tan vigorosos, de ahí que haya sido una fiesta como raras veces la haya vivido Alemania.

Toda verdadera revolución debe partir de las tradiciones del pueblo. Sólo cuando mantiene la conexión con el pasado glorioso, nutriéndose en él de la fuerza para crear con su mismo espíritu algo enteramente nuevo, tendrá persistencia.

Difícilmente pueda existir en el mundo una revolución tan rica en tradiciones, más consciente del pasado, que la nacionalsocialista.

En todas partes sentimos esto, en todas partes se expresa visiblemente. Y la Revolución no necesita tampoco hacer alto ante el pasado más reciente, no tiene

necesidad de retroceder a los más lejanos siglos, no, puede establecer, con la precisión de un día, dónde la historia alemana se interrumpió por 14 funestos años.

Asimismo puede celebrar al héroe de su pasado más cercano, al héroe de la lucha de cuatro años contra un mundo de enemigos, el *Feldmarschall*, el Presidente del Reich. Puede prodigarle, por fin, todos los honores que la democracia weimariana, sin tradición ni respeto le negó deliberadamente, a pesar de que no ignoraba, por supuesto, que debía honrarse a este hombre ante Dios y ante la historia.

Pues bien, la Revolución Nacionalsocialista compensó esto en forma tan grande y solemne como fue capaz de hacerlo.

Y lo hizo dentro de su espíritu, de modo sencillo, cordial, sin pompa ni falsa ostentación, pero tanto más profunda y solemnemente.

Ya inmediatamente después de la conquista del poder, el nuevo ministro de Aviación decidió que la máquina más grande y hermosa, el cuatrimotor D-2500, fuera bautizada con el nombre del gran conductor de ejércitos.

Poderoso y grande como el propio Hindenburg es el aparato que ha de llevar su nombre. Una obra maestra en cuyo timón, que tiene casi las dimensiones de una máquina deportiva, lucen los colores del Reich.

El acto bautismal es austero y solemne. En el aeropuerto de Tempelhof, festivamente embanderado, se escuchan las notas de la banda de la *Reichswehr*.

Lacónicamente hace uso de la palabra el. Presidente del Reich. A continuación el ministro de Aviación evoca las magnas hazañas ejecutadas por el *Feldmarschall*.

¿Qué podría ser más digno para llevar el nombre del Mariscal a todo el orbe que esta máquina poderosa, símbolo del renacimiento alemán, de la voluntad creadora alemana, que jamás y en parte alguna podrá ser doblegada? Sobre las tierras y los mares viajará este avión que no ha de llevar, por cierto, ni bombas ni destrucción. No. En la competencia pacífica de las naciones constituirá un *memento* de lo que el espíritu creador, no bélico, es capaz de brindar al mundo: un formidable monumento al trabajo y a la grandeza alemanes, pero también al amor por la paz y de nuestra disposición para ella.

Con estrépito se estrella la botella de champaña en la proa del gigante de los aires. Caen las envolturas que aún ocultaban su nombre, mientras se elevan los compases de la Canción de Alemania. En el fuselaje de la máquina, cuyos motores empiezan a trepidar, se va haciendo paulatinamente visible aquél: *Generalfeldmarschall von Hindenburg*.

El Presidente del Reich agradece.

¿Quién, en verdad, le agradeció alguna vez al Vencedor de Tannenberg por su hazaña? ¿Cuándo se lo homenajeó no con discursos y brillantes condecoraciones sino desde el corazón del pueblo que él liberó de la invasión de los rusos, cuyo destino cambió y que durante cuatro largos y difíciles años preservó de la invasión de los ejércitos enemigos?

En la democracia nadie.

Pero la Revolución Nacionalsocialista se ocupó de reparar esto. Y hay que reconocer que, obviamente, al *Generalfeldmarschall* también le complacía mucho más recibir un homenaje de ella que de los señores de 1918.

El 19° aniversario de la Batalla de Tannenberg se reunieron los Gobiernos prusiano y del Reich en la provincia de Prusia Oriental, con la asistencia del Movimiento, de las SA y SS, del *Stahlhelm* y del Ejército, y de miles y miles que acudieron prestamente desde todo el Reich, como peregrinos de la lealtad, para ofrecer su homenaje al anciano conductor de ejércitos y custodio de la tierra alemana, de la Patria que él había preservado con la espada.

Poco después de medianoche comenzaron a arribar las masas. Los caminos y carreteras se hallan colmados de una muchedumbre festiva, que entona canciones patrióticas. Las rutas están flanqueadas por juventudes que agitan banderas. Todos llevan flores para arrojarlas al paso del *Feldmarschall*.

Cuando llega la mañana, una resplandeciente luz solar ilumina la altísima cruz en el interior del Monumento, bajo el cual descansan 20 soldados alemanes desconocidos. Las banderas de asalto de la SS circundan el grandioso octógono y desde las almenas de las torres ondean los pabellones del Nuevo Reich.

Con el toque de campana de las nueve, los clarines inauguran la gran manifestación. 21 salvas anuncian al Presidente del Reich. Acompañado por Hitler y Göring, con paso firme, lentamente, hace su entrada en el Monumento a su batalla, saludado por un júbilo huracanado. El presidente de la provincia saluda al hijo de la tierra prusiana oriental, y se refiere a la aureola mítica que rodea al nombre de Hindenburg, al corazón henchido de gratitud de la provincia que únicamente tiene un deseo: que el nombre de Hindenburg quede unido para siempre con el suelo prusiano oriental. "También un pueblo pobre tiene el derecho y la obligación de honrar a sus grandes hijos".

Luego el presidente de ministros entrega la ofrenda del pueblo prusiano. Con énfasis recuerda la antigua tradición prusiana de honrar a sus conductores militares enlazando su nombre y su linaje al suelo por el cual lucharon. "Al Presidente del Reich, *Generalfeldmarschall* Paul von Hindenburg y Beneckendorff, Prusia le transfiere con veneración y gratitud, como una donación del país, la finca rural del fisco de Langenau y Forst Preussenwald, la que se unirá definitivamente con la propiedad originaria adyacente de Neudeck, para formar así un bien patrimonial familiar hindenburgués. Finca solariega Neudeck y Preussenwald".

Hondamente conmovido el Presidente del Reich toma el acta de cesión, la que ostenta el escudo estatal prusiano y el de la familia Hindenburg. De manera sencilla, viril y llana el Führer honra al Mariscal. Una vez más pone de relieve la fortuna de haber servido como simple cabo bajo el mando del venerado conductor de ejércitos. *"Hoy, con el corazón conmovido, aprecio como un magnánimo obsequio de la Providencia que aquí, sobre el suelo del campo de batalla más glorioso de la Gran Guerra, pueda expresar nuevamente a Ud., en nombre y representación de la Nación alemana unificada, el agradecimiento de todos con la más profunda veneración."*

Somos felices de poder celebrar este día de honor del pueblo alemán con aquel que antaño nos lo ha brindado".

El entusiasmo rodea el gigantesco monumento, extendiéndose por todo el país, en tanto estallan las exclamaciones de *¡Heil!*.

Después se hace un respetuoso silencio.

El Presidente del Reich se ha puesto de pie. Emocionado estrecha la mano de su Canciller. Tras ello, habla el vencedor de Tannenberg, el general de la Gran Guerra. Recuerda en primer término a los camaradas muertos en el Este y en el Oeste y en todas las partes del mundo donde existió un frente alemán.

Las banderas bajan, y se entona con unción el *Buen Camarada*. Decenas de miles de brazos se extienden, inmóviles, en saludo a los héroes muertos.

Y seguidamente el *Feldmarschall* pronuncia las magníficas palabras: *"Sobre este campo de batalla me han sido otorgados honores frente a los cuales deseo aclarar que sólo he cumplido con mi deber"*.

Así acepta el homenaje, como símbolo y signo de la firme unidad de su persona y de sus descendientes con el antiguo suelo natal prusiano.

Ovaciones interminables acompañan al Presidente del Reich cuando pasa revista al frente de la Reichswehr y de las SA y SS.

Un homenaje digno de Alemania ha terminado.

Mientras Hindenburg bajo un baldaquín de flores, júbilo y brazos alzados viaja de regreso a Neudeck, el Führer se traslada velozmente en avión al Rhin, atravesando Alemania, para hablar en el *Deutsches Eck* a los compatriotas del Territorio del Sarre —a los pies del Monumento de Niederwald— de la unidad del Reich Alemán, de su historia y de su porvenir, manifestándoles que no está dispuesto a renunciar ni a un solo alemán.

En el Este y en el Oeste habló el Führer, en todas partes estuvo presente, en todas partes como custodio y defensor del Reich, simbolizando de ese modo en este día, con su propia persona, la potencia del Movimiento Nacionalsocialista y la unidad del Reich renovado.

Hitler y el trabajador alemán

"Asesino de trabajadores", "sirviente de los capitalistas", "defraudador de los trabajadores", lo llamaron alguna vez los bonzos rojos, pero ya entonces era dable percibir en la gritería la envidia, la ira. Porque hasta los inculcadores a latigazos de la lucha de clases de la 2da. y 3ra. Internacionales sabían perfectamente que estos epítetos insultantes eran mentiras. En cualquier otro lado quizá tales calificativos hubieran podido tener algún sentido, pero en el caso de Adolf Hitler eran insustanciales, ridículos, inmensamente absurdos.

Cuando los cronistas del Primer Día del Partido en Weimar, en 1926, informaron que del Territorio del Ruhr había llegado una delegación de trabajadores mineros, tras viajar durante cuarenta y ocho horas sobre viejos camiones alquilados, para saludar, sólo para ver durante un par de horas a su Führer, a Adolf Hitler, las gacetas burguesas no entendieron esto. ¿Cómo? ¿Los obreros, pues, no eran rojos? ¿No era que los trabajadores estaban con la Comuna, o a lo sumo con el SPD? ¿Obreros nacionales? ¡Pero si no existe algo así!

Y las gacetas a quienes esto extrañaba más que a todos y que observaban asombradas tal hecho como un milagro incomprensible, como un cuento expuesto desvergonzadamente, no eran, por cierto, las marxistas. ¡Oh, no! Estas hablan entendido demasiado rápidamente este milagro. Era precisamente la prensa burguesa la que estaba preocupada.

A tal extremo ya se había llegado —pocos años después de que un poeta-trabajador, había cantado que el hijo más pobre de Alemania era también su hijo más fiel—, que los "nacionales" se maravillaban de que un trabajador pudiera tan siquiera concebir la idea de tener algo así como un sentimiento nacional.

¡Adolf Hitler y el trabajador alemán! Este es, realmente un tema sobre el cual habrá de escribirse un día un libro muy voluminoso y denso. ¡Adolf Hitler y el trabajador alemán! Un tema inagotable, un tema que es el más hermoso que posee el Movimiento Nacionalsocialista.

¿Qué había acaecido durante los viajes en ocasión de las elecciones, cuando el auto del Führer corría velozmente de ciudad en ciudad, de localidad en localidad, de asamblea en asamblea, de Nuremberg a Munich y de Munich a Stuttgart y de Stuttgart a Mannheim en un sólo día? Pocas horas había dormitado el Führer, se había hecho muy tarde luego de la última asamblea. Tras ello se había reunido con los jefes de administración, con los *Gauleiter* y los conductores de la SA. Recién alrededor de las cuatro de la mañana Adolf Hitler pudo retirarse a descansar. A las seis está nuevamente en pie y a las siete el coche parte a toda velocidad. A las diez de la mañana está programada la primera concentración.

Pero de repente chirrían los frenos, deteniendo su vertiginosa marcha el *Mercedes* negro. ¿Qué pasa?

Unos obreros se encuentran al borde del camino ocupados en preparar las piedras para la reparación de la carretera. Ni siquiera levantan la vista cuando el vehículo se detiene repentinamente, pero como alguien los llama, se aproximan desconfiados. Un hombre les habla, un hombre cuya cara está ceñida con una gorra de automovilista...

Los trabajadores se muestran alborozados, en tanto el hombre continúa interrogándoles sobre esto y aquello. Por sus familiares, por el monto de sus salarios y si estuvieron mucho tiempo sin trabajo... hasta que el coche vuelve a ponerse en marcha y se aleja velozmente.

¿Quién era ése?

No siempre podía responderse a esa pregunta, pero allí donde se reconoce al hombre jubiloso ¡Heil! ¡Heil! siguen al coche. El hombre que estaba ahí, adelante, en el auto, sí, ¡ese era Adolfo Hitler!

Y más de uno que, desocupado y cansado, deambulaba por las calles, que no sabía donde iba a recostar su cuerpo a la noche, vio detenerse imprevistamente a su lado un auto y sintió entre los dedos algunos cigarrillos y una moneda de tres marcos, y antes de que comprendiera lo que sucedía una nube de polvo lo habla envuelto. Adolf Hitler viajaba a través de Alemania...

Si, lo aman los trabajadores alemanes.

Ellos lo saben: éste es uno de nosotros.

Este no es un reaccionario presumido, un cazador de cargos ávido de poder, este no es uno que nos traiciona por un sillón de ministro, uno a quien le impresionan las condecoraciones y los honores. Este es uno que siempre seguirá siendo él, llano y sencillo, siempre Adolf Hitler. Y aunque todo el poder del mundo estuviese a sus pies, no sería diferente de lo que es: un trabajador, un trabajador alemán. Sólo que trabaja en otras cosas que ellos, que ya no está en una obra sino en un foro, sólo que no acarrea ya piedras y argamasa para construir una casa sino un Reich... el primer trabajador de Alemania.

No. No los va a traicionar. Ha vivido la existencia estrecha, sencilla y dura de ellos. Vive aún hoy como ellos trabajando catorce horas por día. No, no se ha vuelto altanero en la fortuna, como no se desanimó en la desgracia. El sabe quién es el trabajador alemán y toda felicidad y todo brillo no serían nada si tuviese que entregar por ello la felicidad y la vida de uno solo, del más modesto trabajador alemán.

Está entre ellos, concurre a las fábricas y conversa con ellos, sin el menor temor de que alguno lo pudiera abatir a golpes, porque sabe que ningún trabajador alemán hace eso. Los tiempos en que un trabajador ultimaba a otro, un compatriota al otro, esos tiempos han pasado.

Así ellos van hacia él, así él va hacia ellos: como trabajador, amigo y camarada.

Ahí están parados los leñadores de Baviera. Dejan descansar por un momento las sierras y las hachas... Su mano dura, callosa, estrecha la mano del Führer y se miran a los ojos, ninguno de los dos baja la vista ante el otro. Y ahora hablan de las preocupaciones y deseos, y de la fe y de la confianza esperanzada.

¿Corno fue eso antes con los otros, los "dirigentes obreros"?

¿Hablan trabajado alguna vez? ¿Hablan estado alguna vez en una obra?

¿O no habían acaso empezado en cualquier canonjía de partido o sindicato, subiendo luego de escalón en escalón con demagogia, con azuzamiento, calumnias e intrigas? ¿No hablan tenido sus pingües sueldos de "secretario" y sus extras de "funcionario"? ¿No provenían por ventura del mundo judeo-burgués —existencias frustradas, que hasta la burguesía habla escupido—, y que ahora simulaban no sólo el obrero sino más aún, el representante de los trabajadores?

¿Es que atendían al obrero que quería hablarles? ¿Se habían detenido, por casualidad, en la carretera para dialogar con los obreros e infundirles nuevo valor y nueva esperanza?

¿Les hablan dado un hogar grande, una Patria?

¿No es que, por el contrario, los empujaron cada vez más profundamente en la existencia de *pro letas*?

Y ahora ahí está un hombre, un trabajador como ellos todos. Y hablan y él participa de sus preocupaciones personales y llena sus almas con nueva fuerza, diciéndoles y probándoles con su propia existencia que el trabajador es un ser humano, un compatriota, tan valioso y tan importante como cualquier otro compatriota.

Entonces descansan las sierras, los martillos y las hachas por un rato y los ojos miran a los ojos profundos y abiertos de su Führer.

Y lo saben: con él todos se hallan a buen resguardo.

Este hombre no traiciona.

Y esta imagen se repite en el Este y en el Sur, en el Norte y en el Oeste, en Schleswig lo mismo que en Badén, en Sajonia, junto al Rhin, en Han-nover como en Berlín, en el Territorio del Ruhr como en el paíssuavo.

Y es absolutamente indistinto sí son los muy jóvenes, que con quince años se hallan en aprendizaje, o los septuagenarios que pronto serán llamados al descanso tras una vida plena de trabajo y fatigas, si se trata de hombres o de mujeres... en todas partes resplandece la misma alegría: Hitler, Httler... lo han visto en asambleas y leen a diario sobre él, lo ven en las revistas ¡ilustradas y en los periódicos, oyen su voz en la radio y en el cine, pero ahora llega en persona, y por un rato lo tendrán sólo para ellos, sin los centenares de miles de aclamaciones de *¡Heil!* de las manifestaciones masivas. Frente a frente se hallan y no quisieran dejar su mano... y continuamente mirarlo...

Jamás un pueblo amó a un hombre más que a este trabajador Adolf Hitler.

El arquitecto del Reich.

¡Cómo brillan los ojos! Se encuentran allí los campesinos suaves, el rostro profundamente surcado de los ancianos, que mucho vieron en el transcurso de sus vidas. Por ah! aparece la patrona de la finca, que ahora dirige la economía del establecimiento. Y todos agitan las manos y una gran alegría, una maravillosa dicha transfigura los rasgos duros, surcados por arrugas de años de trabajo.

¡Adolf Hitler!

¡Adolf Hitler!

E igual acaece en la metrópoli.

En ese momento el Führer pasa por la calle, y como es su costumbre está de pie, junto al conductor del auto, descubierto. Desde las ventanas y balcones se agitan las manos, se produce un griterío entre la gente, todo el mundo ha abandonado los implementos de trabajo precipitándose para ver al Führer. Aquí puede observarse también la extraordinaria alegría que se refleja en los rostros, tornándolos bellos y alegres...

No necesitan siquiera aclamar, gritar jubilosos estos cocineros, por ejemplo, que asomados por la ventana alzan los brazos. Se lee en sus caras: sus corazones se manifiestan con fuerza más que suficiente.

¡Nuestro Hitler!

¡Nuestro Hitler!

¡Somos trabajadores alemanes y allí pasa nuestro Canciller!

O en aquel pequeño poblado. El auto se detiene y ese connacional alemán trabajador, sano, modesto, ha reconocido al Führer y se acerca, despaciosamente, a saludar a su Führer.

No está cohibido y tampoco es servil. Libre y francamente mira a Adolf Hitler a la cara, y libre y francamente el Führer habla con él.

Dos camaradas, dos alemanes, dos trabajadores alemanes conversan. Con atención escucha aquél lo que Hitler le dice, para que no se le escape ninguna palabra. Entretanto, sus hijos permanecen a prudente distancia. Ellos respetan la conversación porque así lo entienden: acá conversan dos hombres y puede ser que hablen de cosas serias e importantes.

Y el hecho de que uno de los dos se halle en mangas de camisa, sin saco y con gorra, y que el otro lleve un sobretodo de cuero y gorra de automovilista y viaje en un *Mercedes* ¿importa algo esto?

E! lugar de trabajo de uno está aquí, en esta pequeña localidad, y el del otro es toda Alemania, debiendo trasladarse de un punto a otro (esta mañana debe trabajar aquí, a la tarde allá y a la noche también en un tercer sitio], y por eso debe tener un coche, rápido y confiable, para que siempre pueda llegar a tiempo donde el trabajo lo aguarda. ¿Pero esto implica una diferencia? Ambos trabajadores contestan que no, el compatriota desconocido en- la pequeña villa desconocida y el Canciller opinan que no importa nada en absoluto y que únicamente tiene importancia que los dos juntos, cada cual en su lugar y cada uno a su modo hagan el deber al ciento por ciento.

Porque no interesa qué trabajo hace uno, sólo que lo haga y cómo lo haga.

Y que ninguno sea dominado por la soberbia ni tampoco se subestime. Que todos sepan: son trabajadores para Alemania.

Y es siempre idéntico cuadro: donde el Führer se detiene, donde se acerca a su pueblo y habla con sus trabajadores, allí no hay barrera, ni exclusivismo, ni muro divisor. No. Ahí se entienden en el acto el Canciller y el hombre de la calle, el peón de campo tanto como el minero, el hombre de la fábrica como el albañil. Aquí está el Führer y aquí está el trabajador alemán, y los dos, Hitler y el trabajador, saben mutuamente lo que valen. Y no habrá poder en el mundo capaz de erigir entrambos una pared.

Ningún monarca, canciller, dirigente partidario ni Kaiser fue jamás comprendido, amado de tal manera por su pueblo. Y sin duda alguna está bien que el pueblo hable de él como de uno de la familia. Es que Adolf Hitler pertenece a ellos, y cada uno pertenece a él, exactamente como si fuesen de una misma familia, y ¿es que no son miembros de la gran familia de los alemanes?

Adolf viene. Adolf ya lo hará.

Adolf ya sabe lo que es necesario...

No dicen "el Canciller", "el Conductor del Partido", "el señor Hitler".

Dicen: "*Mi Führer*". Dentro del Partido.

Y dicen "Adolf". En todas partes ello es usual en el pueblo.

El, uno de nosotros. Nosotros, todos de él...

Y sencilla y llanamente, sin alharaca, algo nuevo crece en Alemania...

Lo que aún nunca hubo.

Lo que quizás nunca más volverá a haber...

Que realmente todo el pueblo gobierna.

A través de Adolf Hitler. Porque Adolf Hitler es el pueblo.

¿El exterior se tomará, quizá, alguna vez la molestia de escuchar con atención la voz de los trabajadores alemanes de la ciudad y del campo? Quizás oigan algún día que estos hombres modestos se expresan de ese modo: "*nuestro Adolf*"...

Hitler y el trabajador alemán...

No hay nada en el mundo que pueda producir mayor orgullo que esta liga de confianza y de firme esperanza...

Y porque sabemos esto, porque cada día nuevamente alborozados lo reconocemos y experimentamos, por eso también creemos que el Tercer Reich saldrá airoso ante la Historia.

El Dr. Goebbels

Al lado del Führer está el Dr. Goebbels. Como él constituye una personificación especialmente demostrativa del tipo de ser humano nacionalsocialista: inteligente, identificado con el pueblo, sencillo, tenaz y con inaudita capacidad de trabajo.

Como el Führer, también proviene de la capa de auténtica raigambre de la nacionalidad, muestra claramente su íntima conexión con el pueblo y la tierra.

Rheydt, la vieja ciudad poseedora de un espíritu de resistencia obstinada, cuyo orgulloso sentido de la independencia es conocido en toda Renania, es su ciudad natal. Y por dura que en años posteriores se haya desencadenado la lucha partidaria en Alemania, y por más grandes que fueran las diatribas, falsedades e infamias con las cuales se trataba de difamar al "Superbandido de Berlín" en toda Alemania y en el mundo, en su ciudad natal nadie, durante los catorce años, jamás lanzó un insulto contra su persona.

Hasta el órgano socialdemócrata de Rheydt se guardó de combatir de una manera sucia contra este hijo de la ciudad, y cuando ésta ofreció al Dr. Goebbels la dignidad de ciudadano de honor, votó a favor de ello no sólo la mayoría nacionalsocialista y burguesa sino también la socialdemocracia, signo éste de cómo pensaba la ciudad natal de su más grande hijo.

Difícil es la juventud de Joseph Goebbels. Cuando se desencadena en todos los frentes la Guerra Mundial, se halla cursando sus estudios secundarios. Ingresa luego a la universidad para, mediante un esfuerzo fervoroso, poder llegar a ser útil a la Patria, a través del estudio de sus bienes espirituales, ya que no lo podía hacer en el frente.

Cuando de pronto irrumpe la subversión. Todo aquello por lo cual el joven Goebbels pensaba trabajar pareció roto, desgarrado, aniquilado, extinguido.

Sin sosiego va de universidad en universidad. Pero en ninguna parte encuentra un sostén, una esperanza, antes al contrario, en todas partes el estudiante no observa más que nuevas devastaciones, nuevos derrumbes, nuevas desesperanzas.

Así llega en 1922 a Munich.

Y en Munich concurre por casualidad a una reunión política del NSDAP y oye a Adolf Hitler.

Durante dos horas habla este hombre, y lo que el Dr. Goebbels nunca sintió en los cuatro desesperados años, aquí surgió poderosamente dentro de él: el sentimiento de tener ante sí a un conductor, al conductor que estaba predestinado para salvar a Alemania, el hombre que se hallaba en condiciones de mover montañas con su fe, un hombre, en fin, en quien podía confiarse incondicionalmente y al cual seguir debía constituir no una vergüenza sino suprema dicha.

Y lo siguió.

Por de pronto, al producirse la lucha de defensa del Ruhr, el joven miembro del Partido se hizo presente como otros miles. Allí podía actuar, podía erigir las primeras defensas, no sólo contra una invasión de rapiña sino, además, contra un sistema que posibilitaba y toleraba esta invasión.

En la lucha por el Ruhr aprendió los misterios de la propaganda, y de la tenaz y consecuente tarea efectuada en un pequeño círculo. Pero también allí experimentó el luminoso hecho de la comunidad del pueblo. Observó cómo el trabajador se ubicó junto al soldado, el estudiante junto al profesional, y el director de fábrica junto al desocupado. Y cómo cada uno olvidaba la procedencia, el rango, la clase y la educación, unificándose todos al servicio de Alemania.

Y el Dr. Goebbels vio que todavía, cuando no se escuchaba la fraseología marxista, el hijo más pobre de Alemania era también su hijo más fiel.

Contempló el interior de miles de miserables viviendas obreras, permaneció al acecho con los mineros en las galerías subterráneas y se deslizó furtivamente con los obreros "rojos" a través de las calles y callejuelas, organizando la resistencia contra todo lo que se había preparado para destruir la Nación. Y aprendió el lenguaje de los trabajadores y de los labriegos, de los artesanos y de los "burgueses", de los soldados y de los estudiantes, de todos, de todos los que producen para Alemania.

Tras el derrumbe de la resistencia pasiva, después del derrumbe también del Partido bajo las balas de los traidores en Noviembre de 1923, Goebbels permaneció en su puesto en el territorio del Ruhr.

Con tenacidad organizó la lucha de liberación del Movimiento Nacionalsocialista, y prontamente la bandera de Adolf Hitler estuvo firmemente clavada en el rojo territorio del Ruhr. El hecho de que para el Día del Partido de Weimar, en 1926, obreros de la zona, obreros nacionalsocialistas del Ruhr se hicieran presentes fue la resultante de esa labor exitosa.

Y el Führer se lo agradeció al Doctor.

Rápidamente se percató de lo que este hombre podía dar al Partido, y le encomendó la más difícil, pero al mismo tiempo la más honrosa misión que el Movimiento podía otorgar: conquistar para la svástica a Berlín, la ciudad de cuatro millones, el corazón del Reich, la capital.

Casi imposible se presenta semejante empresa.

¿Qué son algunos centenares de nacionalsocialistas en la ciudad gigantesca, en la cual hace años la socialdemocracia y el comunismo tienen en sus manos a la mayoría, en la que gigantescos desfiles con las banderas rojas de la Comuna se realizan en las calles, en las que ni una sola manifestación burguesa ni nacional puede transcurrir sin que sea perturbada?

Una ciudad en la que no sólo el gobierno del Reich, sino más aún, el gobierno marxista prusiano suprimían y desbarataban cualquier intento de formación de un frente nacional.

Pero por sobrehumana que parezca la misión, el Dr. Goebbels no titubea un instante. Aunque no tiene a nadie en quien confiar en Berlín, aunque el Partido en la capital del Reich se halle desunido, y de esa manera totalmente incapacitado para la acción, él se pone manos a la obra sin dilación. El 9 de noviembre —este día parece estar determinado por el destino para jugar en la República de Weimar un papel siempre reiterado— de 1926 llega a Berlín.

Y comienza un combate sencillamente sobrehumano.

En pocos meses el nuevo *Gauleiter* limpia el Partido, expulsa a los elementos negativos, con los restantes forja un bloque duro como el acero, de decididos combatientes. Bajo su dirección la SA de Berlín se transforma en una tropa preparada para ofrecer resistencia a cualquier adversario.

Y cuando la Comuna marxista avanza para "golpear sobre la horma" al Dr. Goebbels y a su Partido, así como a todo lo que en Berlín tuviese algo que ver con Nacionalsocialismo y svástica, acabando definitivamente con todo en una formidable batalla de sala, sufrió por vez primera, en una batalla campal en regla, una terrible derrota. Y esto se produjo en los mismos salones del *Pha-rus*, que hasta ese momento fueron el exclusivo centro de reunión de los señores de la estrella soviética. Media hora duró la lucha —y aunque más de uno tuvo que ser llevado gravemente herido al hospital—, en medio de los escombros y la sangre permanecía incólume, victoriosamente, el estandarte de Adolf Hitler, estaba parado, el-pequeño y delgado joven *Gauleiter* Goebbels. Y habló, habló como se había propuesto hablar, del derrumbe del Estado clasista burgués.

Ningún tipo de persecuciones puede aniquilarlo, ninguna clase de acusaciones abatirlo.

Y cuando hubo pasado un año, no obstante la prohibición y el terror, puede enviar 700 hombres SA berlineses al Día del Partido de NQremberg. Combatientes fanáticos de la Idea, testigos para millares que entretanto se congregaron en Berlín en

torno del estandarte de Adolf Hitler y que estaban con él, estuviese o no prohibido el Partido.

Con 2.000 RM Goebbels funda *Der Angriff*¹, la hoja nacionalsocialista de la capital del Reich, y lo que a todos los demás les hubiera parecido una locura él fue capaz de hacerlo; él perseveró e hizo del periódico el arma más aguda en la lucha por Berlín. Y cuando la lucha final comienza en los años 1931-32, le puede ofrecer al Führer un Berlín en el cual ondean las banderas con la svástica, en el cual cientos de miles se pronuncian por el Partido y que posee una SA dispuesta a entablar combate con la muerte y el diablo, qué permanece impertérrita frente a cualquier tentativa de destruirla, frente a toda seducción, una tropa de élite, que pese al asesinato y la persecución cumple día y noche en su puesto con el servicio como (aldea lo manda).

En todo hombre SA vive Horst Wessel, el gran mártir del Movimiento, qué fue un hombre de la SA berlinesa. Y si el *Sportpalast*, si más tarde los halls de tenis o el estadio colmados, reventando de seres humanos, esperaban al Führer o a Goebbels, y si la calle en Berlín se encontraba nuevamente libre del terror marxista, y los pasos de marcha de la *Avantgarde* de la Revolución parda la hacían retumbar, todo esto fue la obra de cuatro años de lucha y tenacidad inauditas, de labor y fidelidad inauditas de un hombre. Y este hombre se llamaba Dr. Goebbels, *Gauleiter* de Berlín. El mejor organizador, el mejor propagandista del Partido, el general de sus victoriosas batallas electorales, el motor del Movimiento, el ídolo de los berlineses, tanto como el odiado enemigo de los marxistas.

Nunca un hombre en Berlín fue tan odiado, tan calumniado, tan combatido por todos los medios como este *Gauleiter* Goebbels, a quien los bolcheviques le endilgaron el mote de "el Superbandido de Berlín", pero tampoco nunca un hombre en Berlín llegó a ser tan popular, tan festejado, tan aclamado, tan venerado como este *Gauleiter*.

"El Doctor", así bien pronto se le comenzó a llamar, y aún en la actualidad, que es Ministro del Reich para el Esclarecimiento y la Propaganda, el Partido no lo llama de otro modo que "nuestro Doctor".

Es innecesario hablar del propagandista Goebbels.

Cualquier persona en Alemania, más aún, en todo el mundo, sabe que el Dr. Goebbels es un propagandista genial. Sus campañas electorales, su propaganda partidaria, su lucha por Berlín, su Día de la Nación que Despierta, su 1° de Mayo están vivos en el recuerdo de cada uno.

Nunca su propaganda hubiera tenido éxito si desde el comienzo no hubiese estado edificada sobre la verdad sin concesiones.

Nunca el Doctor mintió al pueblo, nunca lo engañó con adulaciones ni, como pregonero de mercado, le ponderó algo que después resultó ser mentira.

Eso se lo dejó a los señores de la socialdemocracia, a los señores de los 36 partidos "alemanes", para sufragar con tales recursos las luchas electorales.

Su propaganda consistió en la absoluta honestidad, en esa veracidad intransigente, fanática, que permanentemente llama la atención como signo más descollante del Movimiento Nacionalsocialista. Y todo su accionar no fue otra cosa que decir incesantemente al pueblo la Verdad, en propagar la realidad y la fe inconmovible, la esperanza y la decisión, la lucha y el coraje, la confianza y la unidad.

Con el empeño de todos los medios guió a las masas en forma constante hacia la grande, única Meta, al único camino recto: hacia el Hombre y la Idea que solamente eran capaces de salvar a Alemania y con Alemania a cada uno de los alemanes! Hacia Adolf Hitler y el NSDAP.

1. El Ataque. (N. del T.)

El Frente Alemán del Trabajo

Los viejos nacionalsocialistas recuerdan aquel 1° de Mayo de 1923 cuando Adolf Hitler habló sobre el sentido y esencia de ese día y envuelto por el aplauso entusiasta de la multitud dijo:

"Queremos ser nacionalsocialistas, es decir, no nacionalistas en el sentido corriente de la palabra, a medias. Para nosotros las tres palabras, amor, fe y esperanza son algo más que un slogan. Queremos amar a nuestra Patria con veneración y no tolerar ningún ídolo al lado de ella. Conocemos solamente un interés: el de nuestro pueblo. Tenemos fe en que alguna vez el Cielo unirá nuevamente a los alemanes en un Reich, y ello no bajo la estrella soviética, sino bajo el símbolo del trábalo alemán: la svástica. Entonces vendrá el 1° de Mayo".

Palabras proféticas. Ellas llegaron a ser el norte de la política nacionalsocialista en todas las cuestiones de la organización de los trabajadores en la lucha económica.

En forma rotunda rechazaba Adolf Hitler los sindicatos politizados, los sindicatos que se venden a un partido en lugar de consagrarse al pueblo, que entregan los dineros que han sido recaudados para apoyar económicamente a los productores alemanes, a los políticos de partido para sus sucios negocios.

De manera igualmente rotunda Adolf Hitler declinó destruir la representación de los obreros, los gremios en su sentido originario, librando al obrero alemán a la arbitrariedad del dominio del capitalismo individualista.

Con sarcasmo y desprecio calificaban él y sus colaboradores a las asociaciones "amarillas". Deliberadamente el Führer prohibió estructurar sindicatos nacionalsocialistas, no obstante la facilidad con que el Partido hubiese podido hacerlo. Porque el Führer vio con mayor claridad y amplitud la cuestión de la representación estamental, y no deseaba que el Movimiento repitiera los errores de los viejos partidos.

Como organización exclusivamente política y no gremial creó, junto con sus colaboradores, la NSBO, la que, en tenaz lucha formó las células, puntos de apoyo y grupos locales del Partido en las mismas empresas, esto es también en las empresas más rojas, obteniendo voz y voto en los consejos de empresa, atacando y venciendo de, esté modo al marxismo en su posición más fortificada.

A la infatigable labor de la NSBO hubo que agradecerle que en %l estamento de trabajadores alemanes las tropas de choque se unieran, que después de la exaltadora concentración del 1° de Mayo, de la fiesta genuinamente alemana de todos los estamentos productores, se estuviera en condiciones, prontas para la acción y adiestradas, de formar de los sindicatos marxísticamente infestados, encanallados y carcomidos, el Frente Alemán del Trabajo, conforme al audaz y genial plan del Führer. El Frente Alemán del Trabajo, que

bajo la conducción del Dr. Ley ha llegado a ser la compacta, única y auténtica representación estamental del trabajo productor alemán.

Una vez operada la ocupación de las sedes sindicales, luego de la confiscación de los bienes sindicales en *favor de los trabajadores alemanes*, se inició la edificación del nuevo organismo con insospechada prontitud y tenacidad.

Tras pocas semanas pudo el Dr. Ley comunicar al Führer: "El Frente del Trabajo está formado". Y se realizó a continuación la Primera Convención del Trabajo Alemán, que tuvo lugar en la sede del gremio de linotipistas, contigua al Campo de Tempelhof, en Berlín.

Recién el Frente del Trabajo, "la camaradería de todos los productores" — como el Dr. Ley lo designa—, garantiza realmente la integración orgánica, de amplias miras y uniformemente poderosa, de todas las fuerzas productoras.

Empresarios y trabajadores, dadores y tomadores de trabajo, están aquí unidos para la materialización de sus objetivos, de sus derechos y obligaciones. Asociados

como el propio destino los ha asociado, como sostenes de una estructura económica orgánica viviente, a la cual se hallan integrados, en cualquier lugar que sea, aquél tiene como significado fundamental el deber de trabajar y producir conjuntamente, en vez de enfrentarse.

Ahora, por fin, después de tantos años de , lucha de clases por ambos lados, se ha originado el gran frente común, erigido e integrado por la genial idea de Adolf Hitler.

Agentes fiduciarios del trabajo, únicamente responsables ante el Estado, los productores velan con máxima meticulosidad por la paz y la honestidad de la economía del pueblo, desempeñando sus funciones con imparcialidad y justicia, teniendo siempre presente en sus decisiones el provecho común antes que cualesquiera otros intereses.

El Dr. Ley, ex ingeniero de la J.G.-Farben, familiarizado con todas las cuestiones de la organización laboral, voluntario de guerra, aviador reiteradamente herido, uno de los primeros combatientes del NSDAP en el Bajo Rhin, tiene hoy 43 años de edad. Enérgico, denodado, es el hombre adecuado que ha sacado de bajo tierra esta organización gigantesca del trabajo productor alemán, que cuenta con alrededor de 20.000.000 de integrantes.

El sentido y la determinación de las metas del Frente Alemán del Trabajo los ha definido él en la primera entrega de las *Cartas de Adoctrinamiento del Frente Alemán del Trabajo*:

"Desde el punto de vista exterior el Frente Alemán del Trabajo reúne a todos los empresarios, empleados y trabajadores. Ya por esto solo ha de quedar manifiesto que todos los productores son trabajadores en el mejor sentido de la palabra.

Mientras el Estado liberal velaba simplemente sobre leyes y ordenanzas, el Estado Nacionalsocialista es educador y pedagogo de todo el pueblo.

Aquí, en el Frente del Trabajo todo lo que el joven alemán ha oído, visto y aprendido es profundizado, constantemente actualizado. Todos los instintos divergentes son refrenados y anulados, explicándose a todo alemán que él sólo tiene valor como miembro de una comunidad, pero que como ser individual separado del conjunto ha de sucumbir a los embates del destino.

De este modo, pues, la misión del Frente Alemán del Trabajo, es la educación para la comunidad".

El Frente del Trabajo se divide en las dos grandes columnas de los trabajadores y empleadores. Es conducido por el Dr. Ley, cuya dirección se ejerce por intermedio de la Oficina Central, la que se compone del Pequeño y Gran Convento. La dirección responsable reside en el Pequeño Convento, que se halla integrado por 21 dirigentes de los diversos departamentos. A él se agregan para constituir el Gran Convento los dirigentes de las 14 asociaciones de trabajadores, de las 6 asociaciones de empleadores, los 13 dirigentes de distrito, además de personalidades del movimiento laboral: el *Gauleiter* Terboven, Fritz Jolitz y el jefe de redacción del periódico del Frente del Trabajo, *Der Deutsche*¹, Fritz Busch.

Las dos columnas del Frente del Trabajo poseen administración financiera y personal pro-prios;*que son supervisados por un Consejo del Conductor. A la Oficina Central le compete la última decisión y el derecho de veto, para garantizar la dirección uniforme. La decisión no radica en resoluciones mayoritarias, sino siempre exclusivamente en el fallo responsable del conductor responsable.

Todas las Asociaciones están rigurosamente organizadas y subdivididas según su especialidad y ubicación.

1. El Alemán. (N.delT.)

En 13 Distritos y 13 Oficinas Laborales Provinciales, que corresponden a la participación del territorio del Reich, se realiza la tarea de las Asociaciones. 5 Cajas de Seguros por Enfermedades profesionales se encargan de que todo connacional productor encuentre ayuda financiera y asistencia médica en caso de incapacidad para ganarse el sustento.

Junto al adoctrinamiento y educación, la solidaridad nacional de autoayuda se ubica en el primer plano de la tarea. La función del seguro está reglamentada uniformemente, mediante la creación de una generosa y unitaria obra aseguradora, que abarca los más diferentes aspectos.

Eficaces institutos de crédito, con sólida base financiera, se encargan de la financiación de viviendas así como de proporcionar trabajo a todos.

Cientos de miles de desocupados ya han vuelto a tener trabajo y pan, debido al otorgamiento de créditos del Frente Alemán del Trabajo.

Sobre esta organización integral del trabajo se alzarán en el futuro la organización estamental de la economía, generándose de un elenco conductor y de las obligaciones y derechos correctamente distribuidos —de cuyo cumplimiento y salvaguardia velan tribunales estamentales autónomos—, un nuevo florecimiento de la economía alemana.

En ningún país del mundo existe una reunión tan grandiosa de todas las fuerzas productoras. Alemania puede, con razón, estar orgullosa del trabajo aquí realizado.

De golpe han sido eliminadas innumerables trabas a la vida económica, consecuencia de su insuficiente o perjudicial organización.

En el término de medio año fue realizada una obra que, para su cumplimiento, hasta en la Italia fascista requirió años.

Si alguna cosa ha llamado la atención en el exterior, es esta obra monumental ante la cual hasta la crítica más malévola guarda silencio.

Activos soldados del frente dirigen el Frente Alemán del Trabajo, trabajadores que durante años efectivamente se desempeñaron en las empresas y saben perfectamente lo que vale el trabajador alemán y lo que puede exigir.

Todos ellos seguirán viviendo en la historia de la Comunidad de Trabajadores Alemanes, cuando los nombres de los bonzos del sindicalismo marxista se hayan olvidado completamente. Porque éstos provocaron el desmembramiento, la impotencia, el desgarramiento de la comunidad laboral alemana y aniquilaron con ello su existencia, pero aquellos, bajo la conducción del Dr. Ley, consolidaron a los productores de Alemania en un bloque gigantesco, unificándolos en el pensamiento y en la acción y, de esta manera, les devolvieron el derecho a la vida, para bendición de todo el pueblo.

Hitler y su SA

Colaboración especial

*Del temor tan lejana,
de la muerte tan próxima.
¡Salve a tí, SA!*

En el espíritu de la SA el Nacionalsocialismo adquirió forma.

Sus rafees más profundas se encuentran en los campos de batalla de la Guerra Mundial. Allí permanentemente, cara a cara con la muerte, empalidecía todo lo que era sólo apariencia exterior, se sumergía todo lo vano. Únicamente lo auténtico, lo verdadero, lo viril, conservaba su valor.

No existe prueba del carácter más dura que la lucha. Al fuerte lo eleva a héroe. Y a los débiles los despoja del último sostén, convirtiéndolos en miserables.

De acuerdo con esta ley de bronce, la guerra separó a los hombres. En combatientes, a quienes el espíritu militar era innato como postura y mentalidad. Y en almas burguesas casualmente uniformadas y armadas.

Los últimos fueron la materia prima, el gasto de material de guerra, que sin la colaboración de los muchos no hubiera sido más que una ficción. Los portadores férreamente inmovibles de la lucha, empero, sus reyes y señores, eran los soldados natos: los integrantes de patrullas y los aviadores de combate, los submarinistas y los jefes de las tropas de asalto. Estos solitarios sin miedo dictaban las leyes de la lucha, llevaban sobre sus fuertes hombros y en sus corazones graníticos su principio inexorable. En último término, la guerra ha sido desde siempre una cuestión reservada —la más genuinamente propia— a hombres cuya patria espiritual es la lucha y cuya hermana la muerte. El grueso de los soldados que combatían y morían lo hacían impulsados por el ejemplo y el liderazgo lógico y natural de tales temerarios que retan a la muerte. Donde ellos estaban habla guerra y donde había guerra estaban ellos.

Se puede ordenar a un hombre llevar armas y combatir, pero no ser soldado. ¡La condición de soldado es voluntaria, no responde a una orden, sino a la ley de la sangre y al mandamiento del corazón! Ser soldado no es una profesión sino una vocación, una actitud moral y psíquica.

Un ejemplo de tal soldado, por su espíritu y su condición de voluntario por la Nación, fue el Cabo Adolf Hitler.

Cuándo el hambre y la cobardía rompieron la espada alemana, con el derecho ético de Führer nato arrojó en la balanza de su época el antiquísimo y eterno espíritu militar alemán. Los militares esperaban vanamente órdenes que no se produjeron. Porque no habla ya conductores sino sólo dignatarios, no existían ya responsables sino tan sólo encargados. Entonces el soldado desconocido de la Guerra Mundial tomó en sus manos la ley de la acción.

La penuria del pueblo y la impotencia de la Patria exigían hechos. Como era un hombre que también en los campos de batalla había actuado, no según la letra muerta de cualesquiera órdenes sino según el mandato del espíritu guerrero, actuó.

Y cuando se levantó, de la misma manera como en la batalla cientos de soldados desconocidos sin galones ni charreteras lo hicieron llevando adelante el asalto, otros soldados se levantaron obedeciendo a su orden de llamada para la acción. ¿Adonde? Por ello no pregunta el soldado en la batalla. Lo que cada uno sabía era que los soldados no hablan ido a la muerte por el montón de escombros de un poblado, ni por la porción de trinchera del frente, ni por cualquier punto saliente de

algún bosque. Detrás de todo esto estaba siempre, inamovible, algo grande, imperativo: ¡Alemania!

Cuando Hitler alzó de los escombros del derrumbamiento el Estandarte rojo-sangre con la svástica negra en campo blanco y dijo Nacionalsocialismo, los viejos combatientes de la guerra y los jóvenes que tenían el mismo espíritu lo entendieron: por la Nación en ruinas, agonizante, oí soldado habla superado a la muerte. ¡Se trataba nuevamente de idéntica meta, una vez más, de Alemania!

Y por eso volvieron a marchar.

El espíritu militar es fe. definición, es la disposición para morir.

No se muere consciente y voluntariamente por una futilidad. *"Una idea vale tanto como encuentra hombres que están dispuestos a morir por ella"*. Así dio Adolf Hitler a la nueva fe de los alemanes la ley interior.

En tanto la avaricia y el egoísmo, el desamor y la insaciable ansia de placer gobernaban la Alemania de Noviembre, se formaban bajo la svástica las columnas que estaban prontas a asumir todo, a sacrificar todo —aún la vida—, por lo único, que creían en una Alemania distinta y mejor que su caricatura de Weimar, que pretendía aparentar ser Alemania.

El espíritu es más fuerte que la materia, el hambre más potente que la posesión, la fe más formidable que las apariencias del ser. Con el coraje de la desesperación, el mal espíritu de aquellos días se aferró a sus dominios, que le parecían valiosos y caros. Se resistía el Ayer, agonizante por sus vicios, impotente ante el Mañana que nacía del espíritu nacionalsocialista. Todos los poderes inferiores se alzaron para aniquilar la resurrección alemana que comenzaba a tomar forma en los batallones pardos de la SA.

Toda Alemania era un mar de desamoralizada, implacable, animosidad cuando el soldado alemán desconocido Adolf Hitler inició su lucha por Alemania.

Pero al igual que un rompeolas, Adolf Hitler y sus primeros leales se mantenían firmes contra el embate de las olas de escarnio y desprecio, de la persecución y del sangriento terror.

Y cada ola que refluía dejaba nuevas fuerzas detrás de ella, que se agolpaban en torno al estandarte de la renovación alemana. Porque la fe de lo nuevo es siempre más viva que la desesperación de lo que se extingue.

Eran los mejores de la Nación los que en los largos y sangrientos años de combate por el hombre alemán y por el poder estatal marchaban con Adolf Hitler: los soberanos no coronados de las batallas de los hombres, los cuales tenían sólo una ley: ¡Alemania! ¡Que debe vivir aunque nosotros tengamos que morir por ella!

Hombres con corazones de hierro, con almas sin miedo, confesores que llevaban la camisa parda y la svástica terca y lealmente, como reto de combate y pendón contra un mundo que se estaba hundiendo, a través de un infierno de odio y de violencia brutal!

La SA, mediante el ejemplo siempre renovado de los veteranos, ha llegado a ser la élite combativa de la Nación, y la encarnación de una idea heroica.

Si al anochecer se ponía la camisa parda, el trabajador se hallaba proscrito y despreciado durante el día en la fábrica, junto al horno o la caldera, en medio de sus asustados connacionales. Después del agotador día de trabajo de esclavo, en horas de la tarde y a la noche, llevaba a cabo su difícil y peligroso servicio SA. Frecuentemente, en el transcurso de las épocas de alta tensión política no le era posible acostarse, ni siquiera mudarse de ropa. Sin dejarse inclinar la orgullosa cerviz, cuando el odio y la mentalidad de bonzo lo echaban de su trabajo, tomaba los volantes de propaganda y llevaba la fe en la Alemania Nacionalsocialista a las oficinas de subsidios para desocupados.

Estaba solo, leal y sin miedo, contra la enemistad que se manifestaba de mil maneras, que lo perseguía todo el día, y contra el cobarde y alevoso asesinato, que lo acechaba en las noches. ¡Cuántas veces el paño rojo de su bandera de asalto, con el símbolo de la vida que eternamente se renueva, en campo blanco, se inclinaba sobre

la tumba de un camarada, a quien el acero desnudo o un tiro fulminante había arrancado de su lado!

Por sobre los sepulcros, a través de las camas de los hospitales y de los muros de la prisión, llevó adelante, como consagrado de su Idea, el estandarte del Alzamiento Alemán, hacia los primeros albores del nuevo mañana.

Durante años y años el hombre SA había luchado, se había sacrificado y desangrado. Nunca se separó de los talones del adversario, inconteniblemente arrastró consigo a los titubeantes, pugnó por conquistar el alma de los que se mantenían apartados, arrancó del frente marxista a las mejores y más valiosas fuerzas y con su ejemplo y acción irresistibles las incorporó a las filas de la marcha socialista de la Nación.

Cuatrocientos sepulcros yacen como mojones inamovibles en la ruta de marcha de los batallones pardos hacia la Revolución Alemana.

Cuatrocientos nombres de combatientes SA y SS caídos están inscriptos en las banderas de nuestros Asaltos.

Y estos cuatrocientos que en su fe en la Alemania Nacionalsocialista tomaron a la bandera de la svástica por mortaja, dejaron a la SA un compromiso como legado:

Jamás descansar ni reposar, no permitir que en la hora de la victoria se falsee el sentido de su muerte en aras del espíritu burgués. Y velar inexorablemente, insobornablemente para que burócratas y pequeños burgueses no se cuelguen con el peso muerto de su antiespiritualidad, de la sagrada voluntad del Führer por el Todo, por la Alemania nacionalista y socialista.

Alemania ha despertado a la nueva mañana.

¡Por eso queremos producir y ser laboriosos como eternos combatientes revolucionarios por el pueblo y la Patria!

Nuestro Hitler

Colaboración especial¹

Raras veces Alemania poseyó un hombre de Estado que como Adolf Hitler ya en vida tuvo la gran dicha de ser respetado, amado, y lo que es más importante aún, *comprendido* por la abrumadora mayoría de su pueblo.

Hitler fue el único político alemán de la época de posguerra que captó y predeterminó claramente el estado de su Nación y que tuvo el coraje y la decisión de sacar de ello las necesarias consecuencias, duras y frecuentemente inexorables.

Está demás sobreabundar en detalles sobre la trascendencia histórica de un hombre que ya ha solucionado ingentes problemas, cuya influencia no puede ser medida, que se dispone a completar la obra de Bismarck, y que obligó hasta a los malevolentes e incrédulos a admirar sus realizaciones.

Nosotros, los nacionalsocialistas, veneramos a Adolf Hitler no sólo como personalidad histórica. Como sus camaradas y combatientes elevamos nuestras miradas, con abnegada adhesión y lealtad ineludible, hacia nuestro Führer, quien en las profundidades y alturas de su carrera, desde el comienzo de su actividad política hasta su coronación mediante la ascensión al poder, siempre ha seguido siendo él mismo: un hombre entre los hombres, un amigo de sus camaradas, un promotor generoso de todas las aptitudes y de todos los talentos. Un preparador del camino para aquellos que se entregaron a él y a su Idea, un hombre que conquistaba al asalto los corazones de sus combatientes y nunca más los volvía a soltar de sus manos.

Los millones de compatriotas que alzan la vista en dirección a su Führer con creyente confianza, para los cuales su figura ha llegado a ser el símbolo de su fe en el futuro, conocen a Adolf Hitler sólo a gran distancia. Pero el que tiene la fortuna de estar cerca de él, sabe del encanto de su persona y debe confesar: cuanto más tiempo se conoce a Hitler, tanto más se aprende a apreciarlo y amarlo, tanto más incondicionalmente se está dispuesto a dejarse absorber por su gran causa y a servirlo. Y que sea dicho de una vez: amamos a este hombre y sabemos que merece todo nuestro amor y adhesión.

Si Adolf Hitler se pudo imponer contra la maraña de mentiras de sus adversarios, que lo envolvían de odios y calumnias, si al final triunfó sobre todos sus enemigos y plantó el estandarte de su Revolución Nacional sobre Alemania, quiere decir que el destino lo ha elevado a él ante todo el mundo de entre la masa humana, colocándolo a él en *aquel* lugar que, en virtud de sus dotes geniales y de su puro e imaculado humanismo, le corresponde.

Recuerdo aún los años cuando Hitler —que recién habla abandonado la fortaleza— dio comienzo a la reconstrucción de su Partido. Vivimos entonces algunos hermosos días en su querido Obersalzberg, en lo alto de Berchtesgaden. Y mientras caminábamos por las montañas, trazamos planes para el futuro y discutimos sobre *teorías* que hoy hace tiempo que han llegado a ser *realidad*.

Pocos meses después nos hallábamos sentados en una habitación de un pequeño hotel berlinés. El Partido acababa de recibir severos golpes. El malhumor y el espíritu de discordia habían hecho presa hasta de los miembros del Partido y toda la organización amenazaba con desintegrarse.

1. El autor de este artículo es Joseph Goebbels. (N. del T.)

Entonces fue Hitler quien no perdió el ánimo, quien organizó la lucha defensiva, quien intervino en todas partes prestando su ayuda, y no obstante sus preocupaciones de índole personal y política halló el tiempo y los nervios necesarios para superar todas las resistencias y robustecer el espinazo de sus combatientes.

Constituye un rasgo hermoso y noble de Adolf Hitler el hecho de que nunca abandona a una persona que se ha conquistado su confianza. Cuanto más los adversarios políticos golpean sobre él, tanto más inquebrantable es la lealtad de su Führer. No es de aquellos que no pueden tolerar a su lado la presencia de fuertes personalidades. Por el contrario, cuanto más duro y férreo es el hombre, tanto más apreciable le parece. Y si se produce un antagonismo entre los combatientes, bajo su mano reconciliadora encuentran compensación. ¡Quién hubiera creído posible que en nuestro pueblo de las individualidades podría haber surgido una organización de masas que abarca e incluye todo, realmente todo! ¡Esta obra es el mérito de Adolf Hitler!

Duro e inflexible en los principios, magnánimo y comprensivo frente a las debilidades humanas, es un adversario inmisericorde de sus oponentes, pero un amigo bueno y cordial de sus camaradas: este es Hitler.

Se ha dicho alguna vez que lo grande es lo sencillo, y lo sencillo, lo grande. Estas palabras cuadran a Hitler. Su modo de ser y todo su mundo de ideas son una simplificación genial de la penuria y el desgarramiento anímicos que embargaron al pueblo alemán después de la guerra. Hitler ha llevado a todos los connacionales a un denominador de validez común. Y por eso sólo pudo triunfar su Idea, porque la ejemplificó con su vida y de esta manera la hizo comprensible también al hombre de la calle en su hondura e inmensidad.

Para saber qué clase de hombre es, tiene que haberse visto a Hitler no tras sus victorias sino luego de sus derrotas. Jamás se abatió bajo un golpe, jamás perdió el valor y la fe. Centenares se llegaron a él para buscar nueva esperanza y ninguno volvió a irse sin ser fortalecido.

El que creyó que tras el revés que sufrió el Partido en noviembre de 1932, Hitler estaba definitivamente aniquilado, se equivocó absolutamente. El Führer pertenece a aquellos hombres que se agrandan en las derrotas, y para él es adecuada la sentencia de Friedrich Nietzsche: *"Lo que no me mata, sólo me hace más fuerte"*.

¡Cuántas veces lo he vivido en nuestros viajes juntos! De qué manera lo contemplaban los ojos felices y agradecidos de un hombre de la calle. Y cómo las madres alemanas alzaban sus hijos, señalándolo a él. ¡Cuántas veces he comprobado que en todas partes en que era reconocido difundía alegría y felicidad a su alrededor!

Los bolsillos repletos de paquetes de cigarrillos y monedas de marcos, así emprendía sus viajes. Ningún joven aprendiz que encontrábamos en la calle se quedaba sin recibir un obsequio.

Para cada madre tenía una palabra amable y para cada niño un cálido apretón de manos. No por nada la juventud alemana se ha apegado a él fervorosamente, porque sabe que su Führer es joven y que su bienestar o infortunio están en buenas manos.

La prensa adversaria marxista ha descrito a Adolf Hitler como un tirano que gobierna autocráticamente con sus sátrapas. ¿Y cómo es en realidad? El mejor amigo de sus camaradas. Alguien para cualquier dolor o penuria tiene un amplio corazón y humana comprensión.

Para aquel que no conoce a Hitler es una especie de milagro que millones de seres le brinden de tal modo su amor y adhesión. Para el que lo conoce esto es casi lógico y natural. En la indescriptible fascinación de su personalidad reside el misterio de su acción. Los que más lo aman y veneran son los que se hallan más estrechamente ligados a él. Y el que alguna vez le tendió la mano para el juramento de lealtad, se le ha entregado en cuerpo y alma.

Adolf Hitler ha llevado a Alemania desde su más honda degradación nuevamente a la altura del honor y del prestigio. Detrás de él está una tropa de

combatientes decidida y fiel, dispuesta a entregar hasta lo último por él y su Idea. Millones de los mejores alemanes ofrecen en sus manos abiertas sus corazones rebosantes de gratitud, a su salvador y Führer, pronunciándose por la comunidad nacionalsocialista del pueblo. Porque el pueblo posee un fino instinto para reconocer la auténtica grandeza y nada sienten tan profundamente los alemanes como la verdadera pertenencia de su Führer al pueblo.

Y todos aquellos que llegaron a conocer a Adolf Hitler como ser humano en su naturaleza más íntima saben que no sólo es el Führer y combatiente, que es también un hombre lleno de simpatía, que para todo dolor, para todas las debilidades humanas tiene un corazón amplio y abierto. Esto lo comprenden más que nadie los niños, que permanentemente se agolpan jubilosos a su alrededor. ¡Y el que tiene a la juventud tiene también el porvenir! Y por el porvenir de Alemania, con el Führer y hombre Adolf Hitler, no necesitamos temer.

El Día del Partido de la Victoria. El Triunfo de la Fe

El 1° de septiembre de 1933 fue inaugurado en Nuremberg el quinto Día del Partido del NSDAP.

Hess, el sobrio, claro, enemigo de toda exageración, lo llamó el Día del Partido de la Victoria. Y bajo esta designación seguirá viviendo, como Día del Partido de la Victoria finalmente conquistada, después de haber sido el Día de 1927 el del inicio de marcha y el de 1929, uno entre las batallas, el Día del Partido de la Concentración.

En estos primeros días de septiembre, en los que se comienza a guardar la cosecha en los graneros, Nuremberg, la vieja ciudad del Reich, ofrece un cuadro avasallador. Incluso los que están habituados a concentraciones festivas, a grandes manifestaciones en masa, a la presencia de cientos de miles de seres jubilosos, de enfervorizados compatriotas, a horas plenas de solemnidad y de sublime entusiasmo, incluso los que participaron de los anteriores Días del Partido se sienten cautivados como por una fuerza elemental.

¡Demasiado portentosos son estos días!

Nunca antes tuvo lugar tamaña revista, tal confluencia de masas. El cielo tiende una gigantesca bóveda sedosa, de un azul pálido, y brinda un hermoso y radiante tiempo de Hitler al día en que el Movimiento se reúne para celebrar seria y festivamente la victoria conquistada, con un inmenso servicio divino de acción después de la campaña ganada. La antigua y maravillosa Oración de Gracias neerlandesa, intrépida canción de gratitud de los guerreros, llena de unción, resuena cada hora en el Día del Partido. Desciende el cántico de los cielos, en tanto los hombres se mueven de un lado a otro, presa de febril exaltación, como si gozaran de un obsequio inconcebiblemente bello.

De toda Alemania han acudido columnas seleccionadas. Es una distinción poder hallarse en Nuremberg en estos días. Si se hubiera dejado al libre arbitrio de cada uno, nadie hubiera permanecido en Alemania en su casa, no se hubiera visto un sólo camisa parda en todo el Reich. Todos ellos, todos, los millones, hubieran peregrinado a Nuremberg para rendir homenaje al Führer, aclamarlo jubilosos y celebrar conjuntamente la victoria.

Pero es imposible que puedan caber tantos millones en una ciudad. Fue ya una descomunal obra maestra de la dirección de la concentración, poder transportar a semejante masa, alojarla, alimentarla, ponerla en movimiento, hacerla marchar a la ida y a la vuelta y, por último, trasladarla de regreso.

El ferrocarril realizó verdaderos milagros, porque el tráfico normal no debía ser perturbado bajo ninguna circunstancia —cada tren especial para Nuremberg era un tren adicional que se intercalaba dentro del horario habitual—, y corrieron 340 trenes especiales, 340 trenes que tenían que ser articulados, conducidos y emplazados en algún punto en los alrededores de Nuremberg.

100.000 hombres debían ser cargados, transportados, descargados y nuevamente cargados, otra vez transportados y nuevamente descargados. 1.500 nuevos horarios se fijaron. 325.000 kilómetros habrían de ser recorridos, para lo que se hizo necesario aprontar 130.000 kilómetros de vía. Aparecía como irrealizable, pero cuando el primer tren especial empezó a circular, se puso en movimiento un engranaje que funcionó de manera tan precisa que no se produjo ni una sola interrupción, ni la menor confusión, ni un solo accidente.

Y en tanto los ferroviarios planificaban los horarios, los encargados especiales de la SA se dedicaron a la organización del alojamiento. Se erigieron carpas para 100.000 hombres.

140.000 metros de carpas se utilizaron; se acarreó paja para los lechos; se realizó la instalación de luz eléctrica con sus correspondientes centrales; se construyeron cañerías y gigantescos baños; se proveyó de todo lo que constituye el avituallamiento de un pequeño ejército: miles de quintales de pan, carne, embutidos, manteca, queso, fideos, arroz, etc.; 500 recipientes para caldos, con una capacidad unitaria de 250 litros, fueron montados sobre mampostería.

Además se tendieron los cables de luz y de teléfonos, se erigieron tribunas, se levantaron cercos, se realizaron los desvíos de tránsito requeridos. Se fijaron los carteles de concentración, los mástiles de las banderas y se erigieron las tribunas para los oradores. Resulta interminable enumerar todo lo que fue montado en pocas semanas por la dirección de la concentración. Y cuando los primeros hombres SA, adornados con flores, entran marchando a la ciudad, todo se halla en orden como si nunca hubiera sido distinto en Nuremberg, como si allí vivieran siempre 100.000 hombres SA.

Cuando la Vieja Guardia observa esta ciudad, antiguos recuerdos despiertan. Piensan en el Día Alemán del año 1923, que dio impulso inicial para tal magnificencia y grandeza. Recuerdan los Días del Partido de 1927 y 1929, cuando marcharon 30.000 y 60.000 hombres, respectivamente, y a ellos les pareció una gigantesca muchedumbre. Evocan la prohibición del Día del Partido en los difíciles tiempos del año 1931, cuando se les despojó de las camisas y se prohibió la SA. Sí, y ahora ella marcha a través de esta ciudad que vio tantas etapas del Movimiento. Y ellos entran como vencedores después de una lucha de 14 años.

Bosques enteros de abetos se han desplazado a la ciudad, todos los canteros de flores de Franconia parece que hubieran sido saqueados. Nunca anteriormente esta ciudad tuvo tal colorido, fue tan festivamente adornada. Quizá en los grandes días del Reich del Medievo, cuando los reyes y príncipes, los señores y caballeros hacían su entrada en la ciudad del Pegnitz, se velan tal número de guirnalda, se mecían de tal modo las banderas y los tapices y paños pendían de las ventanas y balcones.

En todas partes las flores dan su bienvenida. Las calles están sembradas de flores, las puertas, ventanas y cornisas de los techos están enguinaldadas con flores. Y también las lucen las tribunas y en los mástiles de las banderas se enroscan en multicolor cadena. Y por sobre ellas ondean las banderas rojas de la libertad alemana. Los escudos de la ciudad también dan su bienvenida sobre los portones de las casas, y las consignas y carteles se arquean de casa a casa, de un lado al otro de la calle. El castillo resplandece en luz blanco-azulada. Los reflectores lo arrancan de la noche y ofrecen su magnífica vista a los hombres que llenan la ciudad de su brillo rojo-dorado.

En todas partes se oye el tambor y los vibrantes sonos de las bandas de las SS y SA. Resuenan las marchas, las viejas canciones de combate, clamorosamente coreadas por la multitud.

Desde lo alto del castillo una gigantesca svástica brilla en la noche.

¡Cómo se alzan los brazos! El júbilo no se acalla.

Y luego, el viernes 1º de septiembre, se inicia el Día del Partido en el gran hall de la *Luitpoldhain*¹.

Hess lo inaugura. El Lugarteniente del Führer, el más leal de Adolf Hitler.

Tranquila y firme emerge su mirada bajo las espesas cejas y el mentón aparece aún más marcado: *"Inauguro el Congreso del quinto Día del Partido del NSDAP, el primer Día del Partido después del acceso al poder del Nacionalsocialismo. Inauguró el Día del Partido de la Victoria"*.

1. Floresta de Luitpold. (N. del T.)

Entonces irrumpe por primera vez un infinito aplauso. En sus palabras cada uno advierte la trascendencia de estos días.

Hess continúa y su rostro concentrado se torna más anguloso y firme: *"Ante todo, recordemos a nuestros muertos"*. Como un solo hombre se pone de pie la asamblea. Los brazos se extienden.

Color rojo-sangre pende del asta la Bandera del 9 de Noviembre, sostenida por un hombre SS. Sordamente se baten los tambores y nombre tras nombre recorre la sala, nombre tras nombre. Ya son cien, doscientos, trescientos y aún no termina. Es una nómina conmovedoramente larga.

Los brazos comienzan a pesar, a temblar, los tambores siguen su redoble y continúa nombre tras nombre, nombre tras nombre. Aparentemente esta lista de héroes no ha de finalizar jamás.

Pero después concluye también esta canción de los héroes de una gran lucha por Alemania, que únicamente consistió de nombres, de nombres de muertos y nítida y grave se oye la voz de un hombre SA de entre la multitud: *"¡Ellos marchan en espíritu juntos en nuestras filas!"*

Hess prosigue.

Habla del inmenso cambio que se ha realizado, del hecho que el Congreso de lo más acerbos negadores del Estado de Weimar se ha convertido

en el Congreso de los sostenedores del Estado. Declara al Congreso como la representación popular más moderna del mundo. Por último, honra al Führer. Lacónicamente, escuetamente, con sencillez militar y, no obstante, conmovedoramente hermoso, precisamente porque las palabras son tan llanas:

"¡Mi Führer! Ud. como Führer del Partido fue para nosotros el garante de la Victoria. Cuando otros vacilaban, Ud. se mantuvo erguido. Cuando otros aconsejaban el compromiso, Ud. permaneció inflexible. Cuando otros se desanimaron, Ud. difundió nuevo coraje. Cuando otros nos abandonaban, 'Ud. tomó la Bandera más decidido que nunca.

Hasta que la Bandera como Bandera del Estado anunció la Victoria. Y nuevamente Ud. lleva la Bandera adelante. Como Führer de la Nación Ud. es el garante de la victoria final. Saludamos al Führer y en él al porvenir de la Nación".

Atronador retumba el *¡Heil!* al Führer en el inmenso hall de fiestas. Luego el ministro del interior y *Gauleiter* bávaro, Wagner, lee la proclamación del Führer, en la cual se asientan las palabras memorables:

"El Movimiento Nacionalsocialista no es el conservador de los Länder del pasado, sino su liquidador en favor del Reich del futuro. No son los Länder los pilares del Reich, sino única y exclusivamente el pueblo alemán y el Movimiento Nacionalsocialista".

Con el obsequio del famoso grabado de Dürer² *"El Caballero, la Muerte y el Diablo"*, Nuremberg honra al Führer de la Nación. Y no se podía hallar un presente más significativo que antiguo y bellissimo grabado del caballero sin miedo y sin tacha que, impávido ante la Muerte y el Diablo, la enemistad, la envidia y el odio, cabalga, la mirada dirigida hacia adelante, hacia la victoria, hacia la plena realización.

Todavía ese mismo día el Führer habla en la gran sesión cultural del Partido. Cristalinamente va formulando los fundamentos raciales de todo arte. Se advierte que este discurso emana de lo más profundo del corazón, entrañando una apreciación directriz para la creación artística de cualquier índole. Al concluir el Führer, todos los que lo escucharon en Nuremberg o en el resto de Alemania, por los numerosos aparatos de radio, perciben que allí se ha dicho más respecto de la esencia del arte y del artista, de sus obligaciones y libertades, de sus objetivos y de sus condicionamientos, que en mil libros verborrágicos que se ocuparon y se ocuparán del arte.

2. Durero. (N. del T.)

Inolvidables resultan las palabras finales: *"Los monumentos de la cultura de la humanidad fueron siempre los altares de la recapacitación sobre su misión más elevada y su mayor dignidad. Como la insensatez y la injusticia parecen dominar el mundo, hacemos un llamamiento a los artistas alemanes de hacerse también cargo de la defensa más orgullosa del pueblo alemán por intermedio del arte alemán"*.

Al día siguiente tiene lugar la gran llamada de los *Amtswalter*³ en la *Zeppelinwiese*⁴. 160.000 *Amtswalter* han formado junto a los 100.000 hombres SA y SS. 160.000 hombres de la Guardia Civil del Partido. Inabarcablemente fluye el color rojo-sangre de las banderas en el gigantesco campo de la Pradera, desbordando cada vez más y más sobre los escalones hacia abajo, conformando un espectáculo excitante que provoca, de una manera indefinible, el gozo por doquier. Pareciera que este río rojo-sangre no tuviera fin, como si fuera el símbolo de la eternidad de la Alemania Nationalsocialista.

Ahí se hallan formados los 160.000: *Ortsgruppenleiter*⁵, *Kreisleiter*⁶, *Blockwarte*⁷, *Zellenobleute*⁸, *Gauleiter*, *Pressewarte*⁹, *Propagandaleiter*¹⁰ y los restantes servicios que todos ellos cumplen, viejos combatientes por la Idea de Adolf Hitler, acreditados en mil batallas.

Sobre ellos flamean las banderas, y delante de éstas resplandece la gigantesca águila del Movimiento de Liberación Alemán. El verdor de los árboles circunda el campo que se extiende en la lejanía y en donde, pese a hallarse tan gran número de hombres, todavía queda espacio para más gente.

Es un cuadro emocionante este ejército pardo del espíritu, el ver como ahora saluda jubilosamente a su Führer en un grito unánime, el contemplar cómo las banderas se alzan y el viento agita los paños desplegándolas, mostrando a la svástica triunfal que brilla.

Año tras año han combatido y saben que nuevamente año tras año han de tener que combatir para consolidar la Victoria, afianzándola en los corazones de los alemanes hasta que nadie pueda ya pensar en algo diferente que en un Reich Nationalsocialista.

¿Cómo dijo el Führer? *"Dentro de pocos días Uds. volverán a la vida cotidiana y a la lucha corriente del Movimiento. El gran Congreso con ello habrá finalizado. La lucha comienza de nuevo. Somos un Movimiento joven y sabemos que nada puede ser concluido en 14 años. Así como hoy nos hemos encontrado aquí, así nos volveremos a encontrar dentro de dos años y nuevamente dentro de cuatro y dentro de seis años. Y de ese modo este Movimiento tendrá su encuentro durante 20, 80 y 100 años, hasta el más lejano porvenir"*.

Si. Esto es lo que entusiasma tanto a los hombres de este Movimiento, lo que los subyuga e inflama: que aquí nada está planificado, pensado, hecho para un mes, para un año, sino que aquí se convoca para una obra para la eternidad, para una construcción de catedral del Reich, que los hijos y los nietos de los hijos concluirán en el futuro. Aquí, recién en este Movimiento, la vida ha vuelto a tener su sentido, pues ¿por qué hemos de crear algo que de todos modos ha de fenecer con nuestra muerte? No vale la pena ser comenzado. Pero lo que legamos a nuestros nietos para una ulterior creación, eso recién nos hace grandes.

3. Funcionarios del NSDAP. (N. del T.)

4. Pradera del Zeppelin. (N. del T.)

5. Jefes de Grupos Locales. (N. del T.)

6. Jefes de Circuito. (N. del T.)

7. Encargados de Bloque. (N. del T.)

8. Jefes de Célula. (N. del T.)

9. Encargados de Prensa. (N. del T.)

10. Jefes de Propaganda. (N. del T.)

Por la tarde el Führer se encuentra ante 60.000 *Hitlerjungen*. También ellos duermen en carpas, también ellos han montado sus grandes cocinas y han marchado como cualquiera de las SA y SS.

Y ahora están formados allí para tributar su homenaje al Führer y expresarle que su llamamiento al futuro no ha de ser en vano, que ya hoy, ahora, como muchachos, como muchachas, le juran continuar su obra y entregarla alguna vez a sus hijos, intacta y limpia, como ellos la recibieron de la mano de Adolf Hitler. Ellos, la juventud alemana del futuro próximo.

Durante varios minutos el Führer no puede tomar la palabra, tan inmensamente lo envuelve el júbilo clamoroso de la juventud. Cada vez que alza la mano para que se haga silencio, irrumpe una nueva marea viviente de gritos de *¡Heil!* y lo cubre de tal manera que no puede hacer otra cosa que volver a bajar la mano y dejar pasar sobre sí estas arrolladuras irrupciones de alborozo. Y ante este fuego de la juventud se funde por último la seriedad que tornó severos sus rasgos a lo largo de los días, y una hermosa, feliz y liberada sonrisa ilumina por completo su rostro. Adolf Hitler sonríe, tan profundamente lo llena de alegría lo que aquí vive. Y en efecto, ¿cuándo un hombre de Estado, un conductor popular, pudo jamás vivir algo similar?

Es una gracia del Cielo, es el agradecimiento por catorce años de pesado bregar. Es el agradecimiento más hermoso que pudo recibir el Führer.

Y grande y comprometedoramente habla el Führer a la juventud alemana. El no baja hacia ella, él exige de ella la máxima concentración para que comprendan lo que dice. Formula las frases de tal manera como si hablara a adultos. Ensalza ante la juventud la camaradería, la convoca para llevar los ideales de la juventud a la época adulta, y no avergonzarse de ellos y olvidarlos. Los exhorta a practicar la virtud, a ser valientes y leales, y conscientes de los sacrificios de los padres.

Y ruega a la juventud, le ruega, donde llameante podría exigir: que lleve este juramento a todas las ciudades y aldeas, para que nunca más en todo el futuro, el pueblo alemán se desgarre a sí mismo, sino que en verdad sea y devenga un pueblo de hermanos.

El domingo, el 3 de septiembre, culmina el Día del Partido, la concentración de las SA, SS y del St¹¹. 100.000 hombres se han formado en la *Luitpoldhain*. Como un inmenso cantero floreciente resplandecen las gorras al sol. Un profundo azul se mezcla con el claro amarillo azufre, en transición al pardo oscuro, elevándose hasta verde claro, se torna negro, rojo brillante, borravino, verde abeto, ocre oscuro, azul claro, gris claro, gris claro entremezclándose con el gris-campaña, blanco claro, verde esmeralda, rojo ladrillo, cobalto intenso y el fuerte rojo de las varas. Suavemente ondu-la de uno a otro lado el fuego de colores sobre el fondo pardo de los uniformes, hasta que una sola voz de mando hace que los cientos de miles se congelen en una unidad inmóvil.

El Führer llega.

Lentamente recorre la amplia calle que ha sido dejada libre hasta el lugar donde descansa la enorme corona de laureles, consagrada a los muertos del Movimiento.

Las banderas bajan despaciosamente; 5.600 banderas de Asalto. Como un muro está parada la SA. El coro fúnebre del Ocaso de los Dioses, sollozante, estremece el amplio recinto. Los minutos se dilatan en un conmovedor recuerdo. Y luego, de cien mil gargantas se eleva, acompañadas por todas las orquestas y bandas, la *Canción del Buen Camarada*. Lentamente el Führer se dirige de regreso a la tribuna.

La vida hace valer nuevamente su derecho. La calle abierta es ocupada con deslumbrante e impetuosa celeridad por las filas de a veinticuatro de las tropas negras de la SS, iluminadas desde lo alto por los destellos plateados de los chinoscos de sus bandas de música.

11. *Stahlhelm*. (N. del T.)

Y ahora habla el Führer:

"No tenemos necesidad de rehabilitar ante la historia el honor de nuestro pueblo sobre el campo de batalla. ¡Allí nadie nos lo ha quitado! Sólo un deshonor ha caldo sobre nosotros. No ha sido en el Oeste ni el Este, sino en la Madre Patria. ¡Este deshonor lo hemos reparado!

El Cielo puede ser testigo: ¡la culpa de nuestro pueblo está saldada, el oprobio eliminado, los hombres de Noviembre están derrocados y su poderlo ha pasado!

No es el Cielo el que regala a los pueblos la vida, la libertad y el pan. Son ellos mismos los que deben, mediante su trabajo y sus virtudes, vivir y ser. No queremos nada para nosotros, sino todo solamente para Alemania, porque nosotros somos perecederos, pero Alemania debe vivir!"

La Canción de Alemania se eleva potente. Cien mil brazos se extienden hacia lo alto.

Luego todas las bandas de música hacen oír los compases de *La Canción de Horst Wessel*, y mientras resuena el eterno himno de la Revolución Nacionalsocialista, el Führer consagra, con la Bandera de la Sangre, los 126 nuevos estandartes. 101 salvas son disparadas por una batería de la *Reichswehr*.

Sordamente retumban los disparos de honor, y prosigue la marcha de Horst Wessel. A continuación se consagran los primeros estandartes de la SS, las 150 banderas de asalto de la SS.

Se toca *La Canción de Rebato* de Dietrich Eckart.

La consagración de banderas llega a su término. La última salva se ha extinguido.

Ahora ordena la voz: *¡Levanten banderas!* Y rojo-luminosa columna marchan hacia sus Asaltos, bajo los sonos de *La Marcha de Presentación* prusiana, las recién consagradas insignias campales.

Las cabezas se descubren y potente se eleva en el recinto la antigua *Canción de Gracias al Altísimo*.

Ahora dad todos gracias a Dios, con el corazón, los labios y las manos, que grandes cosas hace en nosotros y en todas partes...

El gran desfile sigue. Delante de la *Frauenkirche*¹² el Führer espera a su SA. La ciudad es una caldera borboteante, plena de júbilo: la SA entra marchando.

Y ahora se aproximan las columnas pardas, en filas de a doce cerradas en profundidad, bajo la lluvia de flores, empavesados en lo alto por colores y banderas. Las exclamaciones de *¡Heil!* prácticamente ahogan los compases de la música marcial.

Se iluminan las tribunas en las cuales se han ubicado 20.000 huéspedes de honor, entre ellos el Cuerpo Diplomático. Y ahí está el *Leibstandarte*¹³ del Führer. Marcha de parada. Las botas golpean sobre el empedrado, las cabezas vuelan hacia la derecha.

Horas tras hora pasa y el júbilo no decae. Al final pasa la SS cerrando el grandioso desfile, al compás de la marcha de honor de las tropas de Hitler. Los hombres del *Leibstandarte* del Führer son los últimos y sobre ellos, otra vez, se arremolina el inmenso júbilo.

Una vez más habla el Führer en esta noche. Expone la filosofía del Estado Nacionalsocialista.

Así concluye en forma solemne y grandiosa el Día del Partido de la Victoria. *"Al haberse hecho cargo Alemania de esta lucha sólo cumple, como tan frecuentemente en su historia, una misión verdaderamente europea".*

12. Iglesia de Nuestra Señora. (N. del T.)

13. Regimiento Escolta. (N. del T.)



Biblioteca WeltanschauungNS

Libros Para Comabtir La Ignorancia.

Doctrina Para Amar Nuestra Herencia.

Recomendamos Matener Alejados A Inutiles.

Coordinacion, Maquetado,Edicion Y Comentarios

Por Thryer-Anntharez

Visita Nuestro Foro:

www.WeltanschauungNS.foro.st

